UNA FAMILIA
casi
PERFECTA
KAREN SANTOS

Una família casi perfecta © 2026. Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de Propiedad Intelectual 1/1996, de 12 de abril (España). Queda prohibida la reproducción total o parcial, gratuita o comercial, de esta obra sin la autorización expresa de la autora. Cualquier uso no autorizado, incluyendo la reproducción, distribución o digitalización, será perseguido conforme a la ley.

Se permite la cita de fragmentos breves siempre que se mencione adecuadamente la fuente y se den los créditos correspondientes a la autora. Una família casi perfecta una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, hechos o situaciones reales es mera coincidencia.

Esta edición es la traducción al español de la obra original en portugués ***Uma Família de Faz de Conta***, escrita por Karen Santos.

Con el fin de ofrecer una experiencia de lectura más natural para el público hispanohablante, algunos nombres, expresiones y referencias culturales han sido adaptados durante el proceso de traducción, sin alterar la historia, los personajes ni la esencia de la obra.

¿Un jefe, una secretaria... y un bebé?

María Rodríguez es la asistente de Enrique Martínez, el CEO de la constructora M&M. Serio y obsesionado con el trabajo, la contrató sin saber que era madre de la pequeña Bea. Cuando un incidente en la guardería obliga a María a llevar a su hija a la oficina, en lugar de despedirla, Enrique acaba convirtiéndose en el canguro más inesperado.

Cuando el padre de la niña reaparece y la ex prometida del ejecutivo intenta volver a su vida, ambos deciden fingir una relación.

Lo que empieza como un simple acuerdo pronto se complica, porque una pareja de mentira puede terminar pareciéndose demasiado a una familia de verdad.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo

Capítulo 1

Maria

¿Sabes cuando tu vida es una sucesión de días, todos iguales, súper cansados y que parecen un ciclo sin fin? Esa era mi sensación al despertar. Tenía la impresión de que siempre estaba corriendo. Yendo de un lado a otro, llevando a Bea a la guardería, trabajando, volviendo a nuestro pequeño apartamento y empezando todo de nuevo desde el principio. Cuando lograba descansar, era para abrir los ojos otra vez a la mañana siguiente y comenzar de nuevo.

Siempre fui una persona organizada. Me gustaban las cosas milimétricamente alineadas y en su lugar. Blanco sobre negro, fácil de entender. Lástima que la vida tenga tantas líneas grises, que se mezclan hasta volvernos locas. Así que controlaba lo que era posible: despertar a las seis de la mañana, estar en la ducha hasta las seis y cuarenta, subir al metro a las siete y once, sentarme en mi escritorio exactamente a las siete y cincuenta y tres.

Amaba odiar mi rutina pensando que quizás, en algún otro lugar, podría empezarla dos… no, tres horas más tarde, tomar un café con calma y no tener que rezar para que alguien me cediera el asiento en el transporte público porque cargaba con una niñita de casi diez kilos.

Miré el reloj del móvil, confirmando que había perdido unos minutos divagando sobre mi vida. Ya tenía algunos mensajes del trabajo, pero solo los revisaría en el metro. Mis ojos cayeron sobre la cuna al lado de la cama para encontrar a mi angelito, de ojos castaños y cabello claro como el mío, mirándome sonriente.

Me levanté con una sonrisa, escuchando sus suaves ruiditos. Siempre habíamos sido solo nosotras dos desde el día que nació Bea, y le agradecía a Dios que fuera un bebé tranquilo. Solía dormir

prácticamente toda la noche, lo que evitaba que yo fuera un zombie irreconocible por las mañanas.

Ser madre soltera ocurrió en mi vida de forma inesperada, pero no cambiaría nuestra rutina por nada. Beatriz llegó a partir de una relación fracasada desde el primer día, un yo-yo que duró dos años hasta terminar de verdad antes de que ella naciera. Descubrí que estaba embarazada semanas después de nuestra ruptura y, cuando busqué a Iván para contárselo, él creyó que era una manera de hacerlo volver. Cuando le aseguré que solo se lo decía porque merecía saberlo y que prefería que siguiéramos separados, no solo avisó de que no le interesaba, sino que se ofreció a ayudarme a pagar un aborto.

Ese día, me senté durante horas seguidas en el sofá de este mismo apartamento donde vivía, mirando a la nada y pensando en cómo cambiaría mi vida en los meses siguientes. Al final, decidí que haría aquello sola, independientemente de la opinión de mi exnovio: tenía un empleo estable, seguro médico de la empresa, 28 años y algo de dinero ahorrado.

Para mi mala suerte, las cosas cambiaron rápidamente después del nacimiento de Bea, pero al menos logré mantener un techo sobre nuestras cabezas incluso en los peores momentos.

— Buenos días, mi querida — le deseé al extender las manos en la cuna y cargarla conmigo, dándole besitos suaves en la cabeza. Amaba su olor a bebé y la suavidad de su piel mientras daba gritos bajos solo por verme.

Yendo a la cocina, puse nuestro plan en marcha: darle de mamar al mismo tiempo que tomaba un café rápido, ir de un lado a otro de la casa mientras arreglaba nuestras cosas para el día, preparar a Beatriz para la guardería y finalmente darme una ducha rápida y arreglarme para el trabajo. Coreografiado después de muchas mañanas, era capaz de hacerlas sin pensar, una tarea tras otra.

Era la vida ordenada que buscaba, con una rutina que evitaba sorpresas y me hacía ser buena en mi trabajo — y que me permitía

ser una buena madre con tan poco tiempo y tantas responsabilidades.

Vestida con mi mejor conjunto de pantalón y camisa social, entré en la estación de metro y esperé el metro de las siete y once con dirección a Martínez & Machado Constructora — la M&M, como el chocolate —, empresa en la que trabajaba. Era un viaje corto, pero, aun así, complicado. Beatriz venía en una mochila portabebés al frente, su mochilita en mi espalda y mi bolso colgado del hombro. Era un ejercicio de equilibrio mientras intentaba revisar los mensajes de mi jefe y los correos del día anterior.

Enrique Martínez empieza a trabajar temprano y termina muy tarde, dejándome con muchas tareas antes incluso de que él llegue a la empresa.

En la esquina de mi trabajo, está la guardería de Beatriz, más cara que cualquier sitio cerca de mi apartamento, pero a pocos minutos de distancia de mí. Como no tenía familia en la ciudad, era esencial estar cerca por si pasaba algo. Tenía suerte de que la constructora tuviera un buen subsidio de guardería, lo que me permitía mantenerla allí sin comprometer mis ingresos.

Exactamente a la hora de todos los días, a las siete y cincuenta y tres, estaba dentro de la oficina, sin Bea y lista para empezar mi día.

Pocas personas sabían que tenía una hija. No es que la ocultara ni nada, pero era solo parte de una política de trabajo que excluía a las madres y nos dejaba sin medios para mantener a nuestros hijos.

Cuando decidí tener a Beatriz, mi vida era tranquila y llevaba más de cuatro años trabajando en la misma empresa. Todo fluyó según lo planeado hasta la baja por maternidad: todos los gastos controlados, las cosas necesarias, el parto, la ropita, nuestra alimentación y las visitas al médico. En el momento que pisé mi trabajo, todo se derrumbó a mi alrededor. Fueron unas semanas de tareas sin sentido y distancia de mi equipo hasta la decisión final.

Me despidieron porque, durante mi ausencia, "muchas cosas cambiaron y ya no servía para el equipo" — sobre todo después de que dejé la universidad cerca del parto, faltándome un año para

graduarme en ingeniería. Había subido rápido en la empresa, convirtiéndome en coordinadora de personal, a pesar de no poder ejercer una serie de actividades por no tener registro en el Colegio de Ingenieros.

A mi regreso, fui sustituida con la excusa de la educación superior, cuando eso nunca había sido un problema en todos mis años en la empresa.

Me desesperé y llegué a considerar volver a mi ciudad para vivir con mi padre, aunque él no aceptara bien mi embarazo. Nunca tuvimos una buena relación, que empeoró después de la muerte de mi madre, hace diez años. Seguí en su casa hasta que sus exigencias se volvieron cada vez mayores, queriendo controlar cada aspecto de mi vida, y decidí mudarme para empezar la universidad.

En el momento que llamé y él supo lo de Beatriz, me dijo todo tipo de cosas y no volvió a hablarme. Eso ya hacía más de un año.

Empecé a enviar currículos, pedí recomendaciones, cogí cada proyecto de administración *freelance* que pude, pero no pasaba nada. Durante dos meses, fui a diversas entrevistas y siempre escuchaba de vuelta que necesitaban a alguien que no tuviera su atención centrada en un hijo pequeño.

Escuché todo tipo de preguntas que no tenían que ver con mis experiencias laborales: desde "¿dónde está el padre?" hasta cuántas veces al mes saldría temprano para llevarla al médico. Fui bajando mis expectativas, sabiendo que, sin un registro de ingeniería, no podría volver a mi puesto anterior.

Fue así como me postulé a cada vacante de secretaria y asistente que encontré en internet. Cada negativa me dejaba más desesperada, porque el dinero ahorrado durante años y los ahorros laborales se drenaban en cosas necesarias, como consultas médicas, pañales o alguien que se quedara con Bea durante esas pocas horas — cortesía del portero, que indicó a una persona del edificio que podría "echar una mano", pero no quedarse con mi hija a tiempo completo.

Al inicio del tercer mes de búsqueda de trabajo, dejé de hablar de Bea.

Cambiaba de tema cuando preguntaban por mi familia o solo respondía que mi madre ya había muerto, pero que mi padre vivía en otra ciudad.

Finalmente, después de dos semanas, me llamaron para una segunda entrevista en la M&M Constructora, para un puesto de asistente en la dirección. Después de hablar con Enrique, mi jefe actual, fui contratada. En el instante en que la empleada de RR.HH. vio los documentos de Beatriz, abrió los ojos como platos e hizo un comentario sobre no recordar que tuviera una hija tan pequeña.

Solo sonreí y dije que hablé de ello y quizás ella solo tuviera mala memoria. Fue un disgusto inmediato, y después de eso fueron semanas de roce hasta que la persona finalmente dejó de poner pegas a cualquier cosa que pidiera.

Con Beatriz bien instalada en la guardería cerca del trabajo, destaqué en lo que mejor hacía: ser organizada. Para la reunión que tendría lugar en la hora siguiente, preparé cada sitio, alineando la propuesta, bloques y bolígrafos milimétricamente delante de cada silla. Era la guinda del pastel de un proyecto que empezó semanas antes, conmigo y Enrique recopilando todo tipo de información para crear la propuesta para los inversores.

Me esforzaba aún más con Enrique como mi jefe. Lo que el hombre tenía de guapo, lo tenía de exigente.

A sus 31 años, Enrique Martínez era el CEO, responsable de la gestión y dirección administrativa de la empresa, mientras que Pedro Machado era el director de operaciones. Eran de las dos familias que fundaron el negocio en los años 70 y la generación actual al frente de la constructora, tras la jubilación de los padres de ambos. Los socios aumentaron los tentáculos de la M&M y la convirtieron en la empresa responsable de grandes obras residenciales y de negocios del estado. La primera vez que vi a Enrique, sentí que me faltaba el aire, mis piernas se tambalearon y el corazón me palpitó por el impacto de ver a un hombre tan guapo en persona y tan de cerca.

Era casi un actor de traje, con menos sonrisas y más músculos.

Personas así no existen en la vida real.

Enrique era alto, con el cabello rubio oscuro como la arena y los ojos verdes como esmeraldas. Tenía un porte atlético, como si entrenara todos los días, una mirada hipnótica, capaz de hacer que cualquiera se doblegara a sus deseos, y era incapaz de dar una sonrisa mayor que un leve levantamiento de comisura de los labios, como si estuviera dividido entre encontrar algo gracioso o ser irónico. Recibir una mirada fija de ese hombre durante más de dos segundos aún me ponía nerviosa después de tantos meses.

Él era obsesionado con el trabajo, queriendo saber cada pequeño detalle que ocurría en la empresa y sin ningún interés por el chisme del día a día. Enrique Martínez no hablaba de nada que no estuviera estrictamente relacionado con el trabajo o con algún proyecto en desarrollo.

Las malas lenguas de la empresa decían que lo que tenía de serio dentro de la M&M Constructora, también lo tenía de mujeriego fuera de ella, pero nunca vi a mi jefe en acción — y esperaba no verlo.

Si el hombre me afectaba pidiéndome tablas, imagínate intentando coquetear... Bueno... Obviamente que no coquetearía conmigo. Enrique Martínez era rico de nacimiento, con un círculo de personas guapas, bien vestidas y con mucha más cultura que yo. Una madre de expresión cansada y ropa de liquidación nunca estaría en la competencia.

Mi función en la M&M implicaba una tonelada de trabajo, para alinear las tareas diarias y los planes para el futuro — con áreas diversas como ingeniería, arquitectura, finanzas y marketing —, para poder responder a las preguntas de Enrique o saber quién podría responderlas con facilidad. A veces, mi jefe me llevaba a reuniones externas con inversores, socios o proveedores de servicios e incluso a visitas técnicas a obras.

Eran varios minutos dentro de su coche, escuchándolo ser educado con preguntas de trabajo o solo estando en silencio. Solo lo veía sonreír cuando recibía alguna llamada de su familia, su voz

desprendiendo un poco de sentimientos más allá del empresario serio.

Yo era su brazo derecho, o la persona que hacía el trabajo sucio: iba tras la información como una señal de que mi jefe estaba atento y de que la gente debería resolver lo que fuera antes de que él tuviera que entrar en el circuito — lo que a menudo implicaba que Enrique y el otro socio, Pedro Machado, exigieran muchas más cosas además de esa pequeña información. Nadie quería estar bajo el escrutinio de ambos, así que me pasaban las cosas a mí y seguían el flujo de la empresa.

No es que Enrique Martínez no delegara tareas, lo hacía todo el tiempo, centrándose en las discusiones más importantes de la empresa y dejando que cada uno actuara según sus responsabilidades; el problema es que él no jugaba con los negocios. Cualquier asistente suyo trabajaba muchas horas y tenía que aguantar la presión del día a día. Antes de mi contratación, otras seis asistentes pasaron por el puesto, pero ninguna duró más de tres meses, el período de prueba, renunciando por el "exceso de demandas".

Yo ya había superado los seis meses y sentía que no había motivos para abandonar el barco.

Adoraba mis tareas y, aunque fuera la secretaria en lugar de ingeniera, como una vez soñé ser, hacía mi trabajo administrativo con excelencia. Antes de tener que dejar la universidad por el embarazo, mi sueño era trabajar en obras de gran envergadura y llegué a estar en una construcción, donde pasaba horas engullida en ropa de seguridad y con un casco demasiado grande para mi cabeza, acompañando a los ingenieros en el proceso de diseñar, gestionar, supervisar y ejecutar obras y construcciones.

Esa, de hecho, fue la cualidad que Enrique más elogió en mi entrevista: tenía experiencia en administración y en la empresa de arquitectura.

Todos los comentarios que escuchaba en los pasillos hablaban de lo aterrador que era Enrique y de cómo parecía un león en los

negocios, saltando al cuello de quien tuviera delante para conseguir un contrato. Nada era personal, lo sabía. Y el hecho de que mi jefe apenas hablara conmigo, solo exigiendo cosas a lo largo del día y encerrándose en su despacho para trabajar, hacer llamadas y reuniones, era parte de lo que hacía funcionar los engranajes de esa empresa. Como una máquina que no gastaba palabras innecesarias si la conversación no tenía un objetivo, Enrique Martínez era amigable, pero distante, como si intentara distanciarse de las relaciones personales en el trabajo. Él estaba comprometido con la M&M y cualquier error de ejecución en las construcciones podría causar la muerte de personas.

Mientras reían, bromeaban o pasaban demasiado tiempo en el cafecito hablando mal del jefe, Enrique estaba allí, siempre ocupado y exigente, como si nunca se desconectara. Como secretaria y representante directa suya, los otros empleados solían ser solo negocios y nada de diversión en el trabajo conmigo.

En seis meses en la empresa, no tenía con quién hablar y almorzaba sola o en compañía de Bea, cuando tenía tiempo de recogerla en la guardería.

— Parece que todo está listo para la reunión — dijo Enrique detrás de mí, observando la mesa organizada.

No lo oí llegar, perdida en mis pensamientos al mismo tiempo que arreglaba el material y los prospectos para el próximo lanzamiento. Era uno de los días más importantes del cronograma, una reunión que comenzaría temprano para presentar el proyecto que estaba en construcción.

— Como planeamos. ¿Quiere algo más? Todavía tenemos tiempo — pregunté, mirando mi reloj. *27 minutos, para ser más exacta.*

— Ve a prepararte. Está todo genial... Excelente, como siempre — saludó sobrio, la comisura de su boca curvada en aprobación. — Estaré en mi despacho. Avísame cuando la gente empiece a llegar.

Enrique se despidió con un movimiento de cabeza, mirando algo en su móvil. Observé al hombre alejarse durante unos segundos,

apreciando su espalda en un traje bien cortado a través de la puerta de cristal de la sala de reuniones.

A pesar de ser distante, Enrique Martínez era bueno a la vista, y con mi vida ajetreada, sabía que quizás la única vida afectiva que tendría sería robar miradas a mi guapo jefe.

Dios... María, sé profesional, pensé mientras sonreía para mí misma, sintiendo que mis mejillas ardían por mis sentimientos.

Enrique podía ser una máquina de trabajo, pero yo aún podía disfrutar de una buena vista cuando la tenía. Esa era la otra cosa sobre Enrique Martínez: cómo su presencia dejaba mis piernas temblorosas. Yo era extremadamente profesional y organizada, una empleada ejemplar, pero eso no me impedía notar que el CEO de mi empresa era atractivo.

Capítulo 2

Maria

— Señores, si pueden revisar la página cuarenta y siete del prospecto... — Enrique dejó de hablar, mirando hacia la mesa cuando un *bzzzzzz* resonó en la sala.

Su mirada recorrió a los presentes al mismo tiempo que yo, en pánico, apagaba la pantalla de mi móvil por segunda vez en menos de diez minutos.

Recibí una mirada de reproche de mi jefe mientras observaba el número desconocido, debatiendo conmigo misma si debía o no salir de la reunión para atender la llamada. La reunión con los inversores era importante, el inicio de uno de los proyectos más grandes en los que la empresa se había involucrado, y era necesario escuchar, anotar y seguir todas las discusiones allí.

En la mesa, varios ejecutivos de otras empresas e inversores independientes escuchaban a Enrique hacer la presentación, mientras yo tecleaba frenéticamente en el portátil cada pequeño dato desde mi posición, sentada en uno de los extremos de la mesa.

Bzzzzzz...

Miré de nuevo la pantalla, lista para apagar el dispositivo, cuando Enrique se inclinó a mi lado, susurrando:

— ¿Es una emergencia de trabajo?

— No lo sé. Es un número desconocido — respondí en el mismo tono de voz.

— Ve a atender y vuelve aquí. Tu móvil no para de sonar y hoy es demasiado importante como para estar interrumpiendo la presentación cada vez que hace vibrar la mesa — ordenó Enrique de

un modo que no admitía discusión, su mirada seria sobre mí, haciéndome sentir un escalofrío en el estómago como siempre.

Asentí con la cabeza y me levanté, viendo cómo la llamada se perdía en la pantalla. Nueve llamadas perdidas.

Detestaba ser el centro de atención, y después de la tercera llamada, estaba más que claro que alguien quería contactarme. Con mi móvil en silencio, solo vibraba así cuando alguien intentaba llamar repetidamente.

Estaba angustiada porque pudiera ser algo relacionado con Bea.

Desde que mi hija nació, vivía eternamente preocupada, sobre todo con ella lejos de mí. Como tenía el número de la guardería y de varios empleados que trabajaban allí, intentaba alejar la idea de alguna emergencia, pensando que era solo un telemarketing insistente que debería bloquear.

En cuanto volví a mi escritorio y deslicé las últimas llamadas para devolver la llamada a la persona insistente, el dispositivo vibró una vez más en mis manos.

— ¿Hola?

— *¡Qué bueno que pude hablar con usted!* — me saludó una voz femenina al otro lado, un poco demasiado acelerada. — *Soy Liliana, de la guardería, tuvimos un accidente...*

— ¿Accidente? — pregunté con la respiración acelerada, pensando que debería haber atendido en el primer intento. — ¿Está bien Beatriz?

— *Su hija está bien, señora. Puede estar tranquila. Tuvimos una inundación. Una cañería reventó en el baño y la presión del agua dañó el techo y nuestras salas. No es seguro y estamos pidiendo a los padres que vengan a buscar a sus hijos. Tuve que llamar desde mi móvil porque no puedo llegar a nuestra oficina por el estado de los pasillos. Fue un escape importante.*

— Claro... Claro... Voy para allá ahora. ¿Cree que para mañana estará resuelto? — pregunté y miré a Enrique a través de las puertas de cristal de la sala de reuniones.

Él hablaba ante el pequeño auditorio, gesticulando hacia la pantalla de la presentación en la que habíamos trabajado durante semanas. *¿Qué iba a hacer con Bea?* Traerla a la oficina era la única opción. ¿Cómo tomaría mi jefe la presencia de mi hija? Sobre todo en un día con tanta gente externa.

— *Para ser sincera, lo veo poco probable.* — La mujer suspiró derrotada al otro lado. — *Sé que dependen de nosotras, pero creo que al menos unas dos semanas serán necesarias para rehacer la fontanería, las paredes...*

— Está bien — susurré, sabiendo que no estaba *bien*.

Estaba confundida sobre qué hacer con Bea durante todos esos días.

Adiós vida organizada, rutina bien ajustada y trabajo perfecto como un reloj.

La realidad me estallaba en la cara en forma de mi bebé llevándome a una emergencia. ¿Podrían las vecinas cuidarla todos esos días? Cogí mi bolso, colocándomelo al hombro mientras hacía gestos a Enrique hacia el ascensor, y él devolvía la mirada confundido. Le envié un mensaje explicando que era una emergencia de verdad y que necesitaba salir. Esperaba que Enrique entendiera mejor que mi empleo anterior y no tuviera que volver a enviar currículos.

— *¿Señora, sigue ahí?* — preguntó la voz en el instante en que esperaba que llegara el ascensor. Me había olvidado de la cuidadora de la guardería en la llamada.

— Lo siento... Estaba perdida en mis pensamientos sobre qué hacer con Bea. ¿Ya pensaron en un plan B? ¿Algún otro lugar para los próximos días?

— *Estamos pensando, pero seguro que no estará resuelto para mañana. Nuestra primera acción es llamar a los padres, luego pensar qué hacer. Queremos lo mejor para sus hijos, y harán falta algunas obras para que la guardería vuelva a abrir.*

— ¿Dos semanas, dijo? — volví a hablar con voz desanimada.

— Sé que es complicado, sobre todo por cómo ocurrió. Espero que consiga un lugar para su niña estas próximas semanas. Haremos todo lo posible, pero ¿entiende, verdad?

— Estoy de camino — informé y me despedí, mientras el ascensor se abría en mi piso.

La vida de una madre soltera sin una red de apoyo era muy difícil y me impresionaba la cantidad de mujeres que lograron criar a sus hijos con mucho menos que yo. Cuando vine de mi ciudad, viví durante semanas en el sofá de mi prima segunda hasta que empecé a compartir piso con desconocidos.

Fue a través de esa misma prima que conocí a Iván, el padre de Bea. Tenía una plaza en la universidad — lo que disgustó a mi padre, que creía que pasaría el resto de mis días en nuestra ciudad — y la experiencia de haber tardado cinco años en perseguir mis sueños.

A los 23 años, mi cabeza era muy diferente a la de mis compañeros de clase, por eso no hice amigos y pasé el tiempo que estuve en la universidad como una alumna invisible. Había buenos lugares en el interior, pero si quería tener más opciones, debería estar en la capital. Rápidamente conseguí un empleo en una empresa de arquitectura, primero como becaria y luego como empleada.

Mientras el ascensor bajaba, pensé que, después de ese día, toda la empresa sabría de Beatriz. Su pequeña cabeza ruBea y su sonrisa desdentada harían su debut en la M&M Constructora.

∞∞∞

La cuidadora con la que hablé por teléfono no exageró cuando habló del destrozo en la guardería. Había agua por todas partes, mientras algunas personas manejaban a los bebés y niños pequeños en la parte delantera del local. En cuanto llegué, me entregaron a Bea y su bolsa y recibí todo tipo de explicaciones sobre el incidente con las tuberías. Según ellos, sería difícil volver en solo dos

semanas, pero era el plazo que los responsables del lugar daban a los padres. Hacía falta una obra, una inspección y toda una burocracia que no podía imaginar hasta que la guardería volviera a su horario normal.

No conocía a nadie más, mi prima ya no vivía en la ciudad y sería imposible confiar en una niñera sin la adaptación necesaria — eso si lograba encontrar a alguien para el día siguiente. Qué situación tan difícil. Mi hija tendría que ir a trabajar conmigo, necesitaría trabajar desde casa o incluso tomar unas vacaciones que ni siquiera me correspondían aún.

Puse a Beatriz en la mochila portabebés y volví a la M&M, cruzándome con otras empleadas que tenían a sus hijos en la misma guardería por el camino.

Algunas también llevaban a sus bebés de vuelta a la oficina, pero otras esperaban en la acera, como si alguien fuera a buscarlos. Cada persona que pasaba a mi lado sonreía a Bea, porque era un bebé que llamaba la atención, con su sonrisa y sus ruiditos curiosos, abierta a cualquiera que hiciera juegos con ella. Definitivamente la personalidad de mi hija era mucho más llamativa que la mía, y ahora, con un bebé colgado de mí, atraía toda la atención que había evitado en todos los meses en la empresa.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso de la dirección. Enrique estaba a pocos metros de mí. Caminó hacia mí con la mirada confusa, yendo de Bea a mí y deteniéndose en su cabello rubio y ralo y sus ojos oscuros. Llevaba un conjunto lila con un lazo, que no pude resistir y compré, por más que me pareciera demasiado adornado para una niña de un año.

— ¿Por qué tienes un bebé en brazos? — preguntó en un tono de voz que nunca le había oído hasta entonces, como si no entendiera lo que veía y yo tuviera tres cabezas o algo así.

— Señor Enrique, esta es mi hija, Beatriz. Hubo un problema con la guardería y tuve que recogerla. Lo que necesite puedo resolverlo en cuanto la acomode. Sé que no es lo ideal, pero no tengo dónde

dejarla... — respondí, intentando parecer lo más profesional posible con el bebé pegado a mi cintura.

— No sabía que estaba casada. No recuerdo que hablara de eso en la entrevista.

— No lo estoy... Tengo una hija, pero soy soltera. Soy madre soltera — afirmé, y durante unos segundos pareció que Enrique iba a decir algo más, su boca abriéndose y cerrándose como un pez antes de que continuara, como si engranajes giraran en su cabeza e intentara encajar una pieza más en un rompecabezas difícil.

— Ahhh... Ok... La reunión era importante, así que me gustaría repasar algunas cosas contigo. Tenemos unas horas hasta el almuerzo — dijo al mirar su reloj y señalar su despacho. Enrique seguía pareciendo perdido ante la visión de un bebé en la oficina, algo que obviamente no encajaba allí. — Todos se han ido y Pedro está con ellos. Creo que va a almorzar con algunos de ellos.

— Mil disculpas, señor Enrique. Sé que contaba conmigo, pero era una emergencia de verdad. Es solo que necesito encontrar un sitio para ella y podemos continuar. Lamento haber salido así.

— Tráela a mi despacho, ¿qué tal? Déjala en tu regazo o en el sofá.

— Muy bien... — respondí con timidez, dejando las bolsas en mi mesa y siguiéndolo con el portátil en la otra mano.

Acomodé a Bea en el sofá, haciendo un fuerte con algunas almohadas, mientras Enrique cerraba la puerta y dejaba atrás las miradas curiosas. Los primeros minutos fueron confusos hasta que entramos en nuestro flujo normal de trabajo, interrumpidos raramente por algún ruido de Beatriz, que estaba sentada y meneando su mordedor.

Aún no caminaba, pero se desplazaba arrastrándose mientras se apoyaba en los muebles. Bea parecía desinteresada en la oficina, y sospechaba que tenía sueño.

Durante la hora siguiente, las cosas funcionaron, hasta que mi hija se dio con el juguete en el ojo y empezó a llorar.

La puse en mi regazo, intentando calmarla al mismo tiempo que Enrique me mostraba la presentación que deberíamos enviar a los inversores. Nuestras voces no podían con los pulmones de Beatriz, que incluso sin llorar a todo pulmón, seguía haciendo mucho ruido. Quería salir de la sala, calmarla meciéndola en mi regazo y rezar para que dejara de llorar.

— Si me da un momento... — dije con vergüenza, señalando hacia afuera.

— Dámela a mí — pidió Enrique, levantándose de la mesa al observar el rostro enrojecido de mi hija. Suspiró resignado y, durante unos segundos, parecía más al mando que yo. Yo andaba desesperadamente de un lado a otro de la sala, nerviosa por la falta de control de la situación.

— Voy a hacer que deje de llorar, ¡lo juro! Creo que está extrañando o...

— María, ¡dame a la niña! — pidió de nuevo, con un tono que parecía una orden, extendiendo la mano hacia mí.

La apreté más contra mí de forma protectora, temiendo por su petición. Una cosa era que él fuera mi jefe, otra que quisiera pelearse con mi hija.

— ¿Qué vas a hacer...? ¡No puedes!

— ¡Ahh! — refunfuñó, caminando hacia mí y sacando a Bea de mis brazos, acunándola en los suyos. Fue como si un interruptor se hubiera apagado, dejando la sala en silencio por primera vez en minutos, el llanto disminuyendo hasta desaparecer.

— ¿Cómo lo hiciste? — pregunté asombrada.

— Algún encanto natural con los niños. — Esbozó una sonrisa tímida, la primera dirigida a mí que veía en todos los meses que trabajaba con él. — Mis sobrinos funcionaban igual. Por algún motivo, dejan de llorar cuando los cojo en brazos.

— Eres un encantador de niños — respondí, fascinada con la situación al mismo tiempo que negaba con la cabeza, intentando controlar mis palabras. — Quiero decir... Lo siento.

Observé a Beatriz acurrucada en Enrique, con el rostro satisfecho. Sus mejillas aún estaban rosadas y suspiraba un poco resentida, pero parecía muy feliz tumbada con la cabeza en el pecho de mi jefe contra el traje azul marino suave. No la juzgaba y hasta sentía cierta envidia.

— Creo que es el tamaño, o el traje, o el olor... — Y con eso, otra risa tímida escapó de la boca de Enrique, que miraba a Beatriz con ternura. — Es muy bonita. Y se parece a ti.

— ¿RuBea y desdentada? — pregunté con humor.

— Pequeña, rubita, de ojos oscuros y con esa expresión tranquila incluso al llorar como una turbina de avión.

— No echo de menos cuando llora así. Si es tan fácil, te voy a tener en mi casa — dije e inmediatamente después me tapé la boca con la mano, dándome cuenta del absurdo de mis palabras.

— Está bien... Y está bien que la traigas más veces. No me molesta, y me gustan los niños.

— ¿Te gustan? — pregunté con expresión confusa, que no pasó desapercibida para mi jefe.

— Sí... ¿Parece que no? — respondió, levantando una ceja. Creo que hablé con mi jefe más veces hoy que en todos los demás días en la empresa.

— No diría que te gustan los niños. No pareces el tipo.

— ¿Y hay un tipo? — cuestionó, haciendo una caricia suave en la espalda de Bea, que soltó un suspiro bajo. Aparentemente Beatriz sabía elegir sus batallas y la suya sería llorar hasta conseguir estar agarrada al pecho musculoso de mi jefe. — Tengo tres sobrinos pequeños, todos hijos de la misma hermana. Ya no viven en la ciudad. Cuando estaban aquí, se quedaban conmigo todo el tiempo.

— Creo que descubrí un talento secreto tuyo con los niños — dije encogiendo los hombros —, voy a intentar resolver lo de Beatriz para los próximos días. No estaba en mis planes traerla a la empresa.

— ¿Conseguiste resolver lo de la guardería?

— No. Tuvieron una inundación y van a entrar en obras. Solo Dios sabe cuándo volverán a funcionar. Algunas otras empleadas están hoy con niños en el edificio, ¿no has visto?

— No. En este piso, solo Bea... Y es en serio sobre traerla, podemos arreglarlo, si quieres — dijo simplemente. — A menos que el padre o algún familiar pueda quedarse con ella. Sé cómo deben ser estas cosas.

— Solo somos nosotras dos. El padre de Bea no quiso... no quiere participar — conté, pateándome mentalmente por hablar de mi vida con mi jefe. *¿Por qué?*

— ¿Cómo que no está interesado? ¡Tiene obligaciones con vosotras dos, no puede hacer eso! — replicó indignado, acariciando la cabeza de Bea, como si aquello fuera inconcebible.

¿Existía algo más sexy que un hombre de casi un metro noventa siendo delicado con un bebé? Si ya sentía una pequeña atracción por mi jefe antes, cuando hablaba menos de una frase completa al día, ahora que había visto su lado tierno con los niños, las cosas se pondrían muy difíciles para mis ovarios.

El *crush* por Enrique Martínez acababa de subir unos cinco escalones.

— Ni siquiera quiso registrarla. Muchos niños son criados sin padre, y Beatriz es solo una más de la estadística.

— Si me permite comentar sobre su vida personal, es un idiota — dijo Enrique, y no pude contener la risa mientras él mantenía su mirada enfadada. — ¿Quién no querría una cosita así?

— Es mona, pero está empezando a andar, llora, hace ruidos. Va a molestar si la traigo aquí todos los días.

— Y yo necesito tu trabajo. Los niños no son una molestia, María. La gente espera que actúen como adultos, pero no lo son.

— VAYA — dejé escapar de nuevo y él sonrió. Creo que descongelé un poco el hielo alrededor del corazón de mi jefe con una sonrisa desdentada.

— Muy bien, ahora volviendo al trabajo...

— ¿Con ella en tu regazo? — pregunté sorprendida.

— Creo que funciona mejor así. Te necesito en el ordenador y con las manos libres. Parece que la señorita Beatriz nos va a dejar trabajar así.

— Es una excusa para tener un bebé en tu regazo, ¿no?

— Dije que me gustan los niños. — Rió con una sonrisa tímida mientras la acomodaba al sentarse en la silla del despacho. — Ahora, sobre este material...

Capítulo 3

Enrique

Abrí los ojos y miré a la mujer morena tendida en mi cama y fruncí el ceño al darme cuenta de que no sabía su nombre. *¿Era Patricia? ¿Pamela? Un nombre con P que era incapaz de recordar.* Disimulé un bostezo y me senté en la cama, cogiendo el bóxer de la noche anterior del suelo y poniéndomelo antes de levantarme y encarar a la mujer.

Detestaba esta parte.

Quiero decir... Básicamente todo menos el sexo.

Me estaba haciendo viejo y cansado. Ya no me sentía satisfecho por traer a alguien a mi apartamento y luego sentirme incómodo con la mañana siguiente. Ya había pasado los 30, pero me sentía un chico adicto al sexo sin pensar mucho en las consecuencias.

El movimiento de la mujer en mi cama me hizo soltar un suspiro de alivio. Con ella despierta, las cosas eran mucho más fáciles. Mi cama era malditamente cómoda, era el motivo por el que la había elegido, y parecía una canción de cuna para las mujeres que traía solo por una noche.

Con el día amaneciendo, necesitaba correr al gimnasio para poder llegar a la constructora antes de las nueve. Las cosas eran más rápidas cuando ellas se despertaban solas y se iban sin una discusión. No es que yo fuera un idiota maleducado que mandaba a alguien que me había dado placer a la calle sin siquiera ofrecerle un desayuno. Solo que no quería parar mi vida porque una de ellas hubiera tenido la noche de su vida — conmigo o con mi colchón.

Pedro, mi socio, solía bromear sobre cómo hacía las cosas de forma intensa: trabajaba muchas horas, cuidaba de mi cuerpo sin

fallar y me gustaba follar.

Salimos a celebrar la presentación a los inversores después de la jornada en un bar, relajándonos por primera vez en muchas horas. Nunca había sido tan simpático como Pedro, que podría arrancarle la cabeza a alguien sonriendo. Mi método era trabajar como un condenado para obtener resultados y gastar toda la energía y el estrés acumulado en otras cosas, como el gimnasio o las mujeres.

Fue un día de altibajos incluso para mi muy organizada secretaria. Terminé con un bebé en mi despacho al mismo tiempo que cerraba el material para enviar a los inversores tras la reunión, mientras mi socio almorzaba en un restaurante de cinco estrellas para impresionar a los empresarios.

Sonreí al pensar en Beatriz y en su risa desdentada... Me gustaban los niños, era un buen tío, solo que no tenía paciencia para lidiar con todo lo demás que venía con la parte de "constituir" una familia.

— Oye... ¡buenos días! — Pilar/Paloma/Paulina me saludó con voz ronca, moviéndose en la cama, sus pechos asomando descaradamente por los bordes de la sábana. Me sentí tentado por unos minutos, pero no lo suficiente como para perder la hora.

— Voy a preparar un café, porque tengo un día ajetreado, ¿vale? Si quieres, puedes acompañarme.

Me estiré sintiendo la tensión en la espalda.

Solía buscar compañía para aliviar esa presión en mis músculos y el dolor detrás de mis ojos, pero aparentemente Penelope/Patrizia/Piedad no me ayudaría en el proceso. Era la primera vez en semanas que llevaba a alguien a mi apartamento, para intentar matar un poco de la energía acumulada que circulaba dentro de mí después de la presentación. Era eso, correr diez kilómetros o masturbarme unas cuantas veces a solas.

Tenía fama de canalla, pero siempre estaba cansado del trabajo y con pereza de salir a buscar a alguien a menos que sintiera esa "molestia" dentro de mí.

— ¿Ya despidiéndome? — preguntó ella.

— Un día ajetreado, como te dije — respondí, encogiendo los hombros. — Si necesitas ir a algún sitio por aquí cerca, puedo darte un aventón.

— Bueno... Una noche, como tú mismo me prometiste — concluyó, levantándose de la cama y recogiendo sus cosas del suelo. Al menos Paloma/Priscila/Pietra no lo decía en un tono ofensivo, como ya había oído muchas veces.

— No mentí — repliqué y esbocé una sonrisa pícara que sabía que era capaz de derretir bragas.

Mantenía ese lado mío escondido en el trabajo, detrás de la barrera seria del Señor Enrique Martínez, pero como mi madre me decía, desde la maternidad era capaz de arrancar algunos suspiros femeninos.

— Voy a usar tu baño y me marcho. Tienes mi teléfono, si quieres repetir.

— ¿Lo tengo?

— Estoy segura de que lo apuntaste anoche, pero si quieres, puedo llamarte yo… — dijo e inclinó la cabeza hacia un lado, intentando hacer una expresión entre sexy y confusa.

— Está bien. Debes tener razón, Pa… — hice una pausa dramática, esperando que la mujer me interrumpiera. Cometí el error de intentar llamarla por su nombre. Realmente me estaba volviendo incómodo con ese rito matutino. No quería ser ofensivo, pero no recordaba el nombre de la mayoría de las mujeres con las que me acostaba.

— Paula, pero finjamos que lo sabías — comentó y desapareció en mi baño después de guiñarme un ojo.

Veinte minutos después, Paula se despidió de mí mientras yo tomaba mi café sentado en la cocina y revisaba los correos del trabajo. Acompañé a la mujer hasta la puerta como un buen caballero y continué con mi rutina. Seguía inquieto, así que terminé corriendo en el gimnasio. Quizás necesitaba replantearme si

realmente valía la pena dormir con desconocidas o simplemente empezar a correr malditos veinte kilómetros en lugar de diez.

∞∞∞

— ¿La noche no rindió? Supe que llegaste temprano esta mañana — preguntó Pedro, apareciendo en mi despacho y cerrando la puerta tras él.

Mi socio sabía que la gente oía esas frases sueltas y hacía todo tipo de conjeturas, pero parecía no importarle. Se escondía tras su fachada bromista y dejaba para mí el peso de ser el CEO exigente del que todos tenían miedo.

— ¿Cuándo dejé de estar aquí para trabajar, Pedro?

— Bueno... La mujer estaba buena. O puede que estuviera borracho... Pero sabes elegir bien. Bastante bien, diría — bromeó Pedro, sentándose frente a mí. — ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre? Hemos terminado un gran proyecto. Mereces un descanso.

— Sí, pero tengo compromisos. Y sabes muy bien que esto es solo el comienzo. Si todo va bien, serán al menos dos años viendo a las mismas personas hasta que la obra termine.

— Necesitas relajarte, Enrique.

— Y tú también, Pedro. Tus horas en la constructora son muy parecidas a las mías, diría yo.

— Al menos salir temprano, ¿no? Son casi las seis de la tarde. Deja de ser un vampiro y ve a ver el sol. Caminar un poco por la playa.

— ¿Estás viendo algunos vídeos positivos, Pedro? ¿Leyendo mensajes de autoayuda? Estamos hasta el cuello con los contratos y tengo una reunión con el equipo de marketing. Voy a pedirle a mi secretaria que cierre tu agenda y luego hacemos una reunión sobre el presupuesto. Es imposible hacerlo ahora.

— Muy bien... Sin la buena para ti.

— Y para ti. Ayer saliste solo, ¿no?

— No es una novedad, siempre salgo solo.

— Pedro, si no fueras un maldito buen empresario, te recomendaría el sacerdocio — bromeé, viendo a Pedro hacer una mueca. — ¿Cómo fue ayer?

— Nos van a dejar en la oscuridad unos días, pero creo que será un éxito. Estaban sorprendidos con el plan de obra y todos los materiales. Muchos elogios para tu presentación, amigo. Sobre todo por los cálculos de valorización.

— Como siempre. Si conseguimos cerrar este proyecto, vamos a superar la facturación prevista del plan estratégico en dos años, en lugar de cinco.

— Somos buenos en lo que hacemos — respondió Pedro con una sonrisa. — Hablando de tu secretaria para agendar la reunión... ¿Por qué diablos está con un bebé en la empresa?

— Su hija. Aparentemente tuvo un problema con la guardería y algunas empleadas trajeron a sus hijos aquí ayer. Como no tenía con quién dejarla, trajo a la niña otra vez hoy.

— No es un ambiente para niños. Ni siquiera sé si existe alguna norma laboral que estemos incumpliendo con este bebé aquí.

— Mira... Necesito a María para cerrar las propuestas y todo el trabajo para esta nueva construcción. Ella fue la responsable del primer esbozo de la propuesta y conoce este material como un mapa. Si vamos a prometer cosas a los inversores, parte es gracias a ella. Si el precio de un buen trabajo es tener un bebé por aquí unos días... — expliqué, encogiendo los hombros.

Realmente no me importaba la presencia de Bea.

— Tú eres el responsable. Quizás puedas ponerla en tu despacho, para que no esté a la vista de todo el mundo — bromeó Pedro, pero pensé que no era mala idea. Con Beatriz en mi despacho, evitábamos los chismes y ella estaría siendo cuidada.

— Me encargaré de eso, tranquilo.

— Es gracioso ese punto débil que tienes por los niños. Desde Maite, si no recuerdo mal...

— Solo porque no voy por ahí diciendo que no quiero tener hijos y que detesto a los niños, como tú, no significa que quiera mudarme a una granja y dejar embarazada a alguien siete veces — respondí irritado, desviando la mirada hacia el ordenador.

Detestaba cuando mencionaban a Maite.

— Muy bien — respondió Pedro, levantándose. — Voy a dejarte continuar con lo que estás haciendo. Parece que mencionar a tu ex prometida no ha sido un buen movimiento.

Observé a Pedro salir del despacho, dándome cuenta de que era una de esas personas que creían que no tenía una relación por culpa de la ruptura con Maite. En realidad, mi compromiso me hizo ver que no estaba hecho para todo el drama que rodea a las relaciones. En realidad, ningún drama, ni siquiera el de la mañana siguiente. Si no me gustara tanto el sexo, quizás incluso evitaría ese tipo de confrontación.

Nos comprometimos, fijamos la boda y de repente Maite dijo que quería seguir su vida sin mí. Teníamos una buena relación y, aunque discutíamos mucho — sobre todo por sus celos hacia cualquier mujer que hablara conmigo —, era llevadera. Cuando se fue, se llevó la parte inocente de mi alma, las ganas de casarme, de tener hijos y un apartamento lo suficientemente grande para que un perro peludo corriera por los pasillos.

Sufrí, bebí y follé un montón en el primer año después de nuestra separación, y entonces decidí que ya no quería nada de eso para mí. Sin dramas, solo mi trabajo y la satisfacción de hacer que la empresa avanzara después de tantos años de esfuerzo. No estar atado a nada ni a nadie y vivir mi vida como quisiera, el alivio de tener a alguien cuando y si lo deseara. Estar harto de los encuentros casuales era otra parte de mi vida.

Puse mi mano en la cabeza, sintiendo que el dolor se intensificaba al apretar mis ojos. Coloqué mis dedos sobre la vista, intentando relajarme unos segundos y alejar la tensión y el cansancio.

— ¿Estás bien? — María dio un golpecito suave en la puerta abierta. — Me estaba preparando para irme.

— Nada grave, solo estoy estresado. Vamos a presentar el presupuesto al comité, todos esos documentos me están volviendo loco. Los había dejado un poco de lado por la presentación.

— ¿Ah, sí? — Me miró confundida. — ¿Sabes que nunca hablaste de estas cosas? Creo que en todos estos meses solo me pediste cosas y me agradeciste por ellas.

— Quizás me has pillado en un momento vulnerable. — Sonreí levemente. — ¿Fui tan monosilábico?

— No... Quiero decir... — respondió turbada, mirando a los lados, como si no quisiera mirarme.

— María, puedes hablar. Hemos superado algunas barreras estos días. ¿Cuál es el problema?

— Eres un jefe totalmente de negocios y cero conversación. Decir que los documentos te vuelven loco es una novedad.

— Solo quiero que las cosas se hagan, y las otras asistentes que tuve... — empecé, y luego me detuve. — Pero tú has sido increíble en los últimos meses. Mi respeto ha crecido aún más al saber que haces todo esto, llegas tan temprano, sales tan tarde, y todo con tu hija.

— Ella se ha convertido en mi motor, Don Enrique.

— Llámame Enrique, me siento con sesenta años cuando usas ese "Don" delante de mi nombre.

— Hay gente a la que le gusta, ¿no? "Señor", "Doctor", "Profesor".

— Solo Enrique para mí, ¿vale? Voy a dejarte unos documentos para que los organices. Algunos archivos tienen informes repetidos y...

— Ya está hecho. Te envié el archivo, terminé antes. Pensé que lo necesitarías.

— ¡Eres un ángel! — dije, sabiendo que María era una de las mejores asistentes con las que había trabajado en todos estos años.

— Ahora vete, si no, te retendré más tiempo aquí.

— ¿A qué hora sales de aquí? — preguntó curiosa. — Siempre te quedas.

— Depende mucho de lo que tenga que hacer. Estamos negociando el otro contrato y me gusta el silencio; son mis horas más productivas. Ni teléfono, cero correos que responder, nadie queriendo hacer reuniones de última hora.

— ¿Eso es saludable?

— Mira... Tengo responsabilidades. Mi padre logró jubilarse y pasar unos años viajando con mi madre antes de fallecer.

— ¿Eso es lo que buscas? ¿Unos años? — preguntó seria.

— Señorita María Rodríguez, ¿por qué tan filosófica?

— Nada... Es que parece una vida con mucho trabajo y poca diversión.

— Créeme cuando te digo que me divierto mucho — anuncié con una mirada burlona, pensando en la fama de mujeriego que me había ganado en algunos círculos.

— Vale... — dijo con una expresión divertida, intentando huir de la clara insinuación de mis palabras. — Buenas noches, Enrique. No te quedes hasta tan tarde.

— ¿Y Bea?

— Cerca de mi mesa. Me estaba organizando para salir y puedo verla desde aquí.

— No puedes dejar de ser una madre preocupada, ¿verdad? Queriendo saber hasta qué hora me quedo aquí. ¿Te preocupaba antes?

— Está en mi sangre. Claro que me preocupaba, pero pensaba que te enfadarías conmigo; ahora ya sé un arma secreta para ablandarte: los bebés.

— Buenas noches, María — respondí con una sonrisa ligera mientras la veía sonreír suavemente hasta desaparecer de mi vista. María tenía razón, intentaba ser serio en el trabajo, más seco, pero

la conversación del día anterior había abierto una puerta que quizás nunca volviera a cerrarse.

Me gustaba mi secretaria.

Era fácil de conversar, buena, eficiente y también agradable a la vista con su cabello claro, ojos oscuros y el cuerpo curvilíneo dentro de la ropa de trabajo. *No era pecado mirarla, ¿verdad?* Porque tenía un secreto: quizás miraba demasiado a la señorita María Rodríguez, hasta el punto de imaginar cómo sería si no llevara esa ropa tan seria.

Mantuve la distancia por la forma en que me hacía sentir.

Normalmente era muy serio, pero eso no me impedía relacionarme con mis asistentes. Solo que había algo en ella que me dejaba curioso, pegando mis ojos a cada lugar al que fuera. Las relaciones amorosas en el trabajo eran una mala idea, un problema a evitar. Creé esa rutina, la distancia que pareció funcionar durante meses, sobre todo porque yo solo quería una noche y María era esencial en el trabajo.

Hasta Bea.

Una personita diminuta entró en la oficina, robando mis pensamientos preconcebidos sobre María. Durante unos minutos, creí que estaba codiciando a una mujer casada, y eso tuvo un sabor amargo en mi boca.

Fue suficiente para hacer que ella hablara conmigo, para saber de su vida, del padre de su hija... Allí estábamos María y yo conversando sobre mis problemas en la empresa. Solo podríamos ser compañeros de trabajo, amigos y nada más, si así evolucionaba. Pero amantes, nunca. Incluso con mi creciente atracción por mi empleada.

La vida de María ya era demasiado complicada sin mí.

La curiosidad debería parar en algún momento, ¿verdad?

Quise a María para mí desde la primera entrevista, pero sabía que no podía tenerla. Mirar no estaba prohibido y se había convertido en un deporte para mí observarla cuando ella no miraba. *Eso era todo...*

Suspiré con renuencia. Debería irme y correr unos kilómetros más. Quizás llevarme a alguien a casa, usar mis manos e imaginar que eran María.

¿Por cuánto tiempo más estaría obsesionado?

Capítulo 4

Maria

Seis meses después

— ¿Dónde está Bea? — preguntó mi jefe en cuanto entré en su despacho.

Desde que empezamos un nuevo proyecto, él venía llegando cada vez más temprano y viajaba varias veces al mes. Nuestra carga de trabajo se había duplicado, pero no me molestaba. Después de casi un mes haciendo malabarismos con Bea para dejarla unos días con una cuidadora de mi edificio y otros trayéndola al trabajo, la guardería por fin volvió a funcionar. Los días que nos quedábamos hasta más tarde, la recogía y ella pasaba horas en la alfombra de actividades de su tío favorito.

Enrique me había sorprendido con la atención que le daba a mi hija, cuidándola cuando estaba en la oficina hasta el punto de convertirse en el tío "quique". En pocos meses, había creado una revolución en la oficina al aumentar aún más el subsidio de guardería y estar negociando con el Consejo la creación de una zona para las madres de la constructora, donde pudieran extraerse leche o amamantar en un lugar adecuado, en lugar de en los baños de la empresa.

En las mañanas tranquilas y sin reunión, traía a Bea unas horas y me moría de risa viendo a mi jefe derretido por una niña de año y medio. Pasaba varios minutos en conversaciones ininteligibles con ella, señalando y dando cosas; también había colgado algunos garabatos de mi hija por el despacho junto a otros de Marcos, Ricardo y André, sus sobrinos. Era un amor.

— Bueno, bueno... Cálmate. Es que cierta señorita no quiso brazos esta vez — confesé, abriendo la puerta para mostrar a Bea caminando hacia él.

Estaba cada vez más grande, su sonrisa desdentada corriendo hacia Enrique mientras reía para él.

— ¡Hola, Bia! — dijo él, cogiéndola en brazos y acomodándola para seguir trabajando como si no tuviera un bebé entre él y el teclado.

— ¿De verdad vas a dejarla ahí? — pregunté riendo.

— Te lo he dicho un millón de veces, no me molesta.

— ¿Ni cuando te tira del pelo, o de la oreja, o de la corbata?

— Es muy educada, no hace eso con su tío favorito. — Se rió. — Quiero repasar algunos puntos del próximo contrato. ¿Puedes coger las cosas?

— Tú y tu asistente son muy exigentes — bromeé y sonreí cuando Beatriz respondió con una secuencia de "dadadada" indescifrables incluso para mí. Todavía hablaba muy poco; solo decía «mamá» y muchas palabras imposibles de entender.

Muchas cosas habían cambiado en los meses siguientes al incidente de la guardería, empezando por mi amistad improbable con Enrique Martínez.

Primero, abandonó la pose seria en el trabajo cuando estábamos solo nosotros dos. En lugar de sus sobrios "buenos días", Enrique pasó a conversar sobre cosas tontas entre nuestras muchas horas en la oficina. Así descubrí sobre su madre y sus hermanas, su formación en ingeniería — y obviamente hablé de la mía —, o cómo terminamos tomando algunas cervezas varias veces después del trabajo. Era extraño haberme vuelto "amiga" del jefe, pero al mismo tiempo él era una persona mucho mejor de lo que imaginaba.

A veces mi corazón aún se paraba unos segundos por una sonrisa suya, o sentía mis manos temblorosas o mis piernas como gelatina cuando estaba extremadamente guapo con traje, pero era algo con lo que debía aprender a convivir. Enrique era demasiado guapo para

su propio bien, y como había aprendido en esos momentos informales, él lo sabía. Enrique se aprovechaba de mi timidez para hacer bromas, y más de una vez lo había visto en acción con alguna mujer.

Sabía que nuestra amistad era un punto fuera de la curva y que él nunca se interesaría en alguien como yo, por eso estaba más tranquila y suelta a su lado. Feliz de tener a alguien cercano con quien hablar después de tanto tiempo sin amigos más íntimos.

En la sala de reuniones, era el de siempre. Fuera de su despacho, toda la suavidad de Enrique se transformaba en acidez. Era extraño saber que el hombre serio y exigente con mirada afilada de alguna manera me había hecho entrar en su intimidad, mostrando una persona que revelaba a pocos.

— María, antes de que te vayas. ¿Crees que puedes conseguir a alguien para que se quede con Bea unas horas pasado mañana? — preguntó.

— ¿Por qué? ¿Algo del trabajo? Con la cercanía de la Navidad, está complicado...

— No — interrumpió. — Mi hermana, Laura, está de vuelta en Brasil y quiere arrastrarme a una discoteca. ¿Yo tengo edad para ir a discotecas?

— Es complicado, sobre todo de madrugada.

— ¿Por unas horas? Nos encontramos y a medianoche te llevo a casa.

— Creo que eso funcionaría. ¿Por qué me necesitas allí?

— Laura está obsesionada con buscarme novia. Apuesto a que ha invitado a todas las amigas solteras de la ciudad.

— ¿Mentira? — Miré a mi jefe riendo. — ¿Tienes miedo de tu hermana pequeña y de algunas amigas suyas? ¿Necesitas un guardaespaldas?

— En realidad, pensé que si aparecía con alguna mujer, pensarían que estamos saliendo o algo así.

— Enrique Martínez *saliendo*. Ya sé — respondí con los brazos cruzados.

— Las cosas pueden cambiar, oye. — Se encogió de hombros. — Pero ni siquiera hace falta que digas nada. Creo que solo el hecho de que esté con alguien allí ya hará que las amigas de mi hermana ataquen a Pedro en su lugar.

— ¡Quieres llevarme a una noche con mi otro jefe! — exclamé impactada.

— No será toda la noche, vamos… Lo suficiente para que lo crean. Luego te dejo en casa. Tómalo como un ensayo. Deberías volver a tener citas — dijo, levantando a Beatriz de su regazo mientras jugaba con ella. — Follar hace bien, ¿sabes?

— Sería una fiesta para RR.HH. si te vieran hablándome así — respondí, acomodándome en pose de brazos cruzados, levantando una ceja como un desafío.

— ¡Ay, María! Estamos entre amigos aquí, ¡vamos! ¿Cuántos meses hace que nadie juega en tu parque?

— Enrique… ¡Por el amor de Dios! — respondí, poniéndome roja.

— Si es por falta de canguro, podemos arreglarlo. Eres guapa, inteligente, no tienes por qué pasar otro fin de semana sola. Puedo quedarme con Bia… Pero primero, necesitamos resolver esto con mi hermana. Puedo incluso pagar con ese favor, ¿qué te parece?

— Soy una madre ocupada, Enrique. ¡No soy una persona divertida! — me defendí. — Y siempre estoy sola. Cumpleaños de Bea, Navidad…

— ¿Vas a pasar la Navidad sola? — preguntó, girándose hacia mí serio. — Pero es una fecha importante. ¿Ni en el puente vas a ver a tu padre?

— Es complicado — refunfuñé. — Y ya he pasado varias fechas así antes. No entiendo por qué te molesta tanto.

— Porque ahora me tienes a mí, y yo tengo una familia a la que le encantaría pasar la Navidad contigo — replicó irritado.

— ¿Te tengo a ti? — pregunté con una risa. — No dejes que nadie lo oiga, porque no quiero terminar en boca de todos en el trabajo. La pobre secretaria que se enamora del jefe.

— ¡Si algún día viniera a buscarte un tío de esas aplicaciones de citas, nadie diría eso!

— ¡Solo hay pervertidos y locos en ese tipo de aplicaciones! ¿Vas a decirme que tú encontraste mujeres normales ahí?

— No pude comprobar si eran normales o no — explicó con una sonrisa pícara. — Pero entiendo que con Bea necesitas aún más cuidado con quién metes en casa. ¿Quizás Pedro?

— ¿Qué pasa con él?

— Para salir contigo, oye. — Se encogió de hombros. — Confío en él y es guapo.

— ¡AHHH! — refunfuñé más alto de lo que debía, haciendo que Enrique se riera de mi cara. — ¡*Tu* Pedro también es *mi* jefe, deja de ser loco! ¿Por qué estás con esa manía de buscarme citas? ¿Estás desocupado? ¿Quieres fingir que salgo contigo y luego buscarme a otro?

— Bien sabes que tenemos trabajo de sobra. Y él sabrá que es fingido. Yo no tengo relaciones.

— ¿Entonces qué? ¿Te has levantado esta mañana con ganas de ser uno de esos realities de bodas? Quién diría que en seis meses serías esta persona, Enrique.

— Eres una persona estupenda, no sé por qué aún no tienes un anillo en ese dedo — respondió de forma simple, sin un ápice de humor.

— Enrique Martínez, eres una vieja chismosa. Quieres casarme, estás loco por los niños y estás intentando buscar una cita para tu amigo.

— Estás hablando como mi hermana pequeña, María — bromeó, con el afecto en la voz solo por mencionar a Laura. — Pero es en serio. No lo entiendo.

— Y tú también eres todo eso y estás ahí levantando la bandera de la soltería. ¿Por qué para mí debería ser diferente?

— Porque yo estoy follando, y tú no — concluyó rápidamente.

— Vale. Basta de hablar de mi vida. Voy a terminar de evaluar la tabla de datos que enviaron esta mañana, ya que tú no quieres evaluar el contrato y estás perdiendo minutos preciosos intentando buscarme citas.

— Es broma. — Suspiró con otra de sus sonrisas luminosas. — Pero sobre la Navidad, es en serio. Pásala en mi casa. A mi madre le encantaría. Laura estará por allí y será divertido.

— No sé, Enrique… Es demasiado incluso para alguien a quien estaban analizando su vida sexual hace cinco minutos.

— Hazme feliz, ¡vamos!

— Muy bien. Luego pásame los detalles. Y ni una palabra en la oficina. Ya es bastante lidiar con la gente comentando lo "cercano" que eres de mí.

— Fuera de este despacho soy un tío serio, ¿no? Solo doy confianza a unos pocos elegidos.

— Es gracioso cómo te escondiste durante varios meses, Enrique Martínez. No dabas una sonrisa, no decías nada que pudiera ir más allá de lo personal y ahí estás, casi preguntando qué talla de bragas uso.

— P, diría yo — respondió riendo. — Pero sí. Esto de aquí es mi vida y prefiero evitar cualquier cosa que pueda ponerla en riesgo. Eres una compañera de trabajo y tanto.

— ¿Pasó algo? ¿Es eso?

— Nada grave, ningún proceso de acoso. Solo los clásicos escotes demasiado bajos, alguna insinuación aquí y otra allá. Pedro y yo las cortamos sin piedad, pero tardo en confiar en la gente, sobre todo en una posición tan cercana. Reñías menos conmigo cuando solo decía media docena de palabras.

— ¿Eso es malo?

— Lejos de eso, me gustan tus opiniones. Han Enriquecido nuestro trabajo. Creo que, si puedes, deberías volver a la universidad. Serías una ingeniera increíble, si es lo que aún deseas.

— Con Bea y todo lo demás… — lamenté.

— Si quieres, podemos arreglarlo. Organizar tus horarios.

— No es solo eso. Era pesado. Necesitaba muchas horas estudiando. Siempre tuve mucha dificultad en las asignaturas más avanzadas. Tengo pesadillas con cálculo hasta hoy.

— Puedo ayudarte. Era bueno en eso… Lo sigo siendo, en realidad. Siempre fui un poco nerd con esas materias.

— ¿Y siempre tuviste este aspecto? — pregunté confusa.

— Creo que sí. Siempre me gustó hacer ejercicio, practicar deportes.

— ¿Ligabas con ese rollo de dar clases, no?

— También. Pero entonces surgió una novia — se detuvo, carraspeando como si no quisiera hablar de eso. — Pero mientras duró, confieso que funcionaba. Todo el mundo necesitaba una ayudita en física, matemáticas y en otros lugares.

— ¡Dios mío, Enrique Martínez! — exclamé de nuevo, consciente de lo escandalizada que le gustaba dejarme.

— Si te interesa, María. Soy un excelente profesor de eso y de otras cosas.

— Es oficial. Voy a analizar las tablas hasta que dejes de hacer bromas de doble sentido — afirmé, deteniéndome en la puerta antes de hablar. — Pásame la información sobre el evento de tu hermana. Voy a ver si encuentro a alguien para que cuide a Beatriz.

— ¡Vale! Y ah… llama a Antonio. Necesito empezar la nueva campaña de marketing, pero no tengo idea de cómo cerramos el plan con la agencia.

— Ya lo hice. Hay un informe en la carpeta del área y ya hablé con Antonio para crear un documento antes de una reunión, ahorra tiempo.

— Eres un ángel y tienes la constructora en tus manos. No sé qué hacía antes de que vinieras a trabajar conmigo.

— Les tienes miedo, Enrique — respondí con una sonrisa suave —, y van a seguir dejándome resolver las cosas para no tener que hablar contigo.

— Por mí, perfecto. Ahorra mi tiempo, las cosas salen como deben. No es una queja, deberías recibir un aumento.

— Piensa bien en eso, jefecito — bromeé en tono de amenaza antes de salir del despacho —, si no, les cuento que el secreto para derretirte es dejar un bebé en tu regazo.

∞∞∞

Debatí conmigo misma si debía o no salir con Enrique y su hermana — y otras personas desconocidas invitadas. Mi relación con mi jefe era nueva y hasta entonces solo nosotros dos la compartíamos: conversaciones más personales, algún bar al final de la jornada, algunos almuerzos compartidos y mensajes graciosos en WhatsApp. No podía creer cómo me había apegado a Enrique en los últimos meses, considerándolo un amigo divertido… y que, bueno, era bueno a la vista.

Sabía de los chismes.

Las cosas empezaron con Enrique y su manía de tener a Beatriz en su despacho y aumentaron aún más cuando empezamos a compartir horas fuera de la oficina. Mi "suerte" era que, del mismo modo que los rumores decían que estaba teniendo un lío con la secretaria, muchos decían que era una tontería después de la lista de conquistas que Enrique Martínez desfilaba fuera de la constructora. Los lunes eran momentos de oro para la gente del cafecito, que compartían en qué bar o foto de Instagram había sido visto mi jefe y con quién.

Por más que Enrique quisiera mantener su fachada de seriedad, era una batalla perdida con los chismosos de la empresa.

Pondría aún más leña al fuego, pero al mismo tiempo: ¿cuándo fue la última vez que salí? A Iván no le gustaban los bares, restaurantes ni discotecas. En el momento que terminamos, me di cuenta de lo tacaño que era: nuestros planes a menudo eran pedir comida a domicilio por mi cuenta y ver algo en el sofá del salón. Podía contar con los dedos las veces que salimos durante los dos años de relación.

Mi vecina, Marilia, podía quedarse con Bea. Cuidaba de ancianos algunos días a la semana y hacía otros trabajos puntuales para otras familias, ninguna de ellas con bebés pequeños. Pero parecía gustarle mi hija, y durante el proceso de entrevistas, Marilia y Beatriz se entendieron bien. En cuanto confirmó que no tenía planes para el viernes por la noche, me sentí eufórica e incluso animada por ponerme maquillaje y un vestido bonito para salir, aunque solo fuera por unas horas.

Me estaba analizando con recelo frente al espejo, viendo el vestido negro ceñido a mis curvas cuando el portero me avisó por el interfono de la llegada de Enrique. *¿Por qué subió?* Miré un par de veces más al espejo, rezando para no haber exagerado con el pintalabios rojo en el instante en que sonó el timbre. No tenía tiempo para arrepentirme.

— Dios mío, María... No sabía que tenías todo eso debajo de la ropa de trabajo — anunció Enrique, mirándome de arriba abajo, aún parado en mi puerta.

Tenía una mirada seductora, y sentí que mi piel se erizaba con la apreciación masculina. Nunca había visto a Enrique así. Él también estaba guapo, vaquero oscuro, camiseta negra y el pelo peinado hacia atrás con un poco de gel.

El hombre sabía que era guapo y se esforzaba por destacar.

— Para ya, vas a hacerme sentir vergüenza — me quejé. — ¿De verdad está bien? No usaba este tipo de ropa desde antes de Bea y me parece un poco ajustado, como si todo hubiera crecido.

— No me quejaría del tamaño de tus *chicas* o de tu culo, si esa es la pregunta — dijo señalando mis pechos, cerrando la puerta tras él.

— ¡Enrique! ¡Por el amor de Dios!

— Mari, no es pecado ser sexy. Y estás muy guapa.

— Genial, ayudará con todo este rollo de tu hermana — respondí, deteniéndome unos segundos en su rostro.

Este rollo de llevar esto fuera del trabajo estaba siendo más complicado de lo que parecía. Enrique tenía una mirada pícara mientras deslizaba la vista por mi ropa que me ponía roja y no sabía si lo hacía a propósito o no. Le encantaba avergonzarme.

— Ella y sus amigas no son mi plan favorito para un viernes por la noche.

— No deberías haber subido. Podía haberte encontrado abajo. Para aparcar debe haber sido un infierno.

— Fue tranquilo. Y podía ver tu casa y a Bea.

— Ya está en la vecina. Quería un rato para arreglarme bien sin preocuparme de que ella corriera por la casa.

— Muy bien. ¿Vamos?

— Voy a coger mi bolso y ya salimos.

— Me quedo aquí en tu sofá — anunció, sentándose al mismo tiempo que miraba a su alrededor. — El apartamento es acogedor.

— Es una casa pequeña, pero nos sirve a las dos — dije desde el dormitorio, mi voz resonando por las paredes. — Cuando crezca, quizás necesite un cuarto solo para ella, pero por ahora funcionamos bien así. La dueña no ha subido el alquiler y puedo pagar todo con tranquilidad.

— Es acogedor.

— No tanto como debe ser tu apartamento.

— Es diferente. Y para tu información, ya he vivido en sitios de este tamaño o más pequeños — respondió cuando volví al salón.

— ¿En el intercambio? — pregunté riendo y juzgando al pobre niño rico que fue a pasar apuros en el extranjero.

— También. — Se rió, sin gracia. — Parezco un ricachón queriendo jugar a ser pobre al decir que viví en apartamentos

pequeños.

— Exactamente — confirmé con una sonrisa juzgadora en los labios.

— Durante la universidad, viví con algunas personas, tenía una habitación pequeña. Nuestra higiene no era de las mejores. Pero era divertido. En algunos aspectos, lo echo de menos.

— Es gracioso cuando uno mira atrás, ¿verdad? Cómo la vida era más fácil.

— ¡Ah, no! Vámonos antes de que empieces con tu rollo de madre. — Se rió, poniendo la mano en mi cintura y empujándome hacia la puerta, el bolso colgado de mi hombro. Su contacto quemó, dejándome seria de repente. Empezaba a pensar que esta salida había sido una pésima idea.

— Muy bien... Vamos allá para tener mis horitas de diversión antes de volver a mi hija.

— ¡Te va a gustar, te apuesto!

Llegamos al local veinte minutos después. Era una especie de bar con pista de baile, la música estaba alta mientras la gente se repartía en las mesas del lugar, conversando al mismo tiempo que los camareros circulaban entre los invitados. Ni siquiera cuando era soltera y sin hijos iba a sitios como ese. Era mucho más de la vida bohemia y unas cuantas bebidas baratas.

Enrique siguió con su mano en mi cintura, dándome escalofríos mientras caminábamos entre la gente. Un perfecto caballero...

Se detuvo en una de las mesas, donde una mujer de pelo rubio como el suyo abrió los ojos asombrada al verme junto a Enrique, y entonces le dijo algo al oído. Observé la mesa y solo había mujeres sentadas junto a la chica. Todas me miraban como si fuera una bacteria a punto de ser analizada bajo un microscopio.

— ¡Hola! Soy Laura. Mi hermano no dijo que vendría acompañado — gritó sobre el ruido del local, alargando la mano para saludarme. Laura tenía una sonrisa abierta y se parecía a su hermano, con el pelo y los ojos claros y alta como una modelo.

— Perdona por eso... Enrique me invitó.

— ¡Qué va! — respondió con un movimiento exagerado. — Me alegro. ¿Quieres algo? Tienen unos cócteles estupendos aquí.

— María no bebe cócteles — dijo Enrique rápido; lo miré sorprendida.

No era una persona de destilados y me gustaba beber cerveza. Como amamantaba poco a Beatriz y ella ya comía bien, era fácil hacer sustituciones si quería beber.

— Ah — dijo la hermana de Enrique, mirando a su hermano como si fuera algo curioso. Era oficial, estábamos siendo observados como dos animales en un zoológico.

— Puedo tomar una cerveza. ¿Tú quieres algo, Enrique? — pregunté sabiendo que él conducía y no tomaría nada alcohólico.

— Vamos a pedir un refresco y tu cerveza, y luego podemos ir a la pista, ¿qué te parece? — sugirió, entrelazando nuestros dedos y yendo hacia la barra de la mano, dejando atrás las miradas curiosas mientras señalaba a su hermana, intentando llamar la atención de Laura con el ruido alto.

— Vaya, ¡cómo nos miraban! — murmuré para él, mirando discretamente a la mesa en cuanto dimos unos pasos adelante.

— Están curiosas sobre ti y nosotros. Hace muchos años que no salgo con nadie, ¿no? — explicó al hacer el pedido en la barra y volverse hacia mí. — ¿Quieres bailar?

— ¿Bailas, Enrique? — pregunté curiosa al mismo tiempo que me daba la botella de cerveza.

— ¡Claro! — Me arrastró a la pista. — Pero es una cosa reservada solo para pocas personas.

Enrique me hizo girar por la pista hasta acercarme más.

La canción tenía un ritmo agradable que nos hacía saltar y bailar juntos, muy cerca el uno del otro. Me atrajo aún más cerca, nuestros cuerpos pegados mientras seguían moviéndose, sintiendo que la música me envolvía. Me puse de espaldas a él, mi culo pegado a su

entrepierna y casi rozándome con Enrique, cuando su mano cayó en mi cintura como si intentara controlar nuestra proximidad.

Al menos uno de nosotros tenía algo de sentido. *¿Qué estaba haciendo?*

Giré hacia él de nuevo, tan cerca que podía sentir su respiración.

La botella olvidada en mi mano, las otras personas desaparecidas a nuestro alrededor cuando la mirada feroz de Enrique me alcanzó, y supe que él estaba afectado por nuestra proximidad. Había pasado el punto de encontrar nuestro coqueteo tonto agradable, y ahora quería su mano sobre mi cuerpo, caliente, sudoroso, intenso. Todo muy rápido, solo aquellos pocos segundos en la pista de baile.

Su mirada cayó en mi boca.

Sabía cuál era el siguiente paso.

Estaba a su merced y era lo más estúpido que podía permitir que pasara.

Mierda... había caído en una trampa. Enrique era mi amigo, gracioso, guapo de mirar y ahora alguien que me daba deseo solo por estar cerca.

— Necesito ir al baño — susurré de cualquier manera, alejándome medio tambaleante por la energía sexual entre nosotros dos. Sería una noche larga.

Capítulo 5

Enrique

¿Era posible ser muy amigo de alguien y estar permanentemente excitado? Bueno, yo tenía un problema con María, pero no haría nada al respecto. Ella era increíble, esforzada, una madre maravillosa, una secretaria ultracompetente y muy sexy.

Esa última parte intentaba fingir para mí mismo que no notaba, pero a veces me sorprendía fantaseando con su trasero redondo dentro del pantalón de vestir, el botón abierto de su camisa, o esos cabellos sueltos del moño que caían al final de la tarde cuando empezaba a cansarse y no tenía tiempo para volver a estar impecable.

Me gustaba esa María sin control, que temblaba y no sabía qué reacción tener.

Mi secretaria era obsesionada con tablas, cronogramas, formas de organizar hasta lo más incontrolable. Las cosas salían siempre como ella quería sin el menor signo de irritación. María era el ápice de la gracia, en su forma serena y amigable. Por eso amaba sacarla de quicio, ponerla roja como un tomate, con vergüenza de las cosas más idiotas que pudiera decir. Eso empezó semanas después de que nuestra extraña amistad se iniciara y se perpetuó con cada nueva insinuación sexual que decía a propósito.

Si no podía hacerlo, al menos podría ver su rubor en esos pocos segundos antes de que me pidiera que parara.

Las mujeres aumentaron, así como las salidas. Aún me sentía irritado con todo el proceso de despedirlas, pero era follar o convertirme en maratonista. Y follar con María solo arruinaría nuestra amistad, mi relación con Bea y las cosas funcionando

correctamente en la M&M Constructora después de seis asistentes que no sabían nada del negocio.

Pensaba que la amistad disminuiría el deseo, poniendo a María en una carpeta de "amiga", pero las cosas iban de mal en peor entre yo, ella y el deseo que sentía. Era fácil hablar con ella, una persona por la que tenía mucho aprecio, y haría cuestión de ayudar en lo que necesitara.

Fue por ese motivo que pensé en ella cuando Laura avisó que estaría de vuelta al pais. Mi hermana cinco años menor, nuestra bebé, por fin volvió de su doctorado y pasaría algún tiempo en la ciudad. Era un misterio para mí qué haría después con un diploma de microbiología, pero eran cosas que Laura debía decidir sobre sí misma. Lo que su vuelta traería a mi vida sería su insistencia en que necesitaba una novia.

Juana, mi hermana mayor y con quince años de diferencia, era hija de nuestra madre con otro hombre. Se hizo adulta mucho antes que nosotros dos, mientras Laura y yo éramos dos partes de un todo. Amaba a mis tres sobrinos, cada mensaje tonto que me enviaban y cuando nos visitaban, pero era una relación diferente.

Laura era la peste que siempre estuvo ahí, haciendo travesuras, haciéndome pasar vergüenza y queriendo meterse en mi vida. Durante todo su doctorado en Estados Unidos, me envió perfiles de amigas, hacía de todo para que ellas contactaran conmigo con excusas endebles y una vez llegó a concertar una cita a ciegas por mí y me engañó para que fuera.

Organizó su fiesta de "bienvenida" aún desde Maryland, invitando a amigos y enviando invitaciones antes siquiera de pisar en la ciudad.

Como conocía a mi hermana, sabía lo que eso significaría: cinco mujeres o más mirándome, haciendo turnos para llamar mi atención. No es que las amigas de Laura fueran tan desesperadas, pero mi hermana parecía tener el talento de convencerlas de que yo era un alma solitaria en busca de compañía para no morir solo, rodeado de gatos.

María fue la respuesta a mis plegarias, y con algo de organización para tener a alguien cuidando de Bea, pudimos salir.

Quería sacarla de nuestro elemento para ver si esa fijación pasaba: si estaba obsesionado con su cruzada de piernas o con sus pechos inclinados hacia mí cuando me mostraba algo en el ordenador, quizás cerca de otras mujeres tentadoras esa sensación desapareciera. Estaba disparando para todos lados, e incluso intentando convencerla de que consiguiera alguna cita.

Si tuviera novio, quizás empezaría a pensar en ella de otro modo, ¿no?

Por más que tuviera buenas intenciones, en el momento que entré en su apartamento y vi su cuerpo envuelto en un vestido negro sencillo y su boca pintada, pensé que era un idiota. María era una mujer guapa, muy guapa.

Durante la semana, se arreglaba de forma práctica, pero esa noche la mujer estaba excepcional, con un vestido que destacaba sus curvas y el pintalabios rojo. Su cabello claro caía en capas sobre el hombro, rozando su piel y moviendo los ligeros rizos cada vez que movía los brazos. Ahora tenía una nueva imagen mental de María, una versión más sexy y que pondría más gasolina al fuego que ardía dentro de mí. Era oficial, tenía una erección por mi secretaria.

En el momento que la vi, hice un chiste, me senté en su sofá, sentí su olor perfumado cerca de mí y estaba con una polla dura que me incomodaría el resto de la noche.

Joder... casi la beso.

En esos pocos segundos en la pista de baile, ella frotándose contra mí y a punto de descubrir mi polla apretada contra el vaquero, María me miró con los ojos brillantes y todo desapareció a mi alrededor, su tacto acelerando mi respiración y dándome descargas eléctricas como si necesitara estar más cerca de ella para poder seguir respirando... Y entonces ella se fue.

— Deberíais asumirlo de una vez — dijo Pedro a mi lado aproximadamente una hora después, mientras observaba a María a lo lejos.

Tras la escena en la pista de baile, volvimos a la mesa y María se integró con las amigas de Laura.

Cuando llegamos, mi hermana bromeó sobre su presencia y solo dijo que era "una amiga muy especial de Enrique". Era verdad, pero yo definitivamente no tenía amistades que hicieran doler mi erección como María.

Laura se tomó el papel de cuidar de mi secretaria y tras unos minutos, ellas y las otras mujeres estaban riendo y bromeando en la pista de baile. Yo parecía un guardaespaldas, en silencio junto a la mesa y tomando un refresco, hasta que Pedro apareció en la discoteca.

— ¿Asumir? — pregunté confuso.

— Debe hacer más de seis meses que todo el mundo solo habla de vosotros dos. Yo pensaba que era broma, porque tú no tienes relación con nadie... Pero viéndote mirarla así, tengo mis dudas.

— María es mi amiga.

— No me comes con los ojos. ¿Soy menos tu amigo? — preguntó con una carcajada.

— Al Consejo le encantaría que levantaras esas ideas. ¿Una relación con mi secretaria? — argumenté como una broma, recibiendo una mirada idiota de Pedro.

— Eso es fácil de resolver, y lo sabes... Quieres decir entonces que no tenéis nada, ¿nada de nada?

— No. Es mi amiga — respondí, esquivando la mirada como si estuviera avergonzado de hablar de María.

— Los dos engañáis bien, si es para que Laura deje de darte la lata. De hecho, sería bueno que hablaras con tu no-novia. Hay algunos tipos rondando desde hace un rato, ¿has visto?

Pedro señaló a dos tipos mirando a María, y entonces vi rojo.

Una irritación, que no sabía de dónde salió, me hizo caminar en línea recta lo más rápido que pude hasta ellas, oyendo una carcajada del idiota de mi socio.

Eso parecía celos, una vocecita dentro de mí intentó advertirme. Apartando el pensamiento, me detuve frente a María, que sonrió con una mirada un poco alterada, como si hubiera tomado unas cervezas de más mientras estaba con mi hermana.

— Ya es hora — improvisé cuando ella me miró confusa por estar parado en medio de la pista de baile, sin bailar, con ella delante.

— ¿Ya? Pero acaban de dar las once — dijo María mirando su reloj.

— ¿Te parece si nos vamos? Tengo un poco de dolor de cabeza... Creo que es mejor despedirnos.

— ¡Claro, claro! — dijo rápido. — ¿Te duele mucho? Podemos dejar el coche aquí y pedir un Uber, si no puedes conducir.

— Puedo llevarte. Estoy cansado y con dolor. Creo que me estoy haciendo viejo.

— Ay, Enrique. — Se rió. — Tu hermana se lo creyó a pies juntillas. Dijo que nunca te había visto mirar a una mujer como me miras a mí.

— Te lo dije, estás buena. — Me encogí de hombros, viendo cómo el rubor subía por sus mejillas.

— Me lo pasé muy bien, gracias.

— Ahora que sé que tienes una mujer fiestera ahí dentro, saldremos más — prometí y ella me dedicó una sonrisa que hizo latir mi corazón con fuerza. Infierno... *¿Qué está pasando?* ¿Por qué me dejaba confundido así cuando no teníamos nada más que una amistad?

Media hora después, insistí en subir de nuevo.

Pasamos por casa de la vecina, recogimos a una Bea dormida. Ella cerró la puerta deseándome buenas noches, sus ojos suaves sonriendo mientras yo saludaba de vuelta. Mi corazón se apretó sabiendo que María era alguien peligrosa. Estar con ella fuera de nuestra rutina parecía mover todo tipo de cosas dentro de mí, cosas sobre las que nunca podría hacer nada.

No quería una novia, no quería una familia, pero lo que estaba naciendo en mi corazón me dejaba tentado.

∞∞∞

Después de la salida con María, Laura no me dejó en paz, hablando a mi madre que estaba igualmente emocionada por conocer a mi asistente. Comentaba aleatoriamente sobre ella y Bea con mi madre en los últimos meses, pero con las insinuaciones de mi hermana, las cosas se volvieron aún más complicadas.

No quería contar la verdad y al mismo tiempo sabía que mi madre ya estaba prácticamente planeando mi boda.

En los días siguientes, mi asistente no demostró haber notado que iba a besarla en la pista de baile. María envió un mensaje agradeciendo la noche y quejándose de la resaca de solo dos cervezas. Luego, volvimos a nuestro esquema anterior de amigos cercanos y el tema fue olvidado hasta que llegó la Navidad.

María pasaría el puente con mi familia, la cual creía que era mi novia, y no la alerté sobre esa "pequeña" confusión. María iba a matarme cuando supiera que la pequeña mentira se había convertido en algo mayor.

Una vez más estaba guapa, con un vestido de vuelo y su cabello recogido en una cola de caballo, sosteniendo a Bea en su brazo derecho. Beatriz llevaba un conjuntito rojo navideño y estaba preciosa. La niña no paraba de tirar del cabello de su madre, intentando metérselo en la boca, mientras María susurraba algo que la hizo sonreír. Mi corazón se aceleró con su imagen y quise dar marcha atrás, cuando intentaba mantener cariño y camaradería en la ecuación, muy separado del deseo.

— Iba a subir — avisé en cuanto ella vino hasta el coche. — Envié un mensaje solo para avisar que llegaba.

— Es Navidad, era más fácil, así bajé — anunció al detenerse junto a mi coche y mirar hacia dentro. — ¿Compraste una sillita para

Bea?

— Como iba a buscaros a las dos y traeros, pensé que era mejor — dije encogiéndome de hombros.

— ¡Quique!

— ¡Hola, Bia! — respondí dando la vuelta y cogiéndola en brazos. Era una niña tan cariñosa, con sus sonrisas que me daban ganas de sonreír de vuelta.

— ¡Incluso ya la has instalado! — María continuó sorprendida.

— En YouTube hay tutoriales. — Me reí. — Esto es una negociación.

— ¿Por qué? — preguntó desconfiada.

— Mi hermana y mi madre pueden... Ellas creen... Ellas... — intenté empezar sin encontrar las palabras adecuadas al mismo tiempo que María ponía mala cara, cruzando los brazos. — Creen que estamos saliendo.

— ¿¡Ellas qué!?

— Nunca le dije a Laura que eras solo mi amiga. Laura se lo dijo a mi madre y ella se emocionó mucho, sobre todo porque ya le había hablado de ti y de Bea y bueno... Las cosas pasaron.

— ¡Eso fue hace días! ¿Por qué no me avisaste?

— ¿Miedo? — Intenté explicarme y solté una risa que sabía que María no podía resistir. — No camBea nada, vamos. No hace falta que digas ni hagas nada. No van a hacerte pasar vergüenza ni nada. Creo que es al revés, vas a conseguir historias de mis vergüenzas desde que usaba pañal.

— Ahora todo tiene sentido. — María suspiró. — Tu hermana ha estado hablando conmigo por WhatsApp. Es divertida y hemos quedado para salir. ¡Qué vergüenza, Enrique! Quiere conocer mejor a la "cuñada". Tienes que decírselo. No está bien mentir.

— Lo sé, pero ahora ya no hay tiempo, y mi vida ha sido tan tranquila sin Laura intentando buscarme novias.

— ¡Tienes que contarlo! — exigió.

— Prometo que lo haré. Después de Año Nuevo mi hermana empezará a buscar trabajo, me dejará en paz y mejorará. Juro que nadie va a pensar que te han puesto los cuernos si salgo por ahí.

— ¡Enrique Martínez! — exclamó entre irritada y divertida por mi pequeña mentira.

— Muy bien, María Rodríguez. Te prometo que el año que viene dejas de ser mi novia. — Me reí, abriendo la puerta y empezando a acomodar a Bea en la sillita mientras ella me daba besos llenos de babita. Al menos alguien en la familia me quería.

Capítulo 6

Enrique

Entré en el coche de Enrique temiendo por su farsa. Cuando acepté aparecer en el encuentro con su hermana, no esperaba que terminara en una Navidad en familia con gente pensando que mi jefe era mi novio. Como si fuera posible que un hombre parecido a un actor no estuviera con una de las beldades con las que suele salir para tener una relación conmigo. *Por favor...*

Yo sabía que él tenía dinero, que la familia era dueña de la constructora, pero aun así no estaba preparada para el enorme apartamento de su madre. A una esquina de la playa, un edificio que gritaba dinero, con una decoración refinada y muy lejana del pequeño dormitorio y salón que alquilaba con un ascensor de los años 70. Sentí que mis manos sudaban mientras Enrique tocaba el timbre.

— ¿Y si hace alguna pregunta? — murmuré, los dos parados en la puerta al mismo tiempo que Bea jugaba distraída con una muñeca de trapo en sus manos.

— Yo lo resuelvo todo. No voy a dejar que haga preguntas.

— Pero ¿y si...

— ¡Confía en mí, Mari! — susurró de vuelta, dándome una sonrisa ligera y cogiendo mis manos, apretándolas con cariño.

La puerta se abrió. Una señora de cabello rubio muy claro nos miró con una sonrisa. Tendría alrededor de sesenta años y llevaba un vestido amplio de tela ligera, parecía esas mujeres ricas de telenovelas, con joyas bonitas y un maquillaje ligero e impecable.

— ¡Hola, querida! ¡Es un placer conocerte a ti y a este bichito de gente! Soy Leila — se presentó, atrayéndome para un beso ligero,

acariciando la cabeza de Bea con delicadeza. — Pasad, por favor. Venid.

La casa parecía un perfil de decoración de Instagram, el tablero de alguien de Pinterest que no tenía un presupuesto ajustado. Un techo alto, grandes ventanales que destacaban la vista de la playa, muebles caros y cuadros en las paredes. Estaba muy satisfecha con mi vestido de tienda de departamento, pero ahora, viendo a la madre de Enrique llevar un pendiente que costaría mi alquiler, mi sonrisa se congeló.

— ¡Hola, mamá! — saludó Enrique justo detrás de nosotras, abrazándola al mismo tiempo que nos guiaba hacia dentro, cerrando la puerta tras nosotros. — Como hace tiempo que no vas a la empresa, creo que no conociste a María.

— Es un placer, querida. Quería conocerte, aunque me parece un poco confuso eso de que seas su asistente. ¿El Consejo lo sabe? Creo que...

— No es el momento, mamá — reforzó Enrique, y su madre nos miró con ojos sorprendidos por la reprimenda.

— ¡Claro, claro! Laura ya ha llegado, estamos listos para servir la cena. Bea puede comer algunos vegetales, ¿no? Me preocupaba.

— Está bien. Ella come. Y también traje otras cosas. Estaremos bien — aseguré con una sonrisa, mirando a mi alrededor y notando que Enrique seguía con sus dedos entrelazados a los míos. Discretamente, cambié a Beatriz de brazo, cortando nuestra conexión mientras apretaba el asa del bolso.

— Enrique habló de ti y de tu hija en las últimas visitas. Una lástima tener que saber que salís por Laura — comentó, lanzando una mirada significativa a él. — Era gracioso verle enseñarme fotos de tu hija. Siempre ha sido así, el tío favorito de mis nietos.

— Soy el único — bromeó él.

— No dejes que Laura te oiga — bromeó ella. — Pero hablando en serio. Tiene mucho mano. ¿Te contó cómo conseguía calmarlos solo con cogerlos en brazos?

— Hace lo mismo con Bea. Enrique tiene un toque de oro con los bebés — expliqué sonriendo a ambos. Era bueno ver una familia que parecía no discutir todo el tiempo, como hacía mi padre conmigo.

— Es preciosa, querida. Me alegra tener una nieta bebé de nuevo. Los hijos de Juana ya son mayores — explicó Leila y miré a Enrique un poco desesperada porque llamara a Bea nieta.

— Mamá, no creo que...

— Sé que es nuevo. Laura me lo explicó, ya que tú no cuentas — respondió, interrumpiéndolo. — Pero soy vieja y amo a los bebés. ¿Puedo cogerla?

— Claro — confirmé y extendí a Bea, que abrazó a la señora y fue a su regazo, aún distraída con la muñeca.

— ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? Enrique habla de vosotras dos desde hace meses, Pedro ya lo ha comentado. Eso de trabajar tan cerca puede generar estas cosas.

— ¿Pedro habló? — preguntó Enrique, mirándome con una ceja levantada.

No sabía que él comentaba sobre nosotras dos con su madre, pero el rumor sobre nuestro "relación" parecía fuera de control, y no una mentirijilla hecha para calmar las ganas de ser celestina de Laura.

— ¿Crees que solo porque ya no estoy en la empresa no sé las cosas? María y tú sois amigos y un dúo increíble, me gustaría hablar. Alberto quedó impresionado con la última presentación de vosotros dos. Para alguien que no paraba con una secretaria, hasta que María ha sido una asistente durante algún tiempo.

— Un año — dije, carraspeando con la intención de que Leila cambiara de tema. — Enrique es un excelente compañero de trabajo, me ha dado tantas oportunidades para mostrar mi trabajo. Un jefe increíble.

— ¿Y un novio también, no? — indagó, mis mejillas tiñéndose de rojo de vergüenza por la pregunta.

— ¡Hola, cuñadita! — saludó Laura, apareciendo en el pasillo y cortando el tema. La chica me abrazó fuerte, como si fuéramos íntimas. Era divertido hablar con ella por mensaje, aunque todavía estaba en shock porque ella pensara que estaba hablando con la novia de su hermano.

— ¿Te quedas aquí? — preguntó Enrique a su hermana mientras caminaba hacia el sofá, arrastrándonos al lugar mientras Leila jugaba con Bea en su regazo.

— Hasta que encuentre un apartamento. Tengo una entrevista la semana que viene. No te librarás de mí tan fácil.

— Me gusta tenerte cerca, peste — dijo, afectuoso. — La casa está llena, ¿no? El año pasado solo estábamos mi madre y yo.

— ¿Y tu otra hermana? — pregunté curiosa.

— Debe llamar en algún momento. Vive en Noruega con su marido desde hace unos años.

— Ah.

— ¿Y tu familia? — indagó Laura.

— Mi padre está en nuestra ciudad, pero no somos muy cercanos.

— Una lástima — murmuró Leila.

— Lo sé — dije con timidez, notando la mirada preocupada de Enrique sobre mí, que aprovechó el momento para hablar de la empresa y quitar atención de mi familia.

Pasamos el resto de la noche de forma agradable, conversando amigablemente mientras comíamos una cena hecha para mucho más que cuatro adultos y un bebé.

Además de la comida, había bebidas finas y pequeñas cosas para picar, como nueces y buñuelos de bacalao. Cada vez que Leila o Laura preguntaban algo sobre nuestra relación, Enrique acudía a mi rescate, respondiendo o cambiando de tema. Solo se reía cuando me veía arreglar platos, vasos, cubiertos y servilletas sobre la mesa al mismo tiempo que hablaba con su madre o su hermana. Era transparente sobre mi necesidad de organización cuando estaba nerviosa.

Después de la cena, nos sentamos en el sofá conversando y él se pegó a mí, pasando sus manos por mi hombro y haciendo una caricia ligera en mi piel. El hombre sabía actuar bien, hasta yo podía creer que estaba interesado en mí.

Nos quedamos hasta después de medianoche, cuando Leila anunció que estaba cansada, y empezamos a despedirnos.

Fue una noche extrañamente divertida, y mejor que los otros puentes que había pasado en la ciudad. Era bueno no estar sola en otra Navidad.

Enrique nos llevó de vuelta y una vez más decidió acompañarme. No me quejé, porque ya era tarde y tenía un poco de miedo de estar sola con Bea en la calle de madrugada. Subimos en mi ascensor deseando "Feliz Navidad" al portero de noche, los contrastes con la casa de la madre de Enrique destacándose en cada pequeño trozo de pintura descascarillada de mi pasillo.

— Gracias por traerme a casa — agradecí, mirando a Enrique.

Pensaba que siempre me daría un escalofrío en el estómago.

Era guapo, de un modo tan masculino, con su barba sin afeitar, la sonrisa pícara y el cabello claro cayendo sobre sus ojos claros. Era cada vez más difícil esconder la atracción que sentía. Y hacía buena pareja con Bea, que dormía satisfecha en su regazo.

— Me preocuparía si cogieras un Uber.

— ¿Quieres algo? ¿Agua, baño? — pregunté un poco desesperada, como si aún no estuviera lista para dejarle ir. — Vamos a ponerla en la cuna.

Enrique me siguió por el pasillo de mi pequeño apartamento, sus manos tan grandes sosteniendo a mi hija y depositándola con delicadeza en su cuna.

Ella dio un suspiro ligero y se giró, acurrucándose. Le quité los zapatitos y el adorno del pelo, pero me ocuparía del resto cuando despertara, porque el vestidito no era incómodo. Beatriz estaba preciosa en su ropita navideña, y en secreto había hecho tantas fotos antes de salir que la memoria de mi teléfono contenía solo

imágenes de mi hija en varios conjuntos monos que no podía resistir y compraba.

Ella suspiró suavemente y Enrique me dedicó una mirada cómplice.

— Es gracioso observarla — murmuró bajito.

— Lo sé. Es una pequeña seruhumanita con sus propias voluntades, aunque solo tenga año y medio.

— Creo que se parece mucho a ti — dijo cuando salimos del dormitorio con un baby monitor en las manos. — Ya te lo he dicho.

— Yo también. En el color del pelo, de los ojos, en la forma de la nariz, de la boca. Es casi como un calco. No veo nada del padre en ella, pero quizás cuando crezca...

— ¿Dolería ver algo de él en ella? — me preguntó Enrique serio.

— Él es su padre, el dueño de la mitad de los genes. Y la quiero tanto, Enrique. Es lo mejor que he hecho. Iván me pidió que abortara, ofreció dinero, pero aun así... Me acercaba a los 30, tenía un buen empleo. Quizás fuera mi única oportunidad de ser madre, y no me arrepiento de nada, aunque viva cansada. Es otro trabajo a tiempo completo.

— Vas a tener otras oportunidades, María. Claro que sí... Eres guapa y cualquier hombre tendría suerte de salir contigo.

— Con una hija pequeña y un jefe que me mantiene trabajando muchas horas, dudo que ocurra alguna relación en breve.

— Un jefe que te ocupa todas las horas, eh — bromeó, sus ojos fijos en mí hasta transformarse en algo serio.

Enrique se inclinó hacia mí y todo ocurrió como en cámara lenta, un silencio pesado mientras devolvía su mirada. Como en la noche de la fiesta de su hermana, sus ojos miraron mi boca durante unos segundos al mismo tiempo que Enrique se inclinaba hacia mí, cerca... Cada vez más cerca. *¿Iba a...?*

— ¿Qué estás haciendo? — pregunté en un susurro estrangulado, dando un paso atrás y extendiendo mi mano hacia su pecho, como intentando contenerlo.

Mis dedos sentían el calor de su piel y me arrepentí del movimiento. Un beso no era sabio, esto no podía pasar. Como si saliera de un sueño, Enrique movió la cabeza, se apartó de mí e hizo que mi mano cayera a lo largo de mi cuerpo. La mirada intensa ya no existía y, en su lugar, un par de ojos verdes me observaban amigablemente.

— Lo siento. No sé qué pasó. Quizás haya sido toda la comida, las bebidas. Es Navidad y...

— ¿Bebiste? — pregunté, notando las consecuencias de esa información. ¿Cuándo bebió que no vi? — ¿Trajiste a mi hija en tu coche después de beber?

— No, María, no fue eso, yo no...

— Creo que es mejor que te vayas — respondí queriendo cerrar la noche.

El Enrique que conocía no sería tan irresponsable, pero no sabía lo que él hacía todo el tiempo. Además, el casi beso ardía en mi conciencia. Me miró serio, como esperando que siguiera hablando, pero me mantuve en silencio, un peso entre nosotros dos, mientras él asentía ligeramente con la cabeza.

— Hasta luego, María. Feliz Navidad — deseó, caminando hasta la puerta y abriéndola.

— Feliz Navidad, Enrique — dije de vuelta en un hilo de voz, oyendo la puerta cerrarse tras él. *¿En qué locura nos estábamos metiendo?*

Capítulo 7

Enrique

Era la segunda vez en semanas que quedaba tan hipnotizado por María que casi la besaba. La música, la gente y las bebidas no hicieron que ella notara el primer intento, pero esta vez no tuve a dónde correr.

Decir que fue la bebida cuando estaba conduciendo, qué cosa más idiota. Volví a mi casa aún con el pensamiento en la noche agradable con mi familia y el momento en que lo arruiné todo.

Estaba disfrutando demasiado de la mentira, de tenerla abrazada conmigo, de jugar con la piel suave de su brazo mientras reíamos de alguna historia graciosa de Laura en el doctorado. No tenía esos momentos en mi vida, no tuve ni siquiera con Maite, que detestaba los almuerzos familiares que mi madre hacía cuestión de que asistiéramos.

Era tranquilo y feliz, y quizás por eso no quería decir la verdad. Asumir que aquella mujer increíble era solo mi amiga, que seguía siendo un canalla solitario y que quizás llegara a la vejez solo y corriendo detrás de mujeres veinte años más jóvenes... *¡Qué Navidad más deprimente!* Protesté golpeando el volante cuando entré en el garaje de mi edificio. No, no estaba siendo malo hasta que decidí pensar con la cabeza de abajo en lugar de la de arriba e intentar besar a mi mejor amiga.

Bueno, quizás María fuera mi amiga más cercana, la persona en quien más confiaba, la que parecía entenderme y yo ni siquiera contaba cosas tan personales. Conocía sus hábitos, sus gustos, desde odiar los destilados hasta no comer aceitunas o pasas.

Sabía que era demasiado educada para discutir conmigo, demasiado tímida para responder a mis provocaciones y, aun así, con su manera tranquila, había conseguido dirigirme hacia cualquier dirección que quisiera. Todo el equipo hacía lo que ella quería, con su voz suave y su manera calmada.

Era increíble en su personalidad y me estaba volviendo loco por eso.

Pasó de ser la secretaria sexy, la que era agradable a la vista, a alguien con quien ansiaba estar cerca como un perro necesitado que se había caído de la mudanza. Ella y su pequeño paquete movieron mi mundo, y por primera vez en mi vida, tenía miedo de dejarme llevar. No quería sentir, no era un hombre de familia, alguien para comprometerse de por vida. El problema es que cada vez que veía sus ojos marrones tan serios, la curva de su cuello en un moño, los cabellos rubios sueltos en su frente después de un día de trabajo, enloquecía. Más y más, cayendo en el hechizo de María Rodríguez sin saber bien cómo había llegado allí.

Cuando decidí mantenernos solo en la amistad, pensé que sería fácil, pero parecía un desafío cada vez más complicado cada vez que la observaba tan de cerca, con la sonrisa tan íntima que empecé a sospechar que era solo mía. Casi no salía, no tenía amigos y venía de una ciudad del interior. Yo estaba atareado por el trabajo, tan ocupado que ya no tenía tiempo para nada más. Dos solitarios en una amistad que fue creciendo hasta tener un significado especial. No dejaría que las cosas quedaran como estaban.

Conocía a María.

Se alejaría y la próxima vez que nos viéramos, trataría mi casi-beso como un pecado y se pondría rara durante muchos días. Necesitaba hacer algo al respecto. Fue bueno haber sido expulsado de casa de María. Necesitaba entender mis sentimientos antes de decirle nada.

A la mañana siguiente, interrumpí mi rutina de ejercicios para visitarla. Era Navidad, pero pasaría el día solo. Laura y mi madre viajaron a casa de mi tía y yo gastaría el día en mi sofá jugando a

videojuegos o viendo alguna película vieja. Eran raras las ocasiones en que conseguía hacerlo sin ser interrumpido por alguien, así que amaba esos pequeños descansos en mi cotidianidad.

Sin embargo, después de cómo salí del apartamento de María, necesitaba una excusa para encontrarla y tener una conversación. Los días de descanso eran raros, pero volvían a ocurrir, y María podría escapar de mis dedos solo para huir de una conversación. No... No abriría mi corazón y confesaría que la deseaba desde hacía tantos meses que ya empezaba a acostumbrarme a estar medio duro en cada nuevo encuentro. Hablaría sobre cosas que no contaba a nadie, pero que deseaba que ella supiera.

Hablar de mí como nunca hablo con nadie, como nuestra amistad merece.

Cuando vi la caja con el regalo para Bea, encontré la excusa necesaria para volver al apartamento de María.

Con ánimo, puse el regalo de ella y de María bajo el brazo y conduje hasta allí. El portero me dejó subir directamente, lo que era un peligro, pero bueno para sorprender a mi secretaria. En el momento en que abrió la puerta y me vio allí, abrió los ojos como platos, asustada por mi presencia. Estaba guapa, con el pelo en un moño despreocupado, un short de pijama y una camiseta negra —claramente sin sujetador. *Amigos, Enrique... Deja de codiciar a tu mejor amiga.*

— ¿Qué haces aquí? — preguntó sin saludar, intentando arreglarse el pelo mientras esperaba mi respuesta.

— Quiero hablar sobre lo de ayer. Aproveché y traje un regalo para Bea. Se me olvidó darlo — anuncié, mostrando el paquete bajo mi brazo.

— Está echando una siesta, si quieres dejarlo, se lo doy. Si es solo eso... — comentó María angustiada, cerrando la puerta en mi cara, lo que impedí con mi pie.

— No hagas eso, vamos... Quiero hablar — respondí y ella desistió, dejándome entrar y cerrando la puerta tras de mí.

El apartamento estaba impecable, limpio del suelo al techo, todo brillante, como si María hubiera pasado la madrugada de Navidad limpiando. La había estresado con la escena de la noche anterior hasta el punto de que gastara el puente intentando organizar el apartamento en lugar de pensar en nuestra relación "desorganizada".

— Es una caja grande... — señaló.

— Es un castillo de bloques. Recordé que me gustaban mucho los míos cuando era niño y pensé que a Bea le gustaría.

— Debe tener todo un proyecto arquitectónico ahí dentro — señaló cuando puse el envoltorio en la mesa de la esquina.

— Trabajo en una constructora. Estoy acostumbrado a obras de gran envergadura.

— Es casi una prueba para becaria, ¿no? Bea, la bebé becaria. — Se rió.

— Va tanto a la constructora que cualquier día nos van a denunciar por violar alguna ley laboral. — Me reí mientras se lo extendía. — Y este es tu regalo.

— ¿Compraste algo para mí? No te compré nada. Ni siquiera pensé... Yo...

— Oye, está bien — repliqué al mostrar el pequeño envoltorio, que María abrió con euforia.

— Es precioso — elogió al mirar el collar delicado en sus manos, una cadena fina dorada con un colgante del mismo material redondo en la punta.

— ¿Sabes lo que es un relicario?

— No.

— Bueno... — respondí, acercándome para coger el collar de su mano, abriendo el colgante y mostrando una foto pequeña de Bea. — Sé que te pones ansiosa cuando ella no está cerca, y pensé en una manera de dejar algo de ella siempre contigo.

María me miró asombrada, su barbilla temblando al ver la foto pequeña dentro del collar antes de mirarme de nuevo con sus

grandes ojos marrones y, sin avisar, se lanzó sobre mí, dándome un abrazo fuerte.

— ¡Enrique, es precioso! — susurró con la voz entrecortada.

— Oye, pensé que te gustaría. Quería darte algo que te gustara.

— Me encantó. No sé cómo explicar el detalle... El cariño... — dijo, soltándose y mirándome profundamente. Allá vamos de nuevo. Antes de que me viera envuelto de nuevo por mis sentimientos, di un paso atrás, alejándome de ella, sintiendo la falta de su calor.

— Cogí la foto de Instagram, funcionó perfectamente.

— Estoy enamorada de esto. ¿Me lo pones? — pidió, dándose la vuelta y entregándome el collar. Lo cerré mientras intentaba mantener la distancia, dando un suspiro fuerte.

— También quería hablar sobre algunas cosas. No he sido muy sincero contigo, y eres mi amiga. Me importas y aun así no te he revelado algo importante — anuncié, sentándome en el sofá mientras María me miraba de pie, en medio de su salón. — Casi me caso.

— ¿Cómo? — preguntó impactada.

— Nos conocimos en la universidad. Salí con Maite durante dos años, y cuando estábamos a punto de graduarnos, le pedí matrimonio. Era joven, veintitrés años, y creía que estaba en la cima del mundo.

— ¡Prometido!

— Lo sé — respondí con una sonrisa torcida —, pero llevaba el anillo con orgullo, me gustaba tenerla conmigo. La quería tanto y haría cualquier cosa por ella. Empezamos a organizar la boda. Mi madre y la suya querían todo lo que una boda de familias ricas podía tener: boda en el hotel, fiesta de compromiso, vestido importado y todo tipo de detalles a los que no prestaba atención, pero que eran extremadamente importantes para las tres.

— Vaya... ¡Realmente casi te casas! — exclamó, y entonces se sentó a mi lado. Cualquier sentimiento sobre la noche anterior quedó olvidado con mi confesión.

— ¡Te lo dije! — confesé, encogiéndome de hombros. — Entonces, dos meses antes de la ceremonia, Maite me buscó diciendo que ya no quería casarse, que deseaba hacer una especialización fuera y que no era el momento. Entendí que quería aplazar la ceremonia y, como te dije, haría cualquier cosa por ella, no me importaba la fiesta ni nada, siempre que estuviéramos juntos.

— Y no formabas parte del plan, ¿no? — preguntó María y asentí con suavidad.

— Maite quería viajar, vivir sola en el extranjero, conocer a otras personas. Éramos muy jóvenes, y se dio cuenta de que el matrimonio era algo serio. Eran motivos muy válidos para pensarlo.

— Pero que te hirieron igualmente.

— Sí. De repente, después de casi tres años, era alguien desechable. Sé que quizás habríamos terminado divorciándonos. Éramos inmaduros, ¿sabes? Pero aun así, dolió mucho. Cuando me imaginaba a los treinta y un años, sabía que tendría al menos algún hijo, una familia, y ahora estoy aquí... en las mismas.

— ¿Y así fue como creció la fama de Enrique Martínez?

— Nunca más quise una relación. Aquello me marcó mucho, y no sé si estaré preparado en algún momento. Me gusta estar solo, tener mi espacio. Era mucho drama, muchas discusiones... No quiero esa carga otra vez.

— Ya no tienes veintitrés años — bromeó.

— Creo que el Enrique de treinta y uno es más sabio.

— Fue por eso, ¿no?

— ¿El qué?

— El casi beso. Me llevaste a casa, casi como una cita. Es la manera en que actúas con otras mujeres.

— María, eres mi amiga. No actúo contigo como con otras mujeres.

— Aun así... — continuó e hice un movimiento con las manos, haciéndola detenerse.

— Era Navidad, estábamos solos. Vamos a hacer como que no pasó nada, ¿vale? Busqué cualquier excusa, pero era eso. No bebí ni una gota de alcohol, necesito que me creas.

— Te creo — anunció. — Ayer estaba confundida porque el Enrique que conozco es tan serio, tan rígido con las reglas. Fue un día confuso.

— Aún me debes un regalo, ¿sabes? — bromeé, intentando aligerar el ambiente.

— ¿Qué te gustaría, Enrique?

— Pasa el Año Nuevo conmigo — pedí de forma improvisada. — Vas a pasar el Año Nuevo aquí y yo tengo un buen apartamento, frente a la playa. Habrá fuegos artificiales...

— La Navidad ya fue suficiente, Enrique, ¡por el amor de Dios!

— Vamos a la playa, pido algo de cena para los dos y luego nos vamos a dormir. ¡Y me debes un regalo! — reforcé y ella me dedicó una sonrisa torcida.

— Muy bien. El chisme va a ser aún mayor. Si tu madre se entera, va a ser capaz de encargar un vestido de novia.

— Puedo apostar que lo tiene todo organizado para casarme con la primera loca que acepte.

— ¿Te parece gracioso?

— No, pero por ahora he conseguido una familia de mentira para que se divierta — respondí bromeando en el mismo momento en que el baby monitor emitió un ruido anunciando que Beatriz también quería participar en la conversación.

Capítulo 8

Maria

Estaba muy afectada por Enrique Martínez. La familia de mentira sobre la que había bromeado en Navidad empezaba a crear historias en mi cabeza. Ya no podía mirarlo sin sentir que mis piernas temblaban y mi corazón se aceleraba, y cualquier conversación nuestra me dejaba ansiosa como si fuera el primer novio de la adolescencia.

Las cosas en el trabajo eran más tranquilas entre la semana de Navidad y Año Nuevo, con muchas empresas entrando en receso y las obras paralizadas durante varios días. El año anterior mi jefe explicó que la M&M usaba ese período para organizarse: entre finales de diciembre y el mes de enero, las cosas avanzaban a paso de tortuga. Con eso, él y Pedro solían abordar temas que se habían postergado durante el año — como cambios tecnológicos, apertura de nuevas vacantes, cierre financiero y análisis de gastos. Aun así, no teníamos la locura de reuniones de última hora, videoconferencias resueltas a toda prisa e incendios que apagar con urgencia. Eso me daba demasiado tiempo para pensar.

A través de la puerta de cristal de la sala de reuniones, veía a un Enrique serio gesticulando para el equipo de marketing. Después de todos esos meses de amistad, olvidaba lo intimidante que parecía en el trabajo. Era casi como un gato arisco que arañaba y mordía hasta que se volvía cercano a alguien.

No estaba en la reunión porque necesitaba terminar otro material con urgencia y enviarlo a finanzas por el cierre del año fiscal. De lo contrario, estaría allí a su lado. Los comentarios del Consejo sobre la "dupla dinámica" me alegraban y me irritaban al mismo tiempo.

Enrique era fácil de trabajar y le gustaba lo que hacíamos en la constructora.

Jugué con el relicario, dejando que mi cabeza se fuera lejos con mis sentimientos confusos por mi jefe. ¿Un hombre capaz de hacer un detalle tan simple y lleno de significado como ese podía ser un canalla? ¿Un mujeriego con sentimientos y que había tenido un sueño destruido de formar una familia?

Habíamos quedado en pasar el Año Nuevo juntos, solo yo, él y Bea, en su apartamento. Como prometió, Enrique encargó una cena, dejándome sin manera de esquivar la propuesta. Tenía miedo de lo que sería de nosotros dos y de nuestra amistad después de pasar una noche sola con él, porque, bueno... Creía que ese barco ya había zarpado.

Después del casi-beso y la confusión de su tacto y su cercanía, Enrique empezó a vivir en mis sueños. Despertaba sin aliento, excitada, irritada porque él no estaba allí conmigo. Entonces empecé a hacer lo que sabía hacer mejor: evitarlo con todo tipo de excusas.

En la semana antes de Año Nuevo, no quise salir fuera del trabajo, no almorcé con él ni siquiera respondí sus mensajes con mucho entusiasmo. Fue también la semana en que más organicé carpetas, documentos y mi casa parecía limpiada por una empresa de limpieza. Me di cuenta de que las cosas se estaban saliendo un poco de control cuando organicé la red de la empresa por área, proyecto y orden alfabético.

Enrique sabía que algo andaba mal, pero yo estaba en una carrera para proteger mi corazón. Nunca me había sentido así con nadie, ni siquiera con el padre de Bea, y estaba a punto de enamorarme de mi jefe y mejor amigo.

Cuando miré el reloj y vi que era hora de salir a buscar a mi hija en la guardería, suspiré aliviada por huir una vez más. Tendría que enfrentar a Enrique en algún momento, pero prefería ser una cobarde intentando poner mis pensamientos en orden hasta la noche de Año Nuevo.

— ¿Ya te vas? — me preguntó desde la puerta de cristal al mismo tiempo que organizaba mis cosas en la mesa.

— A recoger a Bea.

— Vale... — respondió un poco desanimado. — ¿Vuelves? La gente quiere tomar una cerveza de celebración después de la reunión. Será rápido.

— Es 30 de diciembre, estoy cansada. Paso — dije y Enrique suspiró, acercándose a mí para que nadie oyera. Era una tontería, con todo el chisme que ya existía sobre nosotros dos.

Iría a un bar con la gente. No sé si tendría estómago para verlo en acción, buscando a una mujer para llevar a casa mientras finalmente había entendido lo atraída que estaba por él. ¡Mierda! Era más que atracción, su perfume me mantenía enganchada, su tacto erizaba mi piel y la tensión en mi estómago solo por estar a su lado. *El hombre es tu amigo y nada más, María. Deja de inventar cosas*, pensé para mis adentros.

— ¿Qué está pasando?

— Nada. Es esta época del año, no sé — inventé con un encogimiento de hombros, seguido de una mirada juzgadora de Enrique. — Voy a llegar tarde si...

— ¿Sigues viniendo mañana, no? — preguntó, interrumpiendo. — Algo te molesta, Mari. Vas a tener que decirme qué es.

— Ya dije que voy, ¡es una promesa! — respondí en un susurro, un poco irritada con él, aunque sabía que Enrique no era el culpable.

— ¿Te recojo?

— Voy a coger el metro. Las calles van a estar cerradas, ya sabes cómo es.

— No voy a hacer el chiste de "te veo el año que viene", porque no voy — se rió —, pero va a ser complicado. Acabamos de cerrar el trato en la reunión. El día dos me voy a otra ciudad, debo quedarme unos días con los ingenieros de allí. Nos organizamos cuando me vaya, no quiero atarte.

Asentí con la cabeza, sabiendo que después de la nochevieja tendría un descanso de Enrique Martínez. Quizás en los próximos 365 días pudiera volver a nuestro estado de amigos y nada más. Ya no soportaba soñar con él y con lo que me hacía. Mi vida sexual nunca había sido animada, ni siquiera cuando salía con Iván. Ese era el problema: el Enrique de mis sueños era una persona inolvidable, y temía que el de carne y hueso fuera aún mejor.

∞∞∞

31 de diciembre, calles llenas. Cogí el metro y a las ocho de la noche bajé con una mochila y Beatriz en mi regazo. Llevaba un conjunto dorado, mientras que yo elegí un vestido blanco tradicional — con unas bragas amarillas, porque nunca está de más pedir dinero para el año siguiente.

La gente conversaba por la calle, todos yendo hacia la playa, al mismo tiempo que yo seguía hacia la dirección de Enrique. Me envió más de un mensaje intentando recogerme en casa, pero era una tontería. Nos estresaríamos y conseguiríamos pasar la nochevieja en el tráfico. No, muchas gracias. Cuando llegué al edificio, tan bonito como el de su madre, me presenté al portero, que llamó por el interfono, y subí rápidamente.

— ¡Por fin! — dijo al abrir la puerta. Lo más relajado que había visto a Enrique fue en Navidad, con el vaquero y la camiseta, pero la versión que tenía delante con bermuda y camiseta blanca era igualmente tentadora. El pelo estaba despeinado y me dedicó una sonrisa, estirando los brazos hacia Bea mientras ella gritaba por "Quique".

— Fue rápido y lo sabes. No hay motivo para estar preocupado.

— La gente está borracha e irresponsable. Tengo derecho a estar preocupado.

— Ay, Enrique — me quejé con una sonrisa, caminando por su apartamento y observando la decoración sencilla, con fotos de la

familia y de momentos suyos repartidos por todas partes.

— Puse la mesa, si quieres podemos comer ahora. Pensé en bajar después y ver la nochevieja en la playa. ¿Crees que Bea aguanta?

— Duerme con ruido, así que, si no se pone mal, podemos tenerla en brazos — sugerí al ver que Enrique me mostraba la mesa arreglada al lado. Parecía nervioso. — ¿Es la primera vez en mucho tiempo que recibes a alguien?

— Es una fecha importante, y no sabía bien qué hacer — se quejó. — ¿Todo bien hasta aquí?

— Has sido increíble, Enrique. ¡Un amigo y tanto! Iba a pasar otro puente sola, ¿no? — confesé mientras me sentaba en su sofá en el mismo momento en que Enrique me ofrecía una cerveza, aún con Bea en brazos. Asentí, observándolo hacer cosquillas a mi hija.

— Ahora vas a explicarme por qué estás rara.

— Las cosas se pusieron un poco extrañas en Navidad — revelé. — Creo que es un poco imposible no sentirse afectada por ti, ¿no?

— ¿Cómo así?

— Invadiste mi vida, te volviste un amigo tan cercano, un tío para Bea y además está la mentira para tu familia. Tu hermana no para de enviar mensajes y cada "cuñadita" hace que mi piel arda de vergüenza.

— Mi familia te quiere, Mari. Quiero estar contigo, si no, no te invitaría a mi apartamento. Tú también me afectas — dijo Enrique con una sonrisa tímida, casi avergonzada, y me dio miedo preguntar de qué manera. Aún debatía si mi atracción era cosa mía o si él también se veía afectado por mi cercanía.

— Prometo hablar más de mis sentimientos — revelé. — Como un propósito de Año Nuevo.

— ¿Y qué más? — Se rió.

— Poco a poco me estás volviendo más confrontativa. Discutí con el telemarketing esta semana. Ni siquiera los dejé hacerme una oferta — respondí con vergüenza y Enrique se rió a carcajadas.

— Quizás tú me estés dando más paciencia. Pedro comentó que ando intentando negociar más en lugar de solo amenazar a los demás.

— La dupla y tanto... — dije. Enrique cogió un cava, llenando dos copas y alargándomela como un brindis. No era mi preferido, pero era una tradición de Año Nuevo.

— A la dupla y tanto — brindó. — ¿Nada de tu padre?

— Te lo dije... No habla conmigo desde que nació Bea — expliqué, bebiendo un poco del cava mientras ponía a Bea en el suelo, que empezó a correr por los muebles del salón.

— No sabe lo que se pierde.

— Mi padre siempre fue un hombre muy rígido, y no quería que estudiara, detestaba que tuviera que trabajar para pagar nuestras cuentas.

— ¿Cómo que no querer estudiar? ¿Qué clase de padre quiere eso para una hija?

— Pasé casi cinco años en un empleo administrativo, ganando un salario bajo, porque no podía pagar una carrera. Sabía que él no podía porque el dinero escaseaba, pero hacía cuestión de decir que no ayudaría ni aunque pudiera. Para él, debería estar casada y yendo a la iglesia. Pero no quería ni una cosa ni la otra.

— Erais muy diferentes — concluyó.

— Eso era — suspiré. — No aceptaba que pudiera querer cosas diferentes y le gustaba criticar mis elecciones. Me di cuenta de que quedaría atrapada para siempre allí si no hacía algo. El resto es historia.

— ¿No intentaste acercarte?

— Llamé, le conté lo de Bea. Le mando mensajes contándole cómo está aquí. Pero parece que no le interesa, no me responde. Me dijo cosas tan feas cuando le dije que estaba embarazada y soltera. Lo perdono por su mentalidad, porque es mi vida, yo decido, aunque él dé su opinión. Creo que cuando mi padre se dio cuenta de que no

aceptaría su modo de vivir y que perseguiría mis sueños, decidió que ya no necesitaba mantener nuestro vínculo.

— Debería ser desgastante.

— Compartir casa con alguien tan diferente lo era. Echo de menos algunas cosas tontas, como cuando comíamos algo especial los domingos, mi madre haciéndonos ponernos ropa bonita para salir. Pero es eso: son recuerdos. No puedo obligarlo a convivir conmigo, y ahora con Bea. No quiero que ella oiga nada de lo que yo oí. Algunas familias no son unidas como la tuya.

— Tienes razón en eso, Mari. No se puede forzar a alguien, aunque sigas queriendo a esa persona — dijo de un modo enigmático. — Voy a arreglarlo todo y podemos comer.

Pasamos las horas siguientes conversando y riendo, viendo una película en la televisión al mismo tiempo que comíamos la rica cena que Enrique había encargado. Estaba en su mejor versión de buen chico, siendo el amigo de siempre y evitando decir las tonterías que siempre me hacían sonrojar. Fue divertido y conseguí alejar mis miedos, me di cuenta de que quizás podría guardar mi atracción por él y mantener nuestra amistad.

Faltando quince minutos para medianoche, bajamos a la playa de la mano — por sugerencia de Enrique, con miedo al lío en la arena — y vimos los fuegos artificiales desde una posición privilegiada, el mar saludándonos frente a nosotros.

Bea se mantuvo despierta, fascinada con el movimiento y con el agua del mar, riendo cuando saltábamos las olas con el cielo iluminándose frente a nosotros. Enrique hacía fotos nuestras y apostaba a que, para todos los que vieran las fotos, pensarían que éramos una pareja. Fue mágico y perfecto, un momento que nunca olvidaría, y a pesar del cansancio, no podría dormir. Enrique había ofrecido la habitación de invitados, y por más confundida que estuviera, era mejor que volver a casa en plena madrugada. Cuando subimos en el ascensor, notamos que Bea se había agotado, durmiendo en brazos de Enrique un sueño profundo. Al día

siguiente, pagaría con intereses por su cambio de rutina, pero para el Año Nuevo había sido divertido.

Llegamos, entonces la puse en la habitación de invitados, cambiando su pañal antes de volver al salón y encontrar a Enrique mirando por la ventana con una cerveza en la mano, las luces de los fuegos artificiales iluminando su rostro.

— Fue una buena nochevieja, ¿no? Fue divertido — preguntó.

— ¡Claro! — respondí al detenerme a su lado en la ventana. Me ofreció su botella, di un sorbo sin pensar en la intimidad del gesto. — Un año a lo grande con esta vista. ¡Gracias!

— ¿Sigue dormida? — Señaló el baby monitor en mi mano, el leve resuello de Bea marcando el movimiento de su pecho.

— Debe dormir toda la noche, estaba agotada... — respondí y nos quedamos en silencio después de eso, compartiendo la bebida. Era un silencio cómodo, de dos personas observando la vista, sin necesidad de llenar el momento con palabras.

Ese hombre me había ayudado más en el último año que muchas personas que consideraba mis amigos íntimos. Era tan educado, amigo, leal y con una sonrisa... Mierda, podía sentir en mis partes bajas el rumbo de mis pensamientos.

— Sabes que no tenemos que hacer de esto una gran cosa, ¿no? — confesó, aún sin mirarme.

— ¿Cómo así? — pregunté confusa.

— Yo y tú, Mari. Se está volviendo insostenible.

— ¿Cómo? — tartamudeé de nuevo, sin entender a dónde quería llegar.

— Una noche — suspiró y mis piernas se convirtieron en gelatina cuando su mirada amigable se volvió depredadora, sus pupilas dilatadas cuando su mirada cayó sobre mi boca. — Una noche para sacarte de mi y volver a nuestra amistad.

— Enrique... — suspiré. Quería luchar contra ello, pero no podía.

— Voy a besarte, Mari.

— No si yo lo hago primero — anuncié en un arrebato de valentía. Tomando la iniciativa, lo atraje hacia mí.

Quería culpar al ambiente, a mis pensamientos, a la bebida, pero sabía que era más que eso, como si hubiera llegado a mi límite. Estaba completamente rendida, confundida con mis sentimientos y lista para aprovechar una oportunidad antes de volver a ser nosotros dos otra vez.

Dejé que mis manos cayeran sobre su rostro, su boca hundiéndose en la mía en un beso intenso. Un duelo de sentidos entre labios, lengua y gemidos, profundo como si reconociéramos un deseo escondido el uno por el otro desde hacía tantos y tantos meses. Enrique me atrajo hacia su cuerpo, poniendo la mano en mi trasero y levantándome hasta su cintura.

Caminó hasta el sofá, sentándose sin separar nunca nuestras bocas. Podía sentir su erección dura contra mí, nuestros movimientos frenéticos en una confusión de gemidos. Tan rápido, tan fuerte... Puse mis dedos en los botones de su camisa, abriéndolos sin ver lo que hacía, moviendo mis caderas contra Enrique mientras sus manos apretaban mi trasero de forma posesiva. Su barba incipiente raspaba mi piel en el mismo momento en que mis manos encontraron sus músculos, que se contraían con mi tacto. Nunca el sexo había sido algo visceral para mí, solo el instinto, como si necesitara a Enrique dentro de mí lo más rápido posible.

La boca de Enrique se deslizó por mi cuello, creando un rastro húmedo en mi hombro, cuando de repente me giró, su mano subiendo de forma desvergonzada dentro de mi vestido hasta llegar a mis bragas. Su pulgar se deslizó dentro de la tela fina, acariciando mi clítoris con movimientos lentos, que me hacían saltar en sus brazos. Me abría más debajo de él, dando espacio a Enrique y a sus dedos para hacer magia en mi cuerpo.

— ¿Qué estamos haciendo? — susurré entre besos mientras me agarraba a sus brazos, impulsando mis caderas hacia él.

— Ahora no, Mari... Por favor — respondió ahogado.

— Yo no... — negué, siendo interrumpida por un movimiento más rápido de Enrique, que me hizo cerrar los ojos y gemir.

— Claro que sí, te conozco — replicó y sentí su sonrisa en mi piel. — Pero soy bueno en esto, y te va a encantar.

— ¿Solo una noche? — sugerí, girándome para mirarlo aún con las luces de colores dejándome ver su contorno, repitiendo sus palabras como una pregunta.

— Todo lo que quieras — dijo, su boca bajando por mi cuello cuando un dedo se insinuó en mi entrada.

— Mierda, Enrique. Eres tan sexy... — confesé y soltó una risa ligera, llena de segundas intenciones. Me empujó hacia adelante, levantándose conmigo y cogiéndome en brazos. ¿Qué pasaba? — ¿Qué pasa?

— Vamos a continuar esto en el dormitorio. No olvides el baby monitor — dijo Enrique, señalando el aparato mientras yo me estiraba para cogerlo.

Abrió una de las puertas del pasillo, colocándome en la cama y quitándose la camisa de botones y la bermuda clara que llevaba, quedándose solo con el bóxer negro. Parecía un modelo de anuncios, definido y bien dotado dentro de esa prenda.

— Quién diría que te gusta mirar, María Rodríguez — provocó.

— Eres agradable a la vista — confesé en el mismo instante en que me quitaba el vestido blanco de mi cuerpo, mirándolo con expectativa con un conjunto sencillo de bragas y sujetador amarillos. Era la primera vez desde el padre de Bea, con los cambios del embarazo en mi cuerpo, desde el nacimiento de mi hija.

— Deja de pensar, María — susurró, cubriendo su cuerpo con el mío mientras sus labios volvían a pasear por mi cuerpo, venerando cada parte sensible y haciéndome gemir en respuesta.

Enrique bajó mi sujetador, dejando mis pechos expuestos para él. Lamió y besó los dos, tomándose tanto tiempo que me arqueaba hacia él, frotándome contra su polla y sintiendo un nudo formarse dentro de mí, creciendo con todas las sensaciones que me hacía

sentir con su cuerpo. Cuando una de sus manos apretó mi trasero, pegándome contra su miembro con aún más fuerza, exploté. Sentí que mi cuerpo alcanzaba el éxtasis, tomándome entera, mis músculos temblaron y un gemido escapó de mi boca. Estaba sin aliento.

Las manos de Enrique empujaron las bragas fuera de mi cuerpo mientras su boca bajaba por mi piel, dando un beso desvergonzado en mi entrada. Abrí los ojos, observándolo quitarse el bóxer y pasar la mano por su erección. Mi corazón latió fuerte al ver su miembro duro e hinchado. Enrique estaba bien dotado y sabía que me haría sentir durante muchos días las señales de esa noche de libertad. Sin pensar, lo atraje hacia mí, enroscando mi cadera en él y sintiendo su polla en mi entrada. Tan poco... tan cerca...

— Solo un poco, espera — murmuró en mi oído, estirándose hacia la mesilla de noche. Cuando Enrique rasgó el paquete del preservativo con la boca y enrolló el condón en su polla, sentí alivio porque al menos uno de nosotros todavía tenía cabeza para eso. Casi... Dios, Enrique Martínez.

Quería sentirlo dentro de mí, solo el instinto y nada más. Perderme por primera vez, como nunca había hecho con otra persona. Mis labios besaron su pecho musculoso, sintiendo el sabor salado de su sudor. La respiración de Enrique se aceleró cuando finalmente sentí la presión en mi coño, su miembro deslizándose hacia donde yo deseaba. Enrique gemía con cada embestida, mi boca besando y lamiendo cada curva de su cuello, mis uñas arañando su espalda cada vez que se impulsaba dentro de mí.

Sujetó mis manos por encima de mi cabeza y salió de mí, girándome hasta ponerme a cuatro patas. Enrique me cubrió, su polla yendo aún más hondo cuando se movió rápido, martilleando con fuerza entre nuestros cuerpos. Sentí otro orgasmo formarse, las ganas de frotarme contra él mientras el escalofrío subía por mi espina. Mi mano cayó sobre mi clítoris, acelerando junto a Enrique, cuando su mano cayó sobre la mía, como si quisiera guiar mis movimientos.

— Más... — supliqué.

— ¿Más qué? — preguntó Enrique con la voz una octava más baja y más sensual.

— ¡Más rápido! ¡Más duro!

— Qué provocadora eres — dijo, mordisqueando el lóbulo de mi oreja y haciendo que un nuevo escalofrío recorriera mi cuerpo.

— Métela con fuerza, Enrique... Hazme gritar — dije y noté el agarre de Enrique aún más posesivo, embistiendo con fuerza en busca de satisfacción. Perdí la conciencia de mis movimientos, dejando que el instinto me llevara. Quería correrme.

Caí, mi cuerpo rompiéndose en mil pedazos mientras un orgasmo fuerte me tomó entera, haciendo que mi cuerpo se encendiera. Enrique soltó un gemido bajo y ahogado, vaciándose en mí en el mismo momento en que se derrumbaba sobre mi cuerpo satisfecho. Fue intenso, único.

Aún respiraba con dificultad cuando sentí que Enrique se levantaba y desaparecía unos segundos antes de tumbarse sobre mí de nuevo, abrazándome por detrás.

Era un silencio perfecto, satisfecho y sudoroso, en el que las palabras no cabían para lo que habíamos creado juntos. Enrique acariciaba ligeramente mi cabello mientras yo me dejaba llevar por el agotamiento. Quería dormir entre sus brazos, acurrucada en el pecho en el que siempre había querido estar.

Capítulo 9

Enrique

El baby monitor hizo un ruido y corrí a la habitación de invitados antes de que María se despertara con los gemidos bajos de Bea. Me puse el bóxer y una camiseta y fui hasta allí para encontrarla sentada, con la cara arrugada y frotándose los ojos.

— Buenos días, mi bien... — susurré, cogiéndola en brazos y acunándola contra mí al mismo tiempo que cogía sus cosas. Le cambié el pañal y me dirigí a la cocina, donde María había dejado algunos alimentos listos y cortados la noche anterior.

Mientras observaba a Beatriz comer un trozo de naranja con unas tortitas picadas sentada en mi sofá, pensé en la noche anterior. *Bueno... Esto no debería haber pasado, pero pasó.* Mi deseo por María había llegado al punto máximo y ella correspondió con la misma emoción, lo que me dejaba en un dilema. D

os amigos, con algo de valor alcohólico y mucho deseo involucrado, en una noche que debería ser única. Pero no quería que acabara, me di cuenta. Quería desesperadamente volver a tener a María, sentirme arder en sus brazos.

Maldita mujer que no sale de mi cabeza...

— ¡Quique! — gritó Bea a mi lado, metiendo un trozo de tortita en mi boca y sacándome de mis pensamientos. Sonreí, queriendo que mi vida fuera tan simple como la de la pequeñita.

— Muy rico, Bea... Pero ese es tu desayuno — respondí, acomodándola en mi sofá mientras me levantaba para coger un poco de agua, sin quitarle los ojos de encima.

Siguió feliz, sentadita y manchando todo el sofá con su naranja durante el resto de su comida. Cuando terminó, le limpié la cara, la

cogí en brazos y preparé un café. Era fácil lidiar con Bea, era una niña tranquila. Mi problema actual era saber qué hacer con su madre. Y qué madre tan sexy...

— Buenos días. — María apareció en la cocina con expresión de sueño y el pelo en un moño despreocupado. Verla así, y sabiendo que había salido de mi cama, me hacía sentir cosas.

No había la incomodidad de la "mañana siguiente", la carrera para empezar mi día. Quería una mañana perezosa al lado de esa mujer. Daba miedo.

— La oí despertar y fui a ver cómo estaba. Le di el desayuno que dejaste y ya le cambié el pañal — informé. — Acabo de hacer café para mí, ¿quieres?

— Ah, gracias — dijo tímida, intentando desviar la mirada de mí. — Estás en bóxer.

— Y tú llevas una camisa mía — concluí. — Está bien, Mari.

— Sobre lo de anoche — empezó y la interrumpí.

— No tiene que ser más de lo que tú quieras que sea.

— Fue... es... inesperado — respondió, esquivando mi mirada y observando a su alrededor. Conociendo a María, seguro que estaba analizando mis estanterías para pensar si ordenar por color o por orden alfabético era mejor.

— Y bueno — completé con una sonrisa pícara, sabiendo que la haría sonrojar.

— Sí. Pero es como dijiste, no debe ser más de lo que queremos que sea, ¿no? Eres mi amigo y mi jefe, no quiero que una cosa de una noche interrumpa nuestra amistad — confesó, sus ojos grandes y temerosos haciendo cosas extrañas dentro de mí. — Las cosas son mejores cuando son más claras, blanco sobre negro, sin ideas confusas en medio.

— Muy bien... — acepté, mi voz quebrándose un poco, porque no estaba preparado para cerrar aquello así. Sabía que la mente cartesiana de María necesitaba límites, organización. Sabía cómo era

nuestra amistad, pero algo más era un territorio inhóspito que María se negaría a pisar. — Pero si quieres alivio con algo más, estaré aquí.

— ¡Enrique!

— Fuiste perfecta anoche — confesé.

— Tú también — dijo tímida, con los ojos en el suelo mientras jugaba con el relicario en su cuello. — Pero eso lo complicaría todo.

— Muy bien. Coge a Bea. Voy a terminar de hacer nuestro café. Puedo llevarte a casa cuando quieras — anuncié, cambiando de tema porque no entendía bien mis sentimientos. Mierda, ¿qué debería hacer con María?

— No quiero que las cosas se pongan raras entre nosotros — disparó, huyendo de mis ojos. Quise abrazarla. Las cosas habían cambiado, pero no dejaría que se notara.

— Eres mi amiga, quiero a Bea. No voy a culpar a la bebida, porque llevaba tiempo con muchas ganas de ti — confesé. — Pero eres importante para mí, y será lo que decidas, ¿vale? Por mucho que quiera repetir, tú eres más importante.

— Enrique... — dijo como si pidiera disculpas. Quería sacarnos de esa miseria, de sus ojos apenados, como si no estuviera segura de esa conversación.

— Sabía que tu parque aún funcionaba — bromeé, intentando huir y sintiendo que mi corazón se apretaba por su indecisión. — Ahora realmente necesito resolver nuestra mañana. Me voy de viaje temprano y necesito arreglar las cosas para estar en el aeropuerto mañana.

∞∞∞

La distancia no hizo grandes cosas por mí. Ese día, dejé a María en su apartamento y continué con nuestra extraña relación. Hablábamos todo el tiempo por WhatsApp, le enviaba cosas que me parecían interesantes y María me llenaba de vídeos de Bea y de gatos. Yo era una persona de "perros", pero me parecía gracioso

cómo escondía una parte divertida dentro de sí por ser tímida con los desconocidos. Aún sentía su sabor en mi boca y me ponía duro cada vez que pensaba en la noche de Año Nuevo.

Fue una semana entera entrando y saliendo de reuniones, haciendo visitas técnicas y teniendo encuentros con inversores. Era una de esas veces que tenía demasiada energía dentro de mí y necesitaba desahogarme, pero en lugar de ir a algún bar de la ciudad a buscar a alguna desconocida, era incapaz.

Cerraba los ojos y veía a María, sabía que sería incapaz de encontrar a otra después de haberla tenido. *Estaba jodido.* Mis sentimientos eran algo demasiado fuerte como para ser solo atracción. Quería hablar con ella todo el tiempo, me divertía con ella y su hija, era simple, fácil... Lo que deseaba. No era "solo una noche" cuando quería repetirlo varias veces, su cuerpo caliente derritiéndose en mis brazos. Echaba de menos su voz, su forma, la manera en que vivía censurando mis comentarios vergonzosos.

Después de correr diez kilómetros en el gimnasio del hotel, me tiré exhausto en la cama, sabiendo que estaría de vuelta al día siguiente. Una semana para pensar sobre lo que pasó en la noche de Año Nuevo. Había tantas cosas en contra: el Consejo, que ella fuera mi secretaria, nuestra amistad, Bea. Pero al mismo tiempo, no podría fingir que quería ser solo amigo por mucho más tiempo.

Enrique Martínez se estaba convirtiendo en un perrito faldero. Haría lo que ella quisiera, siempre que María me dejara tenerla de nuevo.

Mierda, me había enamorado de mi mejor amiga. Estaba enamorado de María y ella no quería nada de mí. La conclusión corroió mi pecho mientras me daba cuenta de que no podía hacer nada por mis sentimientos. Nunca pondría a María contra la pared y la haría elegir. Era demasiado importante para mí. Fue un infierno de noche, seguida de un vuelo matutino para volver al trabajo en la constructora; por primera vez en mucho tiempo, no tenía la cabeza puesta en el trabajo. Quería llegar a la M&M y verla.

Pasaban de las diez cuando aterricé en el Aeropuerto y cogí un Uber para el trabajo. En cuanto pisé la constructora, vi a Alberto Machado conversando con otras personas en el hall de entrada y sentí un escalofrío. El padre de Pedro fue amigo de mi padre, pero no me gustaba cómo no conseguía aceptar que ya no tenía tanto poder en la constructora como antes. Alberto adoraba aparecer aleatoriamente, dando órdenes y opiniones que no tenían nada que ver con nuestra planificación gerencial. Siempre era una situación incómoda revertir algunos de sus pedidos y tener que explicar los motivos en las reuniones del Consejo, del cual formaba parte.

— ¿Alberto? ¿Qué haces por aquí? ¿Alguna reunión del Consejo que no conozca? — saludé.

— No. Vine a mostrar el entorno a la nueva consultora. Sé que no hablé de esto antes, pero entenderás por qué.

— ¿Consultoría? No acordamos nada de esto. — Suspiré y miré hacia un lado solo para llevarme un shock. Caminando hacia mí venía Maite Mendoza, mi ex prometida. Parecía más madura y elegante, su cabello negro recogido en un moño mientras sonreía con profesionalismo. *¿Ella era la consultora?*

— Sé que conoces a Maite. Viene recomendada de una empresa del Reino Unido para un trabajo de internacionalización de la M&M.

¿Qué demonios?

La miré serio durante muchos segundos, un silencio incómodo entre nosotros dos. Alberto tenía una sonrisa en los labios, como victorioso por dejarme sin palabras. A veces pensaba que la cuestión no era lo mejor para la constructora, sino desestabilizarme a mí.

Nunca aceptó muy bien que yo fuera el CEO y no Pedro.

— Es bueno volver a verla — dije breve, asintiendo con la cabeza.

— Será un trabajo importante. La empresa ha crecido en los últimos años — habló animada, su voz trayendo recuerdos no deseados. — Quería volver al país para estar cerca de mi familia, quizás incluso construir una para mí.

— Muy bien. Voy a agendar una reunión oficial y necesito el cronograma de trabajo. ¿Pedro está al tanto o también ha sido pillado por sorpresa?

— No seas así, Enrique — murmuró Maite conciliadora y solté el aire, irritado por la osadía de los dos.

— Estoy ocupado ahora mismo. Envíenme por correo y podemos seguir desde ahí — respondí, dándoles la espalda a ambos, que me analizaban como si yo fuera el elemento difícil de la ecuación. Qué mierda.

Seguí en línea recta, entrando en el ascensor como un rayo. En cuanto salí en el piso de la dirección con mi maleta en las manos, vi a María por mi visión periférica, levantándose de su sitio y mirándome confundida cuando crucé el pasillo hacia el despacho de Pedro. *¿Salgo una semana y su padre se siente con derecho a contratar una consultoría hecha por Maite encima?* Hice un gesto con las manos a la secretaria de mi socio, entrando como un cohete sin ser anunciado.

— Oye, bienvenido de vuelta — saludó, observándome confuso por la entrada brusca y el ruido de la puerta al cerrarse. Apoyé mi maleta contra la puerta de cualquier manera, cruzando los brazos, aún sintiéndome cabreado.

— ¿Por qué está ella aquí, Pedro?

— ¿Quién?

— Mi huevo, claro — respondí irritado. — ¿Por qué Maite está dando consultoría a la constructora? ¿Por qué decidir una mierda así a toda prisa? ¿Se ha notificado al Consejo?

— Mi padre — suspiró, dándose cuenta de que no tenía escapatoria. Pedro se levantó y se paró frente a mí pareciendo un poco irritado. — Vas a tener que ser un hombre adulto y lidiar con tu ex durante unas semanas en la empresa.

— ¿Por qué no me lo contaste? Estaba a un mensaje de distancia. ¿Has hablado conmigo toda la semana y no has tenido el valor de decirme que tu padre contrató a Maite?

— Acabo de enterarme. — Soltó el aire disgustado. — Salieron de mi despacho hace diez minutos. Iba a decírtelo en cuanto llegaras.

— Tu padre tiene que dejar de meterse. Está en el Consejo, pero ya no manda en la M&M, ese era el acuerdo.

— Lo sé. — Resopló, irritado. — A mí también me irrita cuando hace esto. Aparentemente él y el padre de Maite jugaron al golf, y cuando supo que tu ex prometida había vuelto al país, preguntó qué estaba haciendo. Tienes que dar el brazo a torcer, su currículum es excelente. Experiencia con empresas internacionales, gestión y consultoría de constructoras de gran envergadura. Puede hacer un trabajo excelente aquí.

— No tengo ni idea, porque acabo de entrar por esa puerta para encontrarme con una contratación de la que no tenía ni idea, de una persona que claramente está aquí por la forma en que me afecta.

— Lo siento, Enrique. No pude evitarlo. Anoche hubo un intercambio de correos y el Consejo aceptó la contratación de la consultoría. Mira la propuesta con calma y verás que tiene sentido. Solo supe que era ella ahora... Pensé que podríamos intentar argumentar contigo aquí, pero viendo toda la documentación, puede ayudarnos. Es una puta molestia que llegue una consultoría que ni siquiera sabíamos, pero parece algo bueno.

— Sigue siendo una contratación que ninguno de los dos autorizó. Es ridículo que el CEO de una empresa no sepa que se ha contratado a una consultora.

— Voy a hablar con él — dijo Pedro, haciendo un gesto con las manos como si intentara calmarme. — Pero nos quedamos con ella, ¿vale? No necesitas tener más contacto del necesario, pero creo que será bueno.

— Tú te encargas de todo, ¿vale? — Suspiré. — No quiero más contacto del necesario.

— Han pasado casi diez años, tío. ¿Sigue afectándote así?

— Me recuerda cosas que me gustaría olvidar — confesé. — Y esta es la última vez. Tu padre necesita encontrar otro negocio en el

que meterse.

— Estoy de acuerdo contigo. No acepta muy bien que solo ahora que él se fue la empresa despegó e hizo contratos mucho mayores que en la época en que él estaba aquí.

— Quizás esa sea una señal — respondí con malicia.

— Lo sé, pero sigue siendo mi padre — replicó Pedro serio. — Voy a encargarme de eso. No te preocupes.

Capítulo 10

Maria

En algunos aspectos, fue bueno que Enrique hubiera viajado al día siguiente de que hiciéramos el amor... *Hacer el amor*. Fue algo más intenso que eso. No me arrepentía de aquella noche, mi problema era querer más. Me sentía como si Enrique hubiera abierto una puerta a mis deseos y, por primera vez en mi vida, me sintiera como una mujer sensual, que se rendía a los placeres de su cuerpo y sabía que encontraría un compañero a la altura en mi amigo.

A pesar de eso, con los sentimientos confusos y los pensamientos disparados, seguí haciendo lo que sé hacer mejor: fingir que todo estaba bien. Nuestras conversaciones profesionales y personales eran las mismas, nuestras bromas por mensajes eran iguales que antes de verlo desnudo. A diferencia de después de Navidad, no quería distancia. Era como si lejos de él fuera capaz de mantener una fachada que no sabía si podría mantener cuando volviera.

Lo sentí antes incluso de verlo.

Aún en la mañana de un jueves, Enrique salió del ascensor disparado hacia el despacho de Pedro. Debía haberse encontrado con Alberto Machado en la constructora. Enrique ya me había confesado alguna vez sobre la necesidad del miembro del Consejo de imponerse en la empresa, y temía que, con el estrés del viaje, Enrique perdiera la paciencia. Alberto había aparecido otras dos veces durante la semana, algo que raramente hacía, apareciendo en reuniones con otras personas desconocidas.

Algo estaba pasando, pero no sabría decir qué era.

— Oye, ¿todo bien? — pregunté cuando pasó a mi lado dando un suspiro derrotado, entonces hizo un gesto para que lo acompañara a

su despacho.

Enrique tenía un semblante irritado mientras sujetaba la maleta con fuerza, los nudillos blancos.

— Algo ha pasado — anunció Enrique al cerrar la puerta tras nosotros dos y colocar su maleta en una de las esquinas del despacho.

— ¿Algo del viaje?

— No... Bueno... ¿Recuerdas a Maite? Va a dar consultoría para la constructora. Acabo de encontrármela en la entrada de la empresa — explicó, sentándose en su silla con fuerza y poniendo la mano en la cabeza como si necesitara pensar al respecto. Hacía eso muchas veces, despeinándose el pelo en el proceso y perdiendo su aire impecable.

— ¿*Tu* Maite, aquí? — pregunté, mi voz más alta de lo debido. Me acomodé frente a él.

— ¡No es mía! Y sí, es mi ex prometida. Creía que vivía fuera desde hacía años, pero aparentemente ha vuelto. Pedro me avisó que actualmente es una de las mejores del mercado y que debía dejar mis sentimientos fuera de esto.

— ¿Y cómo fue reencontrarla? — pregunté con timidez, sintiendo un torbellino invadir mi cabeza.

Dios, habíamos follado y ahora su ex estaba en la empresa.

Y aunque hubiera sido cosa de una noche, mi corazón se apretaba solo de mirarlo en su silla. Eran celos mezclados con preocupación por los sentimientos de Enrique.

— Fue extraño — explicó, negando con la cabeza. — Sigue siendo guapa y ahora parece más madura. Dijo incluso que había vuelto al pais para establecerse y estar cerca de su familia.

— ¿Y tener aquello que no quiso cuando rompisteis? — pregunté con acidez. Me miró con los ojos sorprendidos, porque raramente era alguien venenosa. — Perdona por meterme en tu vida.

— Claro que no, ¡tienes razón! Eres mi amiga, Mari. Solo que no sé cómo me siento al respecto. Enterré cualquier recuerdo de Maite

y ahora va a estar aquí no sé cuántas horas al día... Quizás queriendo hablar.

— ¿Y si pidiera volver? — susurré la pregunta, temerosa de su respuesta.

— Somos prácticamente desconocidos. El hombre que fui en aquella época ya no existe — suspiró. — Llega tarde si quiere una familia ahora. Mierda... Si quiere algo conmigo.

— Siento que tengas que pasar por esto.

— Y yo... Pero han pasado muchas cosas además de eso. Coge el ordenador, tenemos mucho que hablar sobre las reuniones que tuve — pidió Enrique y entendí que no quería hablar más de aquello.

Mi corazón se apretó por sus palabras, su mirada confusa como si fuera invadido por los recuerdos. Yo también tenía un pasado y aún enfrentaba parte de él todos los días a través de Bea, pero era diferente. Sentía celos de sus pensamientos sobre ella, de su pasado. No podía... *¿Podía?*

Me detuve en shock en mi escritorio, mirándolo a través de la rendija de la puerta, constatando algo que me negaba a reconocer: me estaba enamorando de Enrique.

∞∞∞

Justo antes del almuerzo, llegó un mensaje de un número desconocido.

Desde la emergencia en la guardería, atendía todas las llamadas, lo que me hacía hablar con más telemarketing del que debía. Esta vez no era alguien queriendo venderme algo, sino mi pasado llamando a mi puerta. Era oficial, Enrique y yo habíamos tenido nuestro día sacudido por personas que deberían quedarse solo en el recuerdo. Qué mal comienzo de año.

Hola, soy yo, Iván. Necesitamos hablar sobre la bebé. ¿Puedes verme hoy?

"La bebé".

Era tan simple y corto que parecía que ni siquiera sabía el nombre de Beatriz.

Respondí rápidamente; se ofreció a verme un par de horas después en el Starbucks cerca de mi trabajo para lo que quisiera hablar. Tenía miedo de lo que mi exnovio querría después de tanto tiempo. No le conté a Enrique sobre el mensaje, en parte por cobardía y porque ya parecía cansado por los sucesos de la mañana.

Suele ser superprotector y creo que querrá estar allí conmigo para encontrarse con Iván después de años.

A las tres de la tarde, bajé. Apostaba a la excusa de que podría quedarme solo quince minutos, esperando que apareciera.

Tardío como siempre, Iván Lobo entró en la cafetería. Parecía mejor. Su pelo negro estaba peinado hacia atrás y la ropa era más cara. Los últimos años habían favorecido la economía de Iván, al parecer. Al contrario que la mía, pensé, repasando todas las facturas de Bea de los meses anteriores.

— No sabía que habías cambiado de empresa — dijo en cuanto se acercó. — ¿Conseguiste un empleo con una niña pequeña? Eso es raro.

— Cambié, sí. No hablamos desde hace meses, las cosas cambian. ¿Por qué pediste verme? — pregunté.

— Directo al grano. Parece que algunas cosas cambian — comentó como una crítica, acabando con mi paciencia. — Quiero conocer a nuestra hija.

— Podemos arreglarlo — expliqué cautelosa. — ¿Algo ha cambiado?

— ¿Cómo así?

— No quisiste verla cuando nació y año y medio después apareces.

— ¡No vas a empezar, María! — replicó irritado. — ¡Tengo ese derecho!

— Lo sé. Y tengo derecho a estar curiosa. Es mucho tiempo para aparecer de repente.

— ¿Me estás amenazando, María? ¿Es eso? — respondió de un modo irritado y me di cuenta de que, después de convivir con Enrique, ya no podía sentir firmeza con su tono agresivo. Mi jefe era mucho peor con mucho menos esfuerzo.

— Estoy curiosa porque mi hija es un bebé, pero, dentro de unos años, puedes hacerle daño si apareces y desapareces de repente. Las cosas deben quedar claras desde el principio — afirmé.

Iván pareció encogerse, como si entendiera que no podría intimidarme como solía hacer antes. En toda nuestra relación, siempre me menospreciaba criticando mi forma, mi ropa, mis elecciones. Definitivamente estaba mejor sin él.

— Muy bien, entonces dejemos las cosas claras — suspiró irritado. — Quiero la custodia de ella, y dudo que un juez en su sano juicio deje a una niña con una madre pobretona cuando yo puedo darle una estructura mucho mejor.

— ¿De qué estás hablando? — pregunté confusa en un hilo de voz.

— Que tengo dinero para contratar buenos abogados, cosa que sé que tú no tienes — respondió con una sonrisa satisfecha, como si me hubiera atrapado en una trampa. *Qué idiota.*

Enderecé los hombros, intentando transmitir la mayor confianza posible, como aprendí de Enrique, mirándolo como si fuera un gusano en un microscopio.

— ¿Sabes qué? — anuncié, mis palabras firmes mientras sujetaba la asa de mi bolso con fuerza. — Puedes ir a juicio. Es mejor resolver esto de forma legal que escuchar esta conversación. Tenemos muchas cosas que resolver, como la pensión de todos estos años. Voy a hablar con un abogado y te respondo al mismo número que me diste. ¡Buenas tardes!

— ¡No! ¡Espera! — dijo Iván intentando agarrarme la mano, pero fui más rápida, dando pasos hacia atrás.

— Y su nombre es Beatriz, creo que no lo sabías — respondí intentando controlar mi nerviosismo, caminando con pasos firmes sin mirar atrás, sintiendo que mi respiración se ahogaba.

Capítulo 11

Enrique

Miré de nuevo hacia la mesa de María. Me había asegurado de que necesitaba salir a la calle a resolver un asunto rápido y que regresaría en minutos, pero ya había pasado más de media hora y nada de que apareciera. Cuando iba a llamar a su teléfono, las puertas del ascensor se abrieron y ella apareció con la cara hinchada, mirando a los lados, como si no quisiera llamar la atención.

La sangre me hirvió al saber que algo la había hecho llorar. Quería arreglar lo que fuera que la había herido, quitar esa mirada lastimada de su rostro.

— Enrique — susurró, deteniéndose frente a mí.

— ¿Estás bien? — pregunté bajito, viendo una lágrima caer solitaria. La empujé hacia mi despacho, cerrando la puerta en el mismo momento en que ella soltó un sollozo bajo.

— ¡El padre de Beatriz quiere quitármela! — dijo, con la voz quebrada, haciendo que mi corazón se retorciera.

— Es obvio que no va a conseguirlo. Explícamelo mejor — pedí mientras ella se sentaba en el sofá de mi despacho, las manos en el rostro ahogando sus palabras. Di un apretón suave en su pierna, sentándome a su lado, haciéndola mirarme y entrelazar nuestros dedos.

Quería matar al desgraciado por hacerla sufrir así.

— Después de todo este tiempo, me envió un mensaje pidiendo hablar conmigo. Quería conocerla, Enrique. No podía evitarlo. Pero las cosas se pusieron extrañas... Dijo que iba a pedir la custodia, ¡y no puedo perder a mi hija, no puedo!

— Ya te lo he dicho, ¡no vas a perderla! Como si ese idiota conociera el derecho de familia. Eres una de las mejores madres que conozco, María. Nadie va a quitarte a Bea.

— Dijo que tenía dinero, que contrataría buenos abogados.

— Si es por eso, también vamos a contratar abogados — la interrumpí. *Hombre idiota*. — Te prometo que no va a pasar nada. ¿Es de una familia tradicional? ¿Tiene dinero?

— ¡No! No sé de dónde ha sacado ese dinero. Nos conocimos a través de una prima segunda mía. En aquella época ella también estaba aquí en la ciudad, iba a algunas fiestas e intentaba arrastrarme a todos los sitios, porque casi no tenía amigos. Quiero decir, casi no tengo todavía, pero esa no es la cuestión. Teníamos una relación más o menos, pero yo estaba sola y trabajaba mucho, así que nunca terminaba. Fueron dos años de muchas cosas. Me engañó, nos separamos, pidió volver... En fin — respondió moviendo las manos y dejándolas caer a los lados del cuerpo. — Y luego llegó Bea y él desapareció del todo. Lo último que sabía de él es que vivía cerca del metro, en un apartamento pequeño, y trabajaba en un despacho de contabilidad. A menos que le haya tocado la lotería, me parece poco probable que tenga el dinero que dice tener.

— Voy a pedir a alguien que lo investigue. Es una historia muy extraña. Aparecer después de dos años. Debe haber algo detrás de esta historia, no es posible. Sé que te dije que fueras a juicio contra el desgraciado, pero hay personas con las que es mejor mantener distancia. Si solo quiere conocer a Bea, bien. Pero no voy a permitir que te la quite.

— Llevaba ropa cara, parecía más arreglado, ¿sabes? Iván sabe que el dinero es importante. Yo nunca lo he tenido. Por más que el salario sea bueno, al lado de otras personas, soy pobre. Intento hacerlo lo mejor posible, pero no tengo dinero y...

— No eres alguien sencillo al que pueda pasar por encima, Mari. Eres inteligente, trabajadora y, además, mi novia.

— ¿De qué estás hablando, Enrique? — me preguntó confundida.

— Sé que nuestra farsa tenía fecha de caducidad y prometí terminarla en cuanto el año nuevo pasara y mi madre volviera de su viaje, pero esto es urgente. Por ahora creo que es mejor decir que estás conmigo — anuncié, la idea formándose mientras las palabras salían de mi boca. *¿Qué estaba haciendo?*

Las ganas de protegerla salían de mi pecho y ya estaba pensando de nuevo en aquella noche de Año Nuevo, cuando todo parecía haber cambiado para mí.

— ¿Cómo así?

— Conmigo, como mi novia. Si te pide otro encuentro, iré contigo. Mi nombre asusta, María. No a una mujer sin dinero criando a una hija en un pequeño apartamento. Eres mi novia y voy a ayudarte.

— ¿De mentira?

— Durante el tiempo que sea necesario.

— ¿Como hicimos en la fiesta de tu hermana?

— Ya piensan que eres mi novia de verdad. — Me encogí de hombros. — Todo el mundo en la empresa dice que salimos, que Bea es mi hija, que nuestra amistad es sospechosa. ¿Nunca has oído nada de eso?

— Claro que sí, pero son cosas del cafecito. La gente suele ser maliciosa, pero dudo que crean que es verdad.

— Pues vamos a hacer que lo crean. Si antes eran solo rumores, ahora será oficial. Voy a hablar con el Consejo y...

— Oye, tranquilo, Enrique... ¿Qué estás diciendo?

— Que necesito pedir autorización para salir con mi secretaria — bromeé.

— ¿Por qué eres tan bueno conmigo, Enrique?

— Me gustas y quizás quiera una repetición de la noche de Año Nuevo — respondí con una ceja levantada, oyéndola suspirar. — Oye... Es broma. Dejaste muy claro que solo éramos amigos.

— Pero ¿qué va a pasar? ¿Vamos a decírselo solo a Iván? ¿Estás seguro de que puede ayudar?

— Quiero que sepa que no puede meterse contigo. Vamos a hablar con un abogado y ver qué hacer. No puede aparecer de la nada y amenazarte.

— Pero ¿y Maite? Ha vuelto, y si quiere salir contigo... Enrique, no quiero estorbarte.

— Eso no es importante ahora.

— Pero... — protestó.

— Se ha metido con la persona equivocada, Mari. Nadie amenaza a Bea o a ti — respondí con la voz irritada, sabiendo que tenía ganas de golpear a Iván hasta que pidiera perdón por todo el dolor que estaba causando.

Pasé el resto de la tarde buscando información. Concerté una reunión con Lorena Fuentes, una abogada de familia reconocida, y pedí información sobre el padre de Beatriz. Al final del día, cuando María ya se había ido, había descubierto el motivo de su dinero: estaba comprometido con Renata Santana, una influencer famosa, con más de 15 millones de seguidores.

Iván aparecía por todas partes en sus redes sociales, y si alguien podía pagar un abogado, seguro que no era el exnovio de María, sino la prometida.

— Hola. — Oí desde la puerta la voz de mi ex prometida. — Quería aprovechar que tu perro guardián ya se ha ido para hacerte una invitación.

Observé a Maite durante unos segundos, irritado por la osadía de venir a mi despacho para llamar a María "perro guardián". Llevaba la misma ropa de la mañana y parecía haber pasado el día en la empresa haciendo algo relacionado con su consultoría.

— Mi asistente ya se ha ido. ¿Necesitas algo?

— Vamos, Enrique... ¿Tan formal? Casi nos casamos, ¿sabes? — respondió con una risa afectada, que se apagó al ver que yo seguía serio. Dio unos pasos confiados y se sentó en la silla frente a mí, continuando: — Bueno, he venido a invitarte a cenar.

— ¿Cenar? — repetí como un loro. ¿Qué demonios?

— La gente hace eso, Enrique. Tenemos tanto que hablar para ponernos al día. Es tarde y sigues aquí trabajando, yo también. Quería hablar de cómo fue Inglaterra, cómo fueron todos estos años y...

— Maite, no me interesa — la corté, sintiendo que su postura se endurecía en la silla, enfadada por mi respuesta.

— ¿Sigues enfadado, Enrique? ¡Por favor! Éramos dos niños jugando a tener una relación. Ahora, como adultos, pensé que verías que podríamos ser mucho más.

— Sigo sin estar interesado, Maite. Creo que nuestra relación quedó en el pasado, y no quiero dar pie a que mi novia piense que quiero engañarla. Estamos bien, ¿no? — anuncié, zanjando el asunto cuando ella siguió allí mirándome.

— ¿Novia? La tía Leila no dijo que...

— ¿Has visto a mi madre?

— Un poco antes de Navidad. Ella y mi madre aún son amigas, ¿no? ¿Es nuevo?

— Sí. Es una relación reciente, pero incluso pasamos la Navidad con ella. ¿Algo más?

— Sobre nuestra cena...

— ¡Maite! — Suspiré enfadado, cortándola mientras dejaba de mirar el ordenador y la fijé, frotándome la mano sobre los ojos en busca de las palabras correctas.

— Pedro me advirtió que serías así, pero pensé que serías más serio sobre tu negocio. ¿Cuándo podemos vernos para hablar de la constructora? Esa cena siempre fue sobre negocios. Eres tú quien no puede superar el pasado — respondió irritada, levantándose y cruzando los brazos.

— ¿Ahora es sobre la constructora? ¿Nada de tiempo perdido, etcétera, etcétera.?

— Tú y tu frágil relación habéis entendido otra cosa. Siempre fue trabajo.

— Claro que sí, Maite — me burlé irritado. — Vente a almorzar mañana. Y que tenga algún propósito.

— Claro que lo tendrá, Enrique. Te veo mañana — respondió, alejándose de mi despacho mientras la acompañaba con la mirada hasta el ascensor*. ¿Qué demonios había pasado en este día?*

Capítulo 12

Enrique

— *¿Enrique, todo bien?* — Oí la voz suave de María al otro lado de la llamada. Ya pasaban de las diez, pero no conseguía conciliar el sueño.

Después de descubrir lo de Iván, le pasé la información a María por mensaje, que se quedó en shock por el cambio de vida de su exnovio. No era suficiente. Quería oír su voz y saber si María estaba bien después de la amenaza del padre biológico de Beatriz.

— Después de que te fuiste apareció Maite — revelé, parado en la ventana frente al mar donde la besé en Año Nuevo.

No sabía cómo actuar con mis sentimientos.

Con la aparición de Iván, ella necesitaba un amigo, no un amante. Aun así, ahí estaba yo, pensando en su abrazo, su cuerpo contra el mío. Ya era demasiado mayor para sentirme enamorado como un adolescente. Como María me hacía sentir desde aquella noche.

— *¿Y tú?* — preguntó ella.

— Nada. Quería cenar, pero no puedo abrir esa ventana. Ni siquiera quiero. No tenemos nada de qué hablar y encima aparece para hablar de los viejos tiempos — refunfuñé, oyendo una risa suave de María al otro lado de la línea por el tono malhumorado de mi voz.

— *¿Te sentiste tentado?* — preguntó suave. Podría hablar de otras cosas que me tentaban mucho más que mi ex prometida. Todas ellas involucraban a María.

— No, ni mucho menos. Tendremos unas semanas complicadas por delante.

— Lo sé... Después de que me hablaste de Iván, no sé qué pensar sobre la prometida y la petición de custodia. Gracias por estar a mi lado.

— Me importas — susurré suave, oyéndola toser al otro lado. — ¿Estás bien?

— Sintiéndome un poco mal, pero nada grave. Creo que es un resfriado. El aire acondicionado del metro es muy frío.

— Y tú vives corriendo de un lado a otro y además me acompañas a reuniones fuera, a visitas técnicas.

— Ya te he dicho que me gusta — protestó, tosiendo de nuevo. — *Necesito dormir y descansar. Ya he pedido cita con el médico mañana cerca del trabajo. Llevo a Bea a la guardería y luego vuelvo a buscarla a la hora del almuerzo.*

— Puedo hacerlo yo, si quieres. Aún tengo la sillita en el asiento trasero, por si necesitas que las lleve a casa.

— Te va a molestar, ¡Enrique!

— Me encanta estar con Bea, ya te lo he dicho un millón de veces.

— Vamos intercambiando mensajes, ¿vale?

— Ajá — murmuré, oyendo el silencio al otro lado de la línea. — Mari, ¿piensas en nosotros?

— ¿Cómo... cómo así?

— Sé que eres mi amiga, que prometimos que solo sería una vez y que no es el mejor momento. Pero ¿qué tal una cita?

— ¿Una cita? — repitió. — *¿Como tú y yo?*

— Sé que crees que soy un canalla y muchas otras cosas, pero me estoy exponiendo aquí. — Me reí. — Quizás no tanto, porque no tendría valor para decírtelo directamente, pero me gustaría intentarlo.

— Pienso en ello — me respondió. — *A veces pienso en todo lo que hicimos aquella noche y sé que sería complicado repetirlo.*

— Fue jodidamente bueno, ¿no?

— *Un día Bea va a repetir todas esas palabrotas y te vas a avergonzar* — me censuró.

— No lo hará, ella me protege. Somos un dúo y tanto.

— *¿Y si fuera algo casual?* — me preguntó en un hilo de voz. — *Dejar que pase, si pasa. Realmente no es el mejor momento.*

— Querida, va a pasar. ¿No te das cuenta de que ese tren ya partió? Sé que sientes lo mismo que yo, o no habría sido perfecto.

— *¿Podemos hablar de esto después?* — suplicó al otro lado de la llamada, tosiendo un poco más. — *No sé si soy capaz de pensar en algo con Iván intentando quitármela.*

— Lo sé...

— *¿Querías algo?*

— ¿Cómo así?

— *Intercambiamos mensajes, pero raramente me llamas* — me advirtió.

— Oír tu voz — confesé, aprovechando la distancia entre nosotros dos, la noche pareciendo perfecta para revelar secretos. — Me calma. Cuando mi mente está confusa, tu forma... me pone en su sitio.

— *Tú también* — dijo en un hilo de voz. — *Mientras hablaba con Iván, solo pensaba en cómo me animas a actuar. Más valiente, más confrontativa.*

— Parece que nos hemos cambiado el uno al otro, Mari — respondí, oyendo el silencio al otro lado de la línea. — Nos vemos mañana. Espero que te mejores.

— *Te veo mañana* — susurró, colgando justo después.

Mi corazón dio un salto cuando oí la línea interrumpida. La quería a mi lado desesperadamente, pero sabía que cada uno tenía su tiempo. María necesitaba mi apoyo y yo estaría a su lado cuando lo necesitara.

∞∞∞

A la mañana siguiente, pasé por la mesa vacía de María, sabía que había empeorado. Me envió un mensaje diciendo que había empezado a vomitar y a tener fiebre y que había ido a urgencias justo después de dejar a Bea en la guardería. Seguí intercambiando mensajes con ella, cada vez más preocupado por su salud, hasta que cerca de la hora del almuerzo fui a buscar a Beatriz.

Las educadoras de la guardería ya me conocían, y desde hacía unos meses María me había autorizado a recogerla después de quedarse atrapada en una reunión con un equipo en un barrio lejos de Ipanema. Cuando volví a la M&M Constructora con Bea en brazos, retorciéndose para correr con sus piernas pequeñas, recordé que tenía concertado un almuerzo con Maite.

Que se joda, Beatriz no me molestaba y podía hacer una reunión de negocios con un bebé en brazos tranquilamente.

En cuanto entré en el restaurante con Bea en un brazo y su mochila colgada de mi hombro — y gracias a Dios María no era una persona de comprar mochilas rosas y con adornos, porque de lo contrario sería todo un espectáculo: un hombre de un metro ochenta y cuatro sosteniendo una bolsita sobre el traje —, busqué a Maite.

Estaba sentada en una mesa al fondo del local, su cabello negro en un moño y un pintalabios llamativo en su boca, un aire sofisticado que había ganado en los últimos años. Cuando éramos prometidos, no tenía ese aspecto de éxito, de alguien salido de un anuncio de mujeres ejecutivas.

En cuanto me acerqué, miró a Bea aterrorizada al mismo tiempo que el camarero me preguntó si necesitaba una sillita para ella. Dije que no con la cabeza, sentándola en mi regazo y colocando su mochila en el respaldo de la silla. Era una escena poco común para un restaurante caro.

— Recibí tu mensaje con la dirección, se me había olvidado que había quedado contigo — me disculpé, meciendo a Bea al mismo tiempo que miraba la carta.

— ¿Por qué has traído a un bebé a nuestro almuerzo?

— No es importante. ¿Sobre qué quieres hablar? Bea no me molesta — respondí y levanté la mirada hacia ella, que actuaba como si no supiera qué decir con mi declaración.

— ¡Claro que molesta! Va a llorar, a gemir y a hacer todas esas cosas que los niños hacen para irritar.

— Está quietecita y te estás irritando tú, Maite. Parece que quien se está portando mal no es la niña en la mesa. Ahora, ¿qué necesitas sobre la constructora?

— No me creo tu elección. Pensé que después de lo que pasó lo habías superado, ¡pero has conseguido una novia con hijos solo para conseguir lo que querías! — continuó, ultrajada. — Es la hija de tu novia, ¿no? Es la única explicación para andar con ella por ahí. La tía Leila me habría dicho si tuvieras algún hijo.

— No sé de qué estás hablando, Maite.

— Siempre quisiste tener hijos y ahora te diviertes con la hija de otro hombre. Te está utilizando, ¿no lo ves?

— Maite... — respondí con una pausa, mirándola serio. — ¿En qué parte del plan estratégico de la constructora encaja esto? Mi vida personal no está en discusión.

— Enrique... — respondió, abriendo y cerrando la boca como un pez, confusa por mis palabras. No cedería ni un milímetro. No después de nuestra historia.

— He venido porque tenías algo que decir sobre la empresa. Si tienes algo que decir sobre la M&M, soy todo oídos; de lo contrario, déjame almorzar en paz en lugar de hablar al oído, ¿vale?

— Increíble... — susurró irritada. — ¡Mira en lo que te has convertido! No eras así.

— No estoy siendo maleducado, Maite. Te estoy informando de que nuestra conversación es y siempre será de negocios. Estás intentando traer a colación un pasado que ya no existe, mezclar mi vida personal en una conversación que debería ser enteramente de trabajo. No me interesa. No quiero pasar más tiempo del necesario a tu lado.

— Entonces te afecto — dijo con un aire victorioso.

— Claro que me afecta, joder. Casi nos casamos y casi tuve un hijo contigo, hasta que huiste a Inglaterra y apareciste aquí ocho años después creyendo que te recibiría con los brazos abiertos. Tengo una vida, una relación, cosas que son importantes para mí y que no existían en aquella época. Es una imbecilidad intentar volver atrás. Hiciste tus elecciones, ¿no puedes respetar las mías en lugar de forzar tu presencia?

— Antes no me hablabas así — dijo con voz baja, pareciendo impactada.

— He aprendido una o dos cosas de la vida, Maite. Ahora, por favor... Si puedes dejarme solo y enviarme todo lo que necesites por correo, tendré el mayor placer en ayudar a hacer un excelente trabajo para la constructora. Pero cualquier idea que tuvieras en la cabeza ya no existe. Las personas que éramos en aquella época ya no existen. Deja de insistir.

Maite se levantó, aún mirándome en shock por mis palabras, negando con la cabeza mientras parecía alisar todos los pliegues de su chaqueta, buscando las palabras adecuadas.

— Tienes razón. Voy a intentar que mi visita sea lo más indolora posible. Te dejo almorzar con tu compañía — completó en tono venenoso.

Solo asentí con la cabeza, observándola salir del restaurante en el mismo momento en que levantaba la mano hacia el camarero, llamándolo para pedir mi comida. Cuando, minutos después, llegó mi plato, compartí parte de un bistec con puré con Beatriz, que me sonreía.

— Eres una compañía mucho mejor para el almuerzo, Bea — susurré, dándole un beso en la cabeza.

— ¡Quique! — Intentaba llamar mi atención masticando un poco de puré.

Me reí. Quizás Beatriz fuera una de las mejores compañías de almuerzo que había tenido en los últimos meses sin ser su madre.

Cuando el camarero vino con la cuenta, sonrió a Beatriz y dijo que tenía una hija muy bonita y parecida a mí.

Los cabellos claros eran como los de María, más rubios que los míos, pero aún así de un tono muy cercano. Lo que quizás él veía era la complicidad. Amaba a esa niña, y Bea demostraba su cariño con abrazos y besos babosos.

Mi corazón se apretó al observarla en mi regazo. No tenía explicación para el sentimiento de afecto y protección que sentía por ella, como una hija de verdad. En muchos aspectos, era mucho más mía que del padre biológico, y me sentía satisfecho por eso, aunque no pudiera exteriorizar esa sensación.

∞∞∞

Después del almuerzo, María avisó que estaba saliendo del médico, así que la acerqué a ambas. Parecía pálida y con dolor de cabeza. Después de insistirle para que descansara un poco, pasé por la farmacia, compré los medicamentos indicados e insistí en que María me avisara si empeoraba, pero la conocía.

Para no molestarme, no avisaría de nada.

A la mañana siguiente, al ver la mesa de María vacía de nuevo, dejé todo lo que estaba haciendo y volví a su apartamento. Toqué el timbre y esperé mientras oía ruidos al otro lado de la puerta. Pasó un minuto entero y mi cabeza empezó a elaborar planes para entrar en la casa: *¿forzar la puerta, llamar a un cerrajero?* María podría estar desmayada dentro y Bea sola.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó al abrir la puerta, una camisa enorme sobre su cuerpo, el pelo en un moño descuidado y la cara hinchada. Resoplaba y tosía, su voz seca mientras me miraba con los ojos entrecerrados, como si la cabeza le doliera solo de hablar.

— ¿Deberías estar de pie?

— Has tocado el timbre — me acusó. — Pasa, estoy hecha un desastre, peor que ayer. ¿Qué hora es?

— Ya pasan de las nueve. No has aparecido en el trabajo y me he preocupado — revelé al mismo tiempo que cerraba la puerta tras de mí. Caminó hacia el pequeño sofá del salón y se sentó con cuidado, como si se sintiera demasiado débil para hacer otra cosa.

— Se me olvidó llamar. Estaba intentando preparar el desayuno para Bea, pero me duele tanto la cabeza... — María suspiró. — Necesito llamar a la farmacia y pedir más algunos medicamentos. El médico dijo que era un resfriado simple, pero me siento como una mierda.

— Ve a acostarte, María, yo me quedo con ella — anuncié, sentándome a su lado. — ¿Qué necesitas?

— No, no puedes. Tenías la reunión con el equipo de finanzas. Mierda. Lo he arruinado todo — gimió.

— ¡Para ya! — dije, apretando su rodilla con cariño. Me miró, sus ojos abiertos de par en par, como si no esperara el toque íntimo. — Ve a dormir, ya te lo he dicho. Necesitas tomar la medicina y dormir, no un segundo más. ¿Dónde está Bea?

— En la cuna, se despertó, pero estaba quietecita. No confío en mí para darle el pecho y no quiero acercarme demasiado. Si se pone enferma...

— Lo sé. Voy a pasar el día con ella, no te preocupes. Ahora vamos al dormitorio — anuncié y, sin avisar, me levanté y la cogí en brazos; María refunfuñó una queja mientras caminaba hacia la puerta al final del pasillo.

Cuando llegué a la habitación, la deposité en la cama con una sonrisa suave solo para observar cómo María se deshacía entre las sábanas, como si efectivamente necesitara ese descanso. Cuando cerró los ojos, me giré hacia la cuna para encontrarme con Bea y sus enormes ojos marrones mirándome con un pijama de dinosaurios. *Mierda... Tenía debilidad por esa bebé.*

No había vuelto a pensar en hijos hasta tener a ese bichito de persona en mis brazos, su olorcito y sus suaves rollitos. ¿Quién iba a decir que el CEO sin sentimientos sería derrotado por una sonrisa?

La cogí con cuidado, acunándola en mi regazo con un murmullo bajo. Bea me devolvió una sonrisa ligera, su cabeza buscando mi rostro mientras sus manitas jugaban con mi barba. Miré a María, que seguía con los ojos cerrados, y llevé a Beatriz al salón. Como el apartamento era pequeño, la cocina estaba pegada a la estancia, separada por una encimera americana.

— Somos tú y yo ahora que tu madre está enferma, ¿vale, querida? ¿Tienes hambre? — pregunté y recibí un "dadadada" como respuesta, que debía indicar algo. Bea estaba cada vez más habladora y con un lenguaje propio, diciendo cosas como "apa" o agua, "te" o chupete, además del clásico "mama".

La puse en el parque de la sala y luché con la cocina de María para calentar la comida; esperaba que mi ruido no molestara su dolor de cabeza. Media hora después, todo parecía mejor: la farmacia había entregado los medicamentos que faltaban, Bea comía en mi regazo y yo estaba por fin sentado en el pequeño sofá, analizando mi alrededor mientras esperaba a que la pequeña terminara de comer.

Capítulo 13

Maria

Abrí los ojos con calma, como si esperara sentir dolor como el día anterior. Mi cabeza seguía pesada, pero tenía hambre, lo que ya era una buena señal comparado con los últimos días. *Dios mío, Bea.*

Miré su cuna vacía y me desesperé. Enrique había pasado todo el día conmigo ayer cuidando de mi hija, pero ¿y después? Sentía tanto dolor de cabeza que no recordaba que se hubiera ido. No tenía que hacer lo que hizo, pero pasó el día a mi lado, haciéndome comida a mí y a Bea, ayudando con los cuidados de ella y siendo el ángel de la guarda que nunca esperé que fuera. El hombre incluso hizo una sopa para mí y se quedó observándome comer para "asegurarse de que no me saltaría otra comida".

En esos minutos en que jugaba al avioncito con Bea y amenazaba con hacer lo mismo conmigo si no comía bien, me di cuenta de que estaba rendida ante él.

Me había enamorado de Enrique, de su gran corazón encerrado en una cáscara seria. Su intensidad, su sonrisa pícara y la forma en que me trataba, como si fuera especial y la única persona en el mundo. Su voz aquella noche volvió a mí: *Mari, ¿piensas en nosotros?* Pensaba todo el tiempo. En cómo podría ser diferente si asumiera mis sentimientos, en lo confuso que era amar a mi mejor amigo cuando había tantas cosas sucediendo a nuestro alrededor.

Salí al salón y mis ojos se suavizaron con la imagen: Enrique tumbado en mi pequeño sofá de dos plazas, sus piernas casi todas fuera del mueble y su cuello en una posición incómoda, con Bea tumbada sobre su pecho, los ojos cerrados y satisfecha por el colchón de músculos en el que estaba recostada.

No juzgaba a mi hija, porque yo también me sentía tentada por ese pectoral al aire.

Se había quitado la camisa en algún momento de la noche y ahora dormía satisfecho, exhibiendo su abdomen definido en mi pequeño apartamento. Maldito hombre tan tentador. Me senté en la mesita frente al sofá y cogí a Bea con delicadeza; los ojos de Enrique se abrieron en el exacto momento en que el cuerpo de ella se separó del suyo.

— ¿Estás mejor? — preguntó con voz ronca.

— Sí. Ya no tengo un tambor en la cabeza. La nariz un poco taponada, pero ya no me siento tan cansada — murmuré, acurrucando a Bea en mi regazo mientras me levantaba. — Muchas gracias por esto. Habría tardado mucho más en mejorar si hubiera tenido que cuidarla sin descansar.

— Acaba de comer — explicó Enrique, sentándose en mi sofá con dificultad, como si tuviera los músculos doloridos.

— ¿Se durmió? — pregunté con una sonrisa.

— Tu sofá es una mierda, María. Pequeño e incómodo. Eché una cabezada durante la noche, pero me despertaba todo el tiempo. Cuando terminé, acabé quedándome dormido. Sé que no es lo ideal con ella en brazos, pero...

— Está bien — lo interrumpí tranquilizadora. — Estás haciendo lo mejor que puedes. Nunca has cuidado solo de una niña y has sobrevivido a las primeras veinticuatro horas.

— He puesto tu cocina patas arriba, Bea ha vomitado en mi camiseta y he tenido que llamar a mi madre. Pero está cambiada y alimentada — reveló Enrique, tímido. — Deberías tener a alguien, María. Da tanto trabajo...

— Tengo la guardería, amigos... Estamos bien.

— Menos cuando te pones enferma, ¿no? — dijo, poniendo la mano en mi rostro con una expresión suave y preocupada. — ¿Estás realmente bien?

Me sentí vulnerable y me levanté.

Caminé hasta el dormitorio, tomándome mi tiempo para poner a Bea en el solo mientras sentía la presencia de Enrique detrás de mí, como si aún quisiera una respuesta. Cuando ya no pude alargarlo más, encontré sus ojos preocupados sobre mí.

— Estoy bien, Enrique. Lo juro.

— Me asusté con tu desaparición — reveló, acercándose más. — Cuando no llegaste al trabajo ni llamaste para avisar, tuve miedo de que te hubiera pasado algo a ti o a Bea.

— Perdona por no haber avisado. Me sentía tan mal...

— Puedes llamarme por cualquier cosa, a cualquier hora. ¿Entiendes? Vendré corriendo, sea cual sea el motivo — pidió Enrique, cogiendo mis dedos y entrelazando nuestras manos en un movimiento tan íntimo que me asusté.

Lo amaba. Era una revelación tan nueva que daba miedo.

— Enrique, no creo que...

— María, deja de pensar al menos por un minuto, ¿vale? Déjame cuidar de ti. — Suspiró tan cerca que podía sentir su respiración. Levanté mis ojos, que fueron atraídos como imanes hacia su boca a pocos centímetros de la mía. Mi respiración se aceleró, mi mirada se perdió en los contornos de Enrique y quedé hipnotizada en esos pocos segundos. Debería alejarme, pero era más fuerte que yo, su mano aún en la mía, su piel caliente tan cerca de mí.

— Enrique, nosotros no... — Amortiguó las palabras en el momento en que su boca cayó sobre la mía, pegando sus labios a los míos de forma gentil, como si quisiera mi autorización para ir más allá.

Cuando me deshice en sus brazos, atrayéndolo más hacia mí, Enrique profundizó el beso. Respondí con el mismo vigor, abriendo mi boca para él en un duelo de lenguas y sabores, devorándonos el uno al otro como si solo existiéramos nosotros dos en ese momento.

Entonces, de repente, me aparté, girando mi rostro hacia un lado y dando un estornudo fuerte, tapándome la cara por la vergüenza de lo que acababa de pasar allí.

Tuve la audacia de preguntar por algo casual cuando sentía mucho más por este hombre que solo una atracción pasajera. Con su apoyo, su amistad, mis celos de Maite y de otras mujeres. Era un lío enamorado de Enrique Martínez.

— María, ¿estás bien? — preguntó sin aliento.

— ¿Podrías irte? — pedí con la voz ronca por el resfriado, sintiendo que otro estornudo me picaba en la nariz.

— Pero... — Enrique me miró confundido, su pecho subiendo y bajando sin entender cómo había pasado de querer besarlo a echarlo.

— Creo que estás confundiendo las cosas, Enrique. Gracias por ayudarme, pero tienes otras cosas, ¿recuerdas? No deberíamos estar besándonos así. Una vez fue suficiente. Eres mi amigo. No puedo perderte por una tontería.

— No vas a perderme y este beso no fue una tontería — dijo serio.

— Enrique, necesito descansar. Por favor — pedí de nuevo y asintió con la cabeza, dando unos pasos atrás mientras yo evitaba mirarlo, jugando nerviosa con mi relicario.

— Voy a casa a ducharme y a resolver algunas cosas en la oficina. Paso por aquí por la tarde.

— No hace falta...

— Claro que hace falta — me cortó. — No estás bien, aún necesitas recuperarte. ¿Me llamas si pasa algo?

— Estoy bien, ¡lo juro!

— No es eso lo que te pido — completó Enrique.

— Muy bien. Prometo llamar si pasa algo. Ahora, ¿puedes irte?

— Esto no ha terminado, María — respondió serio, con una de sus miradas depredadoras observándome de arriba abajo al mismo tiempo que salía de mi apartamento con paso firme.

Necesitaba pensar, estar sola y, al mismo tiempo, ya echaba de menos que estuviera aquí conmigo.

Capítulo 14

Enrique

María tardó dos días más en recuperarse y la obligué a quedarse en casa hasta que se sintiera mejor. Me decía que la profesional de RR.HH. no la soportaba y que le causaría problemas, pero yo era el CEO, y para algo debía servir. Volvió al trabajo justo a tiempo para el encuentro con la abogada Lorena Fuentes.

A las dos de la tarde de un jueves, la abogada se sentó en mi despacho y escuchó a María narrar su historia con Iván.

La mujer era negra, de unos cuarenta años y con el pelo recogido en un moño profesional; tenía una expresión irritada ante cada nuevo dato sobre el exnovio de mi secretaria. Aunque sabía parte de la historia, no conocía todos los detalles, y me partía el corazón saber que María había pasado por situaciones difíciles solo porque el idiota se negó a registrar a Beatriz.

Después de que ella le avisara sobre el nacimiento de Beatriz, Iván desapareció.

No atendía las llamadas y María sospechaba que había bloqueado su número y también en las redes sociales. María firmó un documento de responsabilidad, y en el certificado de nacimiento de Beatriz pasó a constar solo el nombre de ella.

— Mientras él no interponga una demanda, no puede exigir nada. No es un padre presente, tienes mensajes que demuestran tu buena fe y aun así desapareció durante dos años. Difícilmente un juez fallaría a favor en un caso así — afirmó la abogada. — Mi consejo es que empieces los trámites. Beatriz tiene derechos, y si él realmente quiere una relación con su hija, deberá acordarse según la ley.

Hacemos esto por el bien de la niña. Ella es el foco principal en estos procesos, independientemente de la predisposición de los padres.

— ¿Y cómo debo hacerlo? Fue tan agotador cuando nació.

— Vea lo que él quiere resolver con usted. En estos casos siempre es mejor tener una relación amistosa entre las partes. Y presenten el proceso de reconocimiento. Las personas evolucionan, y Beatriz merece tener un padre presente, si es lo que él busca.

— ¿Y si no lo es? — preguntó en un hilo de voz.

Apreté su hombro, intentando darle consuelo.

— Tenemos dispositivos para protegerlas. Has criado a tu hija sola hasta ahora. Hay responsabilidades, cuentas... Él también debe responder por eso.

Después de la reunión, María me miró con ojos expectantes al mismo tiempo que enviaba un mensaje a Iván pidiendo encontrarse de nuevo en el mismo lugar, en el Starbucks cerca del trabajo.

Nos sentaríamos unos minutos, alinearíamos las cosas y el resto lo tratarían los abogados.

Sentía celos del padre de Beatriz, porque tenía un vínculo irrompible con ella, aunque la niña me quisiera mucho más a mí que a él.

El hombre era un idiota si no quiso conocerla en todos estos años.

— ¿Y entonces? — pregunté.

— Va a verme a la hora del almuerzo — respondió. — Necesito prepararme. Esta situación me pone nerviosa. Quiere que lleve a Beatriz.

— ¿Y cómo te sientes con eso?

— Es pequeña, no va a recordar. Pasaré por la guardería y la recogeré. Serán unos minutos, y espero que la trate bien.

— Voy a acompañarte. Estaré allí para darte fuerzas.

— ¿Vas a venir? — preguntó sorprendida.

— ¡Claro que voy contigo! ¡Ese tipo te afectó mucho la última vez que os visteis! Y además, soy tu novio, ¿recuerdas? — Me reí y María

me miró con una ligera sonrisa, sus labios aún temblorosos de tensión.

Estiré mis brazos, atrayéndola hacia mí, dándole un abrazo reconfortante, sintiéndola acurrucarse en mi hombro. Era una mierda estar enamorado y no ser correspondido.

— Sé que es su padre, pero no era una buena persona cuando salíamos. Siempre hablando mal de mí, de mi peso, de mi forma de vestir. No quiero eso para Bea.

— Le rompo la cara al desgraciado si hace algo así — susurré en su oído, una mezcla de broma e irritación, haciendo que María soltara una risa seca.

— Las cosas no se resuelven así. Esto de involucrar justicia, derechos, pensión... Todo estaba bien antes, cuando solo éramos ella y yo.

— Beatriz tiene derecho a saber quién es su padre, querida. Pero si se desvía un milímetro de lo que debe ser, conozco gente.

— Enrique... — se atragantó en una risa cínica, apartándose para mirarme a los ojos.

— ¿Sabes cuántos metros cúbicos de tierra movemos en las obras? Es ideal para esconder un cuerpo.

— Por el amor de Dios, Enrique. Si la gente oye — susurró aún apretada contra mí, mirando la puerta cerrada de mi despacho. A pesar de los comentarios, nadie oía lo que pasaba allí dentro.

— ¡Si la gente oye lo que te hizo, hasta es capaz de ayudar! — respondí irritado, apartándome de ella. — Necesitamos preparar un material para una reunión externa de Pedro. Sé que tu cabeza está en otro sitio, pero debemos empezar.

— Claro. — Suspiró, dando un paso atrás. Sentí la pérdida de su calor en mí. Dios mío, me estaba volviendo un romántico. — Voy a buscar las cosas para empezar.

∞∞∞

Una de la tarde y nada del idiota. Mi estómago rugía mientras jugaba con el vaso de café en mis manos, sentado en una mesa lateral. María y yo llevábamos más de media hora esperando a que Iván Lobo llegara. Hasta el encuentro, mi asistente había cambiado todas las carpetas de sitio y catalogado nuestro material de oficina por colores.

María nerviosa era casi como si una Marie Kondo pasara por la oficina.

Salimos a la hora acordada y recogimos a Bea.

La niña estaba inquieta, quejándose de tener que estar sentada todos esos minutos, y no le faltaba razón. Beatriz llevaba un vestidito de verano amarillo, su cabello rubio alborotado hacia arriba. Después de quince minutos, María fue al mostrador y pidió algunos panes de queso y galletas, afirmando que el padre biológico de Bea no era una persona confiable con los horarios.

Solo conseguía que me irritara cada vez más y ni siquiera conocía su cara.

— Por fin — susurró, señalando a un hombre de pelo negro que entraba en la cafetería. Me enderecé en la silla, intentando poner mi mirada más seria y amenazadora mientras se acercaba a la mesa.

— ¿Quién es él? — preguntó Iván irritado sin siquiera saludar al acercarse a la mesa.

— Él es Enrique, mi novio — anunció María, y el hombre me miró durante unos segundos, como esperando que yo levantara la mano para saludarlo.

— ¿Hay algún motivo especial para que esté aquí? — preguntó de nuevo, sentándose frente a nosotros. Mantuve mi mirada fija en él, sabiendo el peso que eso causaba. El hombre tragó saliva, intentando fingir que mi escrutinio no le molestaba.

— Me acompaña. Sé que no preguntaste, pero esta que está en mi regazo es Beatriz — anunció María, mirando ligeramente a Beatriz y su expresión enfadada por el calor y por estar allí tanto tiempo.

Iván bajó la mirada, como analizándola durante cinco segundos antes de asentir con la cabeza.

— Seré breve...

— Por favor. Llevamos aquí un buen rato y necesito volver al trabajo.

— Muy bien, la cuestión es la siguiente. Quiero pasar una tarde con Beatriz. Mi prometida quiere conocerla y creo que es mejor que sean encuentros rápidos. Ella es famosa y no puede estar mostrándose así.

— ¿Cómo? — preguntó María confusa. Yo sabía lo que pasaba por su cabeza. Iván no aparecía en dos años y de repente quería llevarse a Bea una tarde entera.

— Me has entendido... — dijo condescendiente y me irrité, inclinando mi cuerpo hacia él; vi al hombre empezar a transpirar. *Bien.* Retrocedió unos centímetros, pegando la espalda a la silla antes de continuar: — Tenemos todo este asunto de que no me dejaste registrarla, María. Es mi derecho.

— ¿Yo hice *qué*? Estás loco, Iván. Te avisé del nacimiento y te dije dónde estaríamos. Nunca apareciste. ¿Sabes el lío que fue registrarla? Me llamaron para justificar por qué el padre de mi hija no constaba en el certificado y expliqué que no me respondías y que ya no sabía dónde vivías. ¿Entiendes eso?

— Es tu palabra contra la mía, y la alienación parental está de moda.

¿¡*Qué!? ¿Ese idiota no estaba diciendo eso, verdad?*

— Espera. ¿Vas a intentar culparme de alienación parental cuando tú me ignoraste? Eso es una falta de respeto — respondió María y yo cogí su mano, intentando calmarla al mismo tiempo que sentía mi respiración acelerarse.

Ese hombre era un idiota.

— Vamos, María. — Me levanté sin decir palabra.

Si seguía allí, le daría un puñetazo en la cara. *¿Cómo había salido con un imbécil así durante dos años enteros?*

— Calma, los dos. María, sujeta a tu pitbull, porque tenemos una conversación seria aquí. ¿Imaginas las consecuencias de un proceso así? — dijo venenoso.

— Voy a hablar con mi abogada y vuelvo a hablar contigo. Esta conversación ha ido demasiado lejos, Iván. Deberíamos hablar de custodia, no de que pase una tarde con tu prometida. No hace falta eso y sabes que intenté hablar contigo — dijo María. — Pensé que querías conocerla, pero ni siquiera has hablado con ella.

— Es un bebé, María. No seas idiota.

— Vale, ya está. O nos vamos ahora o vamos a tener problemas — susurré para María.

Asintió con la cabeza, hablando en voz alta suficiente para que Iván oyera. El hombre abrió los ojos como platos y tuvo la sabiduría de no decir nada más.

Nos levantamos, dejando al hombre allí sentado con una sonrisa satisfecha.

Iván Lobo era un problema, un hombre que se creía listo cuando era un idiota. Creía que encontraría a una María vulnerable, pero no podía esperar encontrarme a mí como adversario. Revisaría la vida de ese desgraciado en busca de cualquier información que lo alejara a muchos kilómetros de María y Beatriz.

Capítulo 15

Maria

— Como le informé antes, él no tiene derecho a nada — dijo la abogada Lorena a través de la llamada, Enrique y yo en altavoz después del encuentro con Iván. — Mientras no interponga una demanda de reconocimiento de paternidad, no puede exigir nada. Es lo mismo que dejar que el dependiente de la panadería pase una tarde con tu hija. No registró a Beatriz, María.

— Pero ¿sobre la cuestión de alienación parental? Él tiene dinero y puede acusarme.

— Dijiste que cuando te quedaste embarazada lo llamaste para hablar, tienes mensajes de WhatsApp y algunas respuestas de él — interrumpió la abogada. — Veremos cada cosa a su tiempo. Con la paternidad reconocida, todo puede resolverse en el mismo proceso: el reconocimiento, la solicitud de convivencia y la pensión. Los jueces prefieren resolverlo todo de una vez.

— Dijo que quiere la custodia total, no la pensión.

— Lo veo poco probable, María. Tú eres la madre, él no quiso reconocer a su hija y tú le avisaste del embarazo y de cuándo nació Beatriz. No dejes que te asuste.

— Muy bien, ¡gracias!

— No te acobardes, María. Va a salir todo bien — respondió y se despidió, Enrique aún mirándome severo, de pie en su despacho.

Almorzamos juntos a pesar de mi nerviosismo, llevamos a Beatriz a la guardería y volvimos a la oficina.

Durante el camino, decidí que dejaría a Iván pasar un día con mi hija.

Me dolía el corazón, pero el miedo a entrar en un embrollo judicial me asustaba más. Beatriz tenía derecho a convivir con él y mi ex necesitaba descubrir el pequeño bote de alegría que era mi bebé.

Por motivos obvios, a Enrique le disgustó mi idea y me pidió que no le respondiera hasta hablar con la abogada Lorena. Hacía lo posible por no mostrar lo irritado que estaba, solo dándome apoyo. Pero lo conocía bien... Era incapaz de quedarse quieto y parecía refunfuñar con cada nueva frase que salía de mi boca.

— ¿Crees que estoy siendo tonta al aceptar esto? — pregunté a Enrique, que me dedicó una sonrisa ligera, como si supiera que necesitaba apoyo.

Su lado amoroso siempre hacía vibrar mi corazón enamorado.

— Creo que quieres darle al padre de tu hija el derecho a tener una relación con ella. A pesar de todo, Iván es el padre biológico de Bea y tienen derecho a una relación familiar. Tengo mucha menos paciencia que tú, querida. Todo lo que quería hoy era darle un puñetazo en la cara.

— Voy a dejar de traer mis problemas a la empresa, te lo prometo. No hemos hecho nada en todo el día.

— Tonterías, y lo sabes. Esto es importante. Tenemos que estar en el centro a las cuatro para una reunión, pero la agenda está bastante tranquila. Yo solo... — Enrique se detuvo, interrumpiéndose, y se pasó la mano por la cabeza cuando alguien llamó a la puerta, abriéndola ligeramente.

— ¿Tienes un minuto? Es importante. — Maite apareció, siempre elegante, mientras llevaba algunas carpetas.

— Claro, puedes pasar — respondió Enrique mientras yo me levantaba, mirando a los dos. Parecían hablar solo de negocios, pero aun así sentía celos de su presencia. *No tenía ningún derecho.*

— ¿Estás bien? Estás frunciendo el ceño — le pregunté antes de salir, mientras Maite observaba nuestra conversación al mismo tiempo que se sentaba en la mesa.

— Un dolor de cabeza. Nada grave.

— Si quieres, tengo un medicamento — dijo ella sacando un blíster de Nolotil de su bolso y mostrándoselo a Enrique.

— Ese no, Enrique es alérgico al metamizol — intervine, haciendo que Maite bajara la mano y me mirara sin gracia.

— ¿Lo eres?

— Siempre lo he sido. — Él se encogió de hombros, dedicándome una sonrisa ligera.

— No lo sabía.

— Quizás solo lo olvidaste — minimizó al sentarse y mirar los materiales en la mano de Maite.

— Creo que tengo algún ibuprofeno en mi mesa. Voy a buscarlo. Si necesitas algo más, solo pídemelo — informé, dejándolos solos.

Después de entregar el medicamento, envié un mensaje a Iván, que respondió con la dirección de una mansión.

Por curiosidad, busqué en Google Street view solo para quedarme impactada con la nueva dirección de mi exnovio.

Después de media hora viendo imágenes de las mansiones del condominio, más preocupada me sentía. En el fondo, sabía que Enrique y su familia tenían más dinero que ellos, pero las mansiones de dos pisos, muchos metros cuadrados y piscinas kilométricas llamaban la atención.

Después de algunos mensajes con Iván, quedamos en que el sábado Beatriz pasaría tres horas con él antes de que yo fuera a buscarla. Después de eso, solo volvería a verla con el proceso iniciado. Las intervenciones, amenazas y encuentros ya habían llegado a mi límite. Era mejor resolver las cosas como Dios manda, como la abogada había sugerido.

Continué mis días como si un cronómetro estuviera sobre mi cabeza.

Enrique intentaba hacer de todo para mantenerme relajada: desde almuerzos especiales hasta invitarme a hacer ejercicio con él, pero mi corazón se apretaba al pensar en Beatriz lejos de mí aunque solo fueran unas horas.

No podría hacer nada de esto sin Enrique, que estaba a mi lado dándome apoyo, mis sentimientos por él cada día más cerca de salirse de mi pecho.

Aproveché ese tiempo para saber quién era Renata Santana, observando la opulencia en la que ella y Iván vivían husmeando sus redes sociales.

Mi exnovio aparecía en fotos y vídeos, mostrando ropa y objetos caros desde diferentes ángulos. Temía que esas acciones pudieran influir en Bea. Esperaba que aquello fuera una fachada y que Iván no expusiera a Bea a los seguidores, como le pedí cuando acordamos este encuentro.

Pocas horas, contacto directo y ninguna imagen divulgada sin mi autorización. Google no era amable con la chica, y acumulaba "cancelaciones" desde frases fuera de lugar hasta la forma en que cuidaba a sus perros.

El día acordado, arreglé a Beatriz con un vestido rosa y una cinta en la cabeza.

En el fondo de mi mente, sabía que quería a mi hija impecable con la esperanza de tener alguna relación con su padre — al contrario que yo, que no sabía cómo estaba mi padre desde hacía más de dos años.

Quizás alguna psicóloga podría explicar la necesidad de validación, pero Iván tenía una posibilidad.

Faltaban pocos minutos para salir cuando sonó el timbre, lo que significaba que era Enrique o mi portero. Mi jefe iba y venía de mi edificio como quería sin ser anunciado. La farsa de nuestro noviazgo involucraba a tanta gente que ya ni siquiera sabía quién lo sabía de verdad o quién especulaba, como la gente de la constructora.

— ¿Qué haces aquí? — pregunté, observando a Enrique con vaqueros y una camiseta blanca, tan desenfadado que hacía que mis piernas temblaran.

— Sé que no quedamos en nada, pero no dejaría que fueras allí sola — dijo. — ¿Ya está todo listo?

— Sí. Iba a pedir un Uber y esperar allí.

— ¿Durante tres horas? — preguntó en shock. — Menos mal que me tienes a mí.

— ¿Piensas llevarme al cine? — bromeé. — Es el tiempo de una película.

— Tú y yo sabemos que no vamos a salir de delante de ese condominio hasta que termine esta tortura. He comprado algunas cosas para que el tiempo pase más rápido. Algunos dulces, unas galletas...

— La forma correcta de conquistar el corazón de una mujer.

— Si sigues así, voy a tener que besarte — dijo Enrique tan bajo que un escalofrío recorrió mi columna, inclinándose hacia mí y haciendo que mis mejillas se sonrojaran. *Ah, si fuera verdad...*

— ¡Enrique! — protesté.

— Ya has entendido que te deseo, María. Deja de jugar con mis sentimientos — dijo serio, cambiando de tono rápidamente cuando lo dejé pasar y vio a Bea de pie, con su vestido de vuelo. — ¡Ahora, la señorita está preciosa!

— ¡Quique! — gritó, lanzándose a sus brazos con confianza. Era gracioso verlos juntos, cómo se entendían. Enrique algún día sería un gran padre.

— Va a ser tarde si no salimos... — anuncié, y Enrique me miró un poco irritado. — No debería haber aceptado. Mi corazón se aprieta al dejarla con extraños. No los conoce.

— Nosotros estaremos allí — prometió, extendiendo la mano y entrelazando nuestros dedos.

Sentía su fuerza al mismo tiempo que sonreía ligeramente.

Ya estaba enamorada y Enrique era un perfecto caballero.

Esta relación de mentira se volvía cada vez más real en mis sentimientos.

∞∞∞

Entramos en el condominio después de que un guardia de seguridad revisara nuestros documentos y nuestra autorización. Mientras tanto, observaba las grandes mansiones a nuestro alrededor.

¿Quién necesitaba una casa de mil metros cuadrados? Debe ser un infierno de limpiar. Iván nos esperaba frente al portón de una de ellas, una entrada blanca y alta, con una arquitectura un poco futurista y muy de "revista de decoración".

— Aquí está su bolsa. Dejé una lista por si necesitas usar algo — expliqué por décima vez. Llevaba más de cinco minutos intentando que Beatriz se relajara mientras Iván mantenía una expresión irritada.

Ella no quería ir con él de ninguna manera, y más de una vez Enrique amenazó con salir del coche cuando mi exnovio intentó sacarla de mi regazo.

— Entendido, entendido... — susurró Iván al tirar de Bea, que se aferró a mi ropa. Esto era tan difícil.

— No tires... Solo está nerviosa — pedí.

— No hace falta alargarlo mucho. Es una niña, no tiene voluntad — dijo, separando los dedos de ella de mi blusa. Quería llorar, pero necesitaba ser fuerte para que Bea entendiera que todo estaba bien.

— Llámame por cualquier cosa, por favor — supliqué, poniendo el chupete en la boca de Bea, intentando calmarla. — Vuelvo en tres horas, pero si en cualquier momento necesitas algo, vengo corriendo. Cualquier cosa... Por favor.

— Muy bien — respondió, se echó la bolsa al hombro de cualquier manera antes de girarse y cerrar el portón.

En cuanto la entrada se cerró, oí su llanto fuerte, y fue como si me hubiera atravesado una barra de hierro.

Empecé a temblar, clavada en el mismo sitio, oyendo cómo el sonido se amortiguaba mientras se alejaban del portón. *Todo va a estar bien, son solo unas horas, todo va a estar bien.* Intenté consolarme mentalmente.

— ¿Cómo estás? — preguntó Enrique, saliendo del coche y caminando hacia mí. Me miró profundamente durante unos segundos antes de atraerme hacia un abrazo. Me dejé ir, queriendo ser consolada. Necesitaba resolver las cosas como mandaba la ley, eso aliviaría el dolor en mi pecho. Quizás nunca fuera más fácil, pero el miedo podría disminuir con el apoyo de la justicia.

— ¿Y si pasa algo? ¿Y si no la cuida bien? — susurré mientras Enrique me daba un beso en la frente. Apretaba el relicario entre mis dedos, pensando en sus palabras. *Una manera de dejar algo de ella siempre contigo.*

— No nos vamos a mover de aquí, mi amor — dijo. — Si quedarte parada delante del condominio calma tu corazón, es lo mejor que podemos hacer.

— Es tan pequeña... Y no los conoce.

— Eres una madre excelente, María. Estás haciendo esto porque quieres intentar que Bea tenga contacto con su padre biológico. Mañana mismo podemos hablar con la abogada e iniciar el proceso en nuestros términos, si eso te calma.

— Es lo mejor. Casi me echó de allí, todo apurado, y la abogada Lorena nos dijo que no tenía derecho a nada mientras no iniciara el proceso.

— Te da miedo, María, lo entiendo. Voy a hacer lo posible por protegerte a ti y a Bea. Ese idiota no va a conseguir la custodia. Gastaría todo mi dinero para evitarlo.

— No digas eso — respondí, acurrucándome en sus brazos y apretándome más a él mientras intentaba entender el agujero en mi pecho por la distancia de Bea.

— Vamos... Salgamos del condominio antes de que aparezca algún guardia. Vamos a escuchar algo de música y en un momento estará aquí — dijo llevándome al coche. Sentía que Enrique temblaba, pero parecía hacerse el fuerte para no verme derrumbarme. Sería una tarde larga antes de volver a casa.

Enrique nos sacó y maniobró, aparcando en el exterior.

Conectó el Spotify al mismo tiempo que conversaba conmigo sobre nada, los minutos pasando lentamente. Enrique quería distraerme, se notaba, y mi corazón se apretaba porque se preocupara tanto por mí como para querer estar allí en ese momento.

— Me han invitado a una fiesta de un inversor — dijo. — Black-tie y etcétera. ¿Te he llevado ya a alguna de esas?

— Claro que no. Si lo hubieras hecho, lo recordaría.

— ¿Quieres venir conmigo?

— No tengo ni ropa para eso — bromeé.

— No te preocupes por eso. Mi hermana tiene varias, y siempre puedes comprar algo.

— A Laura le encantaría. Todavía hablamos por WhatsApp, ¿sabes?

— Me lo dijo. Se hizo muy amiga de la "cuñadita" — bromeó Enrique.

— Esa ropa es cara, Enrique. Mejor será que pida prestado.

— Puedes comprar por mi cuenta, solo para verte guapa — dijo con una sonrisa. — Más guapa...

— Ay, Enrique, ¡por el amor de Dios! — Me reí. — Voy a ver si consigo prestado de alguien. Dicen que la comida de esas fiestas es estupenda, con todo lo mejor.

— Lo es. Unos langostinos del tamaño de mi cabeza — dijo.

— Lástima que seas alérgico — dije encogiéndome de hombros.

— ¿Te has fijado en lo mucho que sabemos el uno del otro?

— Somos amigos, ¿no? — desvié. — Es normal después de tantas horas juntos. Voy a ver lo del vestido porque es algo de trabajo, ¿no?

— Ay, Mari — dijo, mirándome confundido. — Te quiero allí como mujer, como mi cita. Creo que necesito dejar de ser tan sutil.

— Pero ¿y Maite? Pensé que nuestra farsa podía ayudarte con ella.

— ¿Por qué te has empeñado con esa idea de que quiero volver con Maite? Hasta donde yo sé, tú has sido la única razón por la que mi amiguito de aquí se ha levantado en los últimos meses — anunció, señalando su entrepierna.

— Te convertiste en el canalla mujeriego después de tu relación con ella. Y no me vengas con eso, porque sales con otras mujeres, ¡lo sé!

— ¿Cuándo, Mari? ¿Cuándo he tenido tiempo? Solo pienso en ti, mujer. Me dijiste que no hablara de esto por ahora y te estoy respetando, ¡pero qué difícil! — refunfuñó y me quedé impactada por la revelación.

— Pero tienes asuntos pendientes con Maite, si no, no te afectaría tanto.

— ¡Ahhh! — Suspiró, irritado. — No diría pendientes. Digamos... Dolorosos. Ella estaba embarazada cuando terminamos, bueno, que ya no lo estaba, es confuso.

— ¿Cómo así?

— Estábamos bien y los preparativos de la boda iban viento en popa cuando a Maite se le retrasó la regla. Todavía no vivíamos juntos, pero pasaba mucho tiempo en mi apartamento. Yo estaba encantado. Fue entonces cuando me di cuenta de que quería mucho ser padre. Ella, en cambio... Bueno, Maite empezó a evitarme.

— ¿Y qué pasó después?

— Confirmamos el embarazo y ella estaba triste todo el tiempo, diciendo que no era lo que quería, que no se veía como madre. Fue entonces cuando me di cuenta de que nunca habíamos hablado de ello... Nunca discutimos si tendríamos hijos, cuántos serían, cómo los educaríamos. Te lo dije, éramos jóvenes y las cosas más triviales no pasaban por nuestra cabeza.

— ¿El bebé nació? — pregunté con miedo a la respuesta.

¿Y si Enrique y ella tenían un hijo por ahí? Él no sería capaz de no hablar nunca del niño, ¿verdad? Quería tanto a Beatriz.

— No. No se lo contamos a nadie, porque todo era muy nuevo. Maite aún no estaba acostumbrada a la idea. Tuvo un cólico muy fuerte, y después de unas horas en el hospital, descubrimos que había perdido el bebé. Fue muy... muy impactante para mí.

— Lo siento mucho, Enrique.

— Algunas personas no lo dicen. Era casi como si no tuviera derecho a sentir la muerte de mi hijo — lamentó.

— Si lo quisiste así, tenías todo el derecho, sin importar el tiempo que fuera.

— Ella parecía tan aliviada... Y nos distanciamos. Fue cosa de semanas. Y entonces vino con la historia del viaje a Inglaterra y terminamos.

— ¿Por eso te has apegado tanto a mi hija?

— En parte sí... Es tan increíble, María. Es como si el destino me hubiera quitado esas pequeñas cosas, no era para ser en ese momento. Y siento una conexión especial con Bea — respondió Enrique serio, entrelazando nuestra mano una en otra. — Te estoy invitando porque quiero estar contigo.

— Pero... — dije, mirándolo por sus palabras. Mi mirada traidora cayó sobre su boca, una vez más sintiendo la ola de tensión en mi cuerpo. Cómo me atraía.

Bzzzz... Mi teléfono apartó mis ojos de Enrique, y ambos miramos preocupados el nombre "Iván" en la pantalla. Había pasado poco más de media hora. *¿Qué podía haber pasado?*

— María, ¿sigues por aquí? — preguntó Iván sin siquiera saludar. Beatriz lloraba sin parar al otro lado de la línea, haciendo que mi corazón se apretara. — ¿Puedes venir?

— Estoy, ¡claro que estoy! — respondí agitada. — Iván, ¿qué ha pasado?

— Tu hija lo ha vomitado todo, no para de llorar, ahora Renata se ha encerrado en el dormitorio y ¡me ha dejado a mí con el bebé! Cuando ella dijo que quería...

— Iván, ¿qué ha pasado? — pregunté seria.

— Renata le hizo unas fotos, la dejó jugando en el suelo y de repente empezó a llorar y no paró. Llevamos unos quince minutos de esta tortura y, para colmo, Renata se ha enfadado y...

— ¿Tu prometida le ha hecho algo a mi hija? ¡Dije sin fotos! — pregunté irritada, Enrique se tensó a mi lado y preguntó en voz baja qué estaba pasando. Si había resistido darle un puñetazo a Iván hasta entonces, hoy sería el día.

— ¡No! Se ha encerrado y me ha dejado aquí. No quiero esto... ¡Mierda! Intenta venir lo antes posible. Estoy intentando limpiarla, limpiarme. Huelo a vómito, María. ¿Sabes lo difícil que va a ser quitar estas manchas? ¡Estas camisas cuestan!

— Iván... Estoy llegando allí en cualquier momento, estaba cerca. Estate atento al portero que voy a recogerla. — Colgué y miré a Enrique, que estaba rojo. Si hablaba con Iván, la cosa se pondría aún peor.

— ¿Qué ha pasado?

— Bea ha vomitado y ha pedido que la recogiera. Enrique, yo no...

— ¡Voy a matar a ese desgraciado si le ha hecho algo a Bia! — escupió.

— Tú te quedas aquí, voy yo. Las cosas se pondrían aún peores si fueras allí a darle una paliza a mi ex.

— ¡Serían satisfactorias, eso sí! — respondió, girando el coche y apuntando al portón del condominio.

Diez minutos después, Bea estaba conmigo de nuevo, su vestido rosa con manchas, su carita roja y su bolsa desordenada, como si Iván hubiera rebuscado en ella y hubiera desistido en el proceso.

Todo esto fue de mal en peor.

Toda la situación fue ridícula: Iván entregándome a Bea con cara de nervioso y la prometida detrás de él quejándose de que Beatriz había vomitado sobre un vestido de Prada. Por primera vez en años, quise golpear a alguien, a esa mujer rubia que gritaba que mi hija era un "pequeño monstruo".

Enrique salió del coche después de observar la discusión desde lejos durante unos minutos. Cuando Iván vio su mirada irritada, cerró el portón, dejándonos fuera, quizás con miedo a la reacción de mi novio de mentira.

Enrique cogió a Beatriz de mi regazo, intentando calmarla como solía hacer, al mismo tiempo que buscaba ropa limpia para Bea. Cuando su llanto finalmente paró, entré en el coche y me fui al asiento trasero, intentando acomodarla en la sillita antes de irnos. Él volvió al asiento del conductor, mirándome por el retrovisor, cabreado con la situación. Quería estar tan lejos como él en ese momento.

— Es un mierda — dijo Enrique al mirarme a través del espejo, casi como un desahogo.

— La guardería va a alucinar cuando ella empiece a repetir esas palabras. Mi hija va a ser elegida la más bocazas de la clase. — Le advertí con una mirada.

— Con mi humor, soy incapaz de llamar a ese idiota "cabeza de melón" o algo así. ¿Cómo pudiste acostarte con un tipo así, María? — preguntó con una risa.

— ¿Carencia? ¿Soledad? ¿Esa fase rara que toda mujer pasa?

— Me alegro mucho de haber sido yo el ultimo.

— ¡Enrique! — respondí, poniéndome roja con su insinuación sobre la noche de Año Nuevo.

— ¡Es verdad! Un idiota que se pone nervioso por un vómito de niño. Yo soy mucho mejor en muchos aspectos — dijo, cogiendo mi bolso y alargándome más toallitas húmedas que yo pasaba por el cuello de Bea.

— Esto no es una competición de pollas, Enrique Martínez — respondí, intentando contener la risa.

— Papa papa — Bea eligió ese momento para manifestarse, sonriendo en mi dirección.

— *Polla* es una palabra mucho mejor para que ella diga en el colegio, más fácil — bromeó, sonriendo de vuelta a mi hija.

— ¡Mira lo que has hecho! — refunfuñé y le di un golpe ligero y camarada, entonces sonrió, una de esas risas que derriten bragas. Suspiré, nuestros ojos encerrados el uno en el otro. Carraspeé, sin poder mantener nuestro intercambio de miradas. — Podemos irnos. Tenemos a una señorita limpia de nuevo. Cuando llegue a casa, le doy un baño y esto será solo un recuerdo.

— ¡Como ese idiota! — dijo, esperando a que me abrochara el cinturón a Bea para poder arrancar.

— ¿Te quedas a cenar? — pregunté con esperanza.

— Voy a pedir una pizza, vamos a ver una película y olvidaremos esta mierda de día — afirmó Enrique. — Pero te aviso, va a ser de acción, porque tengo ganas de romperle la cabeza a ese hombre.

— Otra vez... Esto no es una competición — subrayé mientras me acomodaba en el asiento trasero.

— Claro que no. Es un hecho que tú y Bea siempre me vais a preferir — respondió con una sonrisa, haciéndome reír a carcajadas.

Capítulo 16

Maria

Como prometido, pasamos el resto del día los tres, viendo la televisión y comiendo pizza. Era tan doméstico. Cuando puse a Bea a dormir, Enrique siguió allí, hablando de su vida, de sus cosas, de su época en la universidad... Lo escuchaba con avidez, como si cada parte de él fuera importante para mí. Podría escucharlo toda la noche, siempre que siguiera allí, sentado en mi sofá, mirándome con sus profundos ojos verdes.

Cuando bostecé por tercera vez, Enrique sonrió, anunciando que era hora de irse. Se levantó para despedirse, y cuando lo abracé, sentí que mi piel se erizaba. Quería acurrucarme de nuevo en sus brazos, saber dónde se encontraban la realidad y la ficción.

Nuestros días juntos confundían mi cabeza... Quiero decir, toda nuestra relación confundía mi mente. Me había enamorado de Enrique sin saber si él también me amaba. No teníamos una relación, y sabía que él me deseaba, pero ¿eso sería suficiente?

Me sentía poderosa por hacerle tener deseo solo con verme, ver que Enrique se erizaba tanto como yo, pero mis sentimientos tenían una base aún más fuerte. Deseo era poco para lo que él me hacía sentir. En los últimos meses, Enrique se había convertido en mi amigo, luego tuvimos una noche y ahora no podía dejar de pensar en él como hombre. Con la farsa de nuestra relación, las cosas iban de mal en peor y no sabía cómo reaccionar cerca de él. Era un amor como nunca había sentido antes, el primero y más fuerte, algo que me marcaría para siempre, independientemente de hacia dónde estuviéramos yendo.

Enrique me provocaba hasta hacerme sentir vergüenza, siempre estaba allí cuando lo necesitaba. El calor de sus brazos, su cuerpo desnudo contra el mío, sintiendo que todas mis terminaciones nerviosas se encendían.

— Enrique... — susurré, mis ojos cayendo sobre su boca mientras su mirada depredadora se reavivaba en medio de un charco verde, observándome. Escondía bien esa mirada, pero yo la conocía de aquella noche.

Enrique puso su mano en mi barbilla, atrayéndome hacia sus labios. Fue rápido e intenso, sentía su boca hambrienta sobre la mía. Nuestra respiración se aceleró y noté el escalofrío tan común que sentía a su lado, como una fuerte conexión. Enrique Martínez me aturdía y me daba miedo.

Cerrando los ojos, intentando alejar los sentimientos que rebosaban en mi pecho, di un paso atrás. Necesitaba poner distancia entre nosotros dos en este momento tan confuso. Enrique me miraba confundido por mi reacción, sus manos caídas a lo largo del cuerpo, como si no supiera qué hacer con ellas.

— Es mejor que me vaya — murmuró, aún observándome de cerca. Asentí con la cabeza, aunque no quisiera. ¿Qué estaba haciendo?

Cuando abrió la puerta y desapareció de mi vista, quise ir tras él para... para... ¿para qué? No lo sabía.

— ¿Cenas conmigo? Yo y tú. Nunca hemos hecho algo así — preguntó, mirándome a través de la puerta abierta.

— ¿Y todas las veces que comimos juntos después del trabajo? ¿Y la pizza que compartimos hoy? ¿Te estás olvidando de las cosas, Enrique?

— Era otra cosa. Siempre había Bea de un lado, una cerveza de otro. Un bar... Quiero llevarte a un sitio bonito, que te pongas un vestido bonito y sentirme... ¿Entiendes?

— ¿Qué estás sugiriendo? — jadeé con la pregunta.

— Una cita, como deberíamos haber tenido hace meses.

— No creo que...

— María — me interrumpió Enrique —, he robado besos tuyos tantas veces. Todas las cosas picantes que hemos hecho juntos. Déjame mimarte un poco, ¿vale? Ya te he dicho que ese barco ya zarpó.

— Pero ¿y las otras? Nunca dejaste de salir con nadie en todos estos meses. No quiero ser una marca más en tu cama.

— Primero... Ya has estado allí — respondió con una sonrisa pícara. — Y si te fijas, querida, ellas no existen desde cierta noche de Año Nuevo, cuando una rubia me llevó a la cama e hizo algunas travesuras en mi colchón. Ya te lo he dicho una vez. ¿Por qué dudar tanto de esto que sentimos el uno por el otro?

— Exactamente porque no deberíamos sentirlo. Eres mi amigo, y entonces este noviazgo de mentira lo confundió todo.

— Mari, sé sincera sobre nosotros dos — suspiró, medio derrotado. — Esta "cosa" ya existía antes incluso de nuestra farsa. Siempre me has dado deseo, mi amor. Dio la casualidad de que fuimos amigos primero, pero no me arrepiento de ninguno de los besos que te he dado.

VAYA. Enrique tan cerca de mí, con esa mirada encendida sin tocarme, toda nuestra historia. Que se joda la cautela. *Merecía ser feliz, ¿no?*

— ¿Y Bea? ¿Quieres llevarla? — pregunté, dándome cuenta de que había aceptado la invitación. Enrique soltó una risa ligera, sabiéndolo también.

— Voy a preguntarle a mi madre si puede quedarse con ella. ¿Mañana?

— ¿Ya? — pregunté sorprendida.

— Por fin — susurró, dándome un beso ligero en la boca, por sorpresa. — Con un retraso de unos seis meses, diría yo.

Con sus últimas palabras, Enrique se fue sin mirar atrás, dejándome impactada con la cita del día siguiente. Por fin lo haríamos. *De verdad.*

∞∞∞

A la noche siguiente, alisé nerviosamente mi vestido.

Era el mismo de la fiesta de bienvenida de Laura, el mismo que volvió loco a Enrique, como él mismo me confesó después. Estaba nerviosa por la salida, como si, a pesar de que él fuera mi amigo desde hacía tanto tiempo, estuviéramos dando un paso más allá en nuestra relación. Intenté negarlo todo lo que pude, posponer la conversación sobre nosotros dos y nuestros sentimientos, pero había llegado el momento. Iván no envió más mensajes después del desastroso encuentro, ninguna foto de Bea apareció en internet, Maite parecía un recuerdo.

Cuando sonó el timbre, corrí a la puerta, arreglando mi pelo cuando encontré a Enrique con camisa de botones y vaqueros oscuros. Mierda, siempre era tan guapo.

— ¿Lista? — preguntó, dándome un beso suave en la boca. Aparentemente era la nueva manía de Enrique.

— Solo... solo necesito coger a Bea — tartamudeé, mirando hacia atrás y viéndola distraída sentada en el sofá.

— Mi madre se ha encantado con la idea de pasar unas horas con ella — reveló con una sonrisa tonta. Estaba nerviosa como una adolescente que sale por primera vez con su crush.

— ¿De verdad?

— Incluso me envió un mensaje diciendo que, como una "señora mayor", quiere acostarse temprano y que prefiere que los dos solo recojamos a Bea mañana por la mañana.

— ¿No está...? — pregunté, pensando en la insinuación.

— Lo está. — Se rió, confirmando con la cabeza. — Mi madre está en una cruzada para mantener a la nuera.

— Ella no sabe. — Me reí y Enrique inclinó la cabeza con una mirada desconfiada. Enlazó sus dedos con los míos, entrando en el apartamento.

— Ríndete, mi amor. Deja de insistir en eso del noviazgo de mentira — anunció, cogiendo a Bea en brazos sin soltarme.

— Pero no eres mi novio.

— Todavía.

— ¿Todavía? — repetí, sorprendida por sus palabras.

— Vamos a dejar una cosa clara — respondió Enrique, intenso. — Voy a besarte cuando esta noche termine, quizás hacer algunas cosas picantes además de eso. Vamos a repetir varias veces. No me vengas con eso de una noche otra vez.

— Muy bien... — acepté con una sonrisa, cogiendo la mochila de Bea y arreglando mi bolso en el hombro.

— ¿Muy bien? — fue su turno de repetir por mi rápida aceptación.

Sonreí misteriosa, sabiendo que esta noche lo cambiaría todo. Mi corazón no paraba de latir, intentando saltar fuera de mi pecho. Mis manos sudaban y parecía ansiosa. Era solo el Enrique de siempre, pero también no lo era. Era el hombre del que me había enamorado, prometiéndome cosas picantes que durarían más de una noche.

Era el comienzo de algo.

Después de un corto viaje a casa de Leila, que una vez más reforzó que podíamos "divertirnos en paz" porque ella se quedaría con Bea toda la noche, Enrique me llevó a un restaurante italiano.

Durante unas horas, conversamos y reímos como cualquier pareja en una primera cita, su voz grave erizando mi piel y la anticipación creciendo en mi estómago. Sabía cómo terminaría la noche y al mismo tiempo quería alargarla para siempre. Después de muchas horas, Enrique me llevó de nuevo a mi casa, subiendo detrás de mí con su mano caliente en la base de mi columna. No era una pregunta si iba a entrar o no, sino qué haríamos.

— Quédate... — pedí en cuanto abrí la puerta del apartamento.

— Te lo dije, Mari. "No entrar" no era una opción — respondió con una risa pícara, sus ojos esmeralda intensos y depredadores. — Te tengo esta noche, con el apoyo de mi madre y todo.

— ¿Y si tuviera segundas intenciones, Enrique Martínez? ¿Y si por eso no insistí en buscar a mi hija con tu madre? — revelé, viendo la media sonrisa en los labios de Enrique mientras me miraba a unos pasos de distancia.

— Estoy feliz solo con algunos arrumacos, mi amor.

— Pero yo no — anuncié. — Ven aquí, Enrique. Te necesito.

Enrique cruzó nuestra distancia con los ojos fijos en mí, atrayéndome hacia un beso suave mientras cerraba la puerta del apartamento con fuerza. Pegué mi cuerpo al suyo, dándole más acceso a sus labios, sintiendo su lengua jugar con la mía. Sus manos cayeron sobre la cremallera del vestido, bajándola suavemente hasta abrirla y dejar mis pechos libres. Se soltó de mí, arrodillándose frente a mí y tirando de la prenda. Enrique trazaba besos a lo largo de mi cuerpo, entonces tiró del vestido y mis bragas de una vez, en un movimiento rápido.

— Eres tan bonita... — Suspiró, dando un beso en mi entrada, su lengua provocando mi clítoris al mismo tiempo que sus manos paseaban por mi cuerpo desnudo.

Tirando de mi pierna sobre su hombro, Enrique se hundió en mi coño, haciéndome arquear hacia él, pidiendo más. Oí su risa ligera cuando su lengua jugó con mi clítoris y sentí la tensión formarse dentro de mí, llevándome hacia un orgasmo con cada nuevo impulso. El hombre era capaz de llevarme al éxtasis en segundos. Cuando sus dedos empezaron a masajearme, me perdí, sintiendo mi cuerpo vibrar. Con un último beso en mi entrada, Enrique se levantó, arrancándose la ropa antes de sentarse en mi sofá, desnudo, y atraerme hacia él. Sacó un preservativo de su pantalón, preparándose antes de hacerme hundir sobre él, lista para cabalgarlo.

Miré la visión tentadora y me acerqué, colocando cada pierna alrededor de su cadera. Me moví sobre su miembro, tomada por el instinto, haciendo que Enrique se hundiera completamente en mí. Me hacía sentir poderosa con el control que tenía sobre su cuerpo.

Nuestras bocas se pegaron en un beso profundo mientras sentía sus dedos apretar mi pierna, intentando hacerme acelerar aún más. Lo apretaba contra mí, sudor y saliva mezclados en movimientos instintivos en busca de placer. Oía los muebles moverse y mis gemidos altos, pero poco me importaba. Era rápido y salvaje, sexy como solo Enrique me hacía sentir, mientras saltaba en su regazo, sintiendo su miembro entrar y salir de mi cuerpo.

— ¡Joder, eres tan buena! — gimió Enrique en mi oído, apretando mi trasero con fuerza, abriéndome más sobre su regazo mientras martilleaba su polla con fuerza.

Uno de sus dedos avanzó sobre mi trasero sin presionar hacia dentro, solo girando y rodeando mi agujero arrugado sin hacer resistencia. Estaba enloquecida y me dividía entre presionar contra su dedo, moviéndome por la dulce invasión, y llevarlo bien hondo en mi cuerpo.

— ¿Me quieres aquí también? — preguntó, hundiéndose más en mi trasero, haciendo un suave movimiento que me estaba volviendo loca. Bombeaba con fuerza, haciendo que el pequeño sofá chillara, su lengua volviéndome loca.

— Enrique... — respondí sin aliento, sin poder poner las palabras en mi boca. El sentimiento era aterrador y liberador al mismo tiempo. Me entregaría entera a ese hombre.

— Eres mía, María, mía — susurró al borde de mi oído. — Tu coño, tu culo, tu cuerpo. Haz conmigo lo que quieras, mi amor. Porque yo voy a hacer contigo... Yo voy a...

Las palabras sin aliento, el movimiento y las sensaciones llegaron al límite. Grité por la llegada del éxtasis, exprimiendo a Enrique hasta oírlo gritar conmigo. Podía sentirlo dentro de mí, tan fuerte, tan intenso que lo abracé contra mí hasta verlo terminar, su expresión feroz por el orgasmo. Mi corazón latía acelerado como si hubiera corrido una maratón, la respiración de Enrique subiendo y bajando descompasada en su pecho. Estaba exhausta.

Nos quedamos allí, silenciosos, hasta que la respiración volvió, acariciándonos el uno al otro en movimientos ligeros, sin atrevernos

a decir palabra alguna. Con los latidos del corazón de Enrique, me relajé, mi cabeza cayendo sobre su hombro y cerrando los ojos con la confianza de poder ser vulnerable a su lado.

Cuando abrí los ojos de nuevo, él estaba allí, mirándome con un aire sonriente mientras jugaba con mi pelo. Su abrazo era como un capullo, me sentía protegida... amada.

— Creo... no, sé que me he enamorado de ti — dejó escapar Enrique, dando un beso en mi hombro.

— A veces creo que detrás de ese mujeriego hay un hombre romántico, ¿sabías? Dices cada cosa.

— Hablo en serio, María. No tengo palabras para explicar cómo me vuelves loco. Primero como mi amiga, luego como esta mujer tan sexy tumbada en mi cama. Negué mis sentimientos hasta donde pude. El plan de una relación falsa debería ser una broma, pero, en muchos aspectos, era mi manera de decir lo que quería sin asumir lo que sentía.

— Pero si nosotros dos...

— No — me interrumpió. — Mentimos a Laura, luego a mi madre. Y luego todo lo demás por Iván y Maite. Me conoces, podrías haber parado esto en cualquier momento. Solo que no quería. No estaba preparado para renunciar a ti, a que todos supieran que eras mía, a nuestro tiempo juntos y con Bea. Solo me enredé en mis propias mentiras, creé esta familia para nosotros dos, y de repente... era verdad. Eres alguien a quien quiero a mi lado, quiero intentarlo. Es como si siempre estuvieras ahí. Me encanta tenerte aquí, me encantan nuestras conversaciones...

— Te encanta avergonzarme — completé.

— Si no supiera que eres madre, pensaría que eres una virgen vergonzosa. Cualquier cosa que digo te pone roja.

— Es que dices muchas guarradas — me defendí. — Tienes una boca sucia, Enrique Martínez. Eras tan serio, y ahora pareces un sinvergüenza.

— Un sinvergüenza enamorado — murmuró en mi oído, haciéndome erizar mientras su mano bajaba hacia mi entrada — que está loco por follarte de nuevo, entrar tan hondo con mi polla en tu coño que no vas a poder recordar cómo era antes de que yo estuviera allí. Vas a aprender a decir algunas guarradas, Mari. Soy un profesor dedicado.

— Enrique... — le censuré, retorciéndome contra él, sintiendo su erección lista.

— Para quien siente tanta vergüenza, estás muy mojada, mi amor.

— Me estás llevando por el mal camino — jadeé.

— Dicen que es el mejor lugar — respondió mientras me daba un beso que me dejó sin aliento, arrastrándome hacia mi dormitorio para una segunda ronda de placer.

Capítulo 17

Enrique

— ¿Qué locura es esa de hablar con el Consejo para decir que quieres salir con tu secretaria? — Pedro entró como una flecha en mi despacho justo después del almuerzo. — ¿Has perdido la cabeza? Pensé que estabais liados desde hacía meses, y de repente quieres hacer el tonto y ser el cliché de CEO canalla.

Las cosas habían cambiado rápidamente después del domingo.

Desde el momento en que asumí para mí mismo que estaba enamorado de María y que necesitaba tenerla a mi lado, fue como si un telón se levantara de mis ojos y supiera que ella era la mujer de mi vida. Mientras nuestra relación era una mentira, alimenté el chisme de la oficina, manteniendo a Alberto y a los otros socios a distancia. Pero ahora lo sabía, incluso sin que ella me dijera las palabras, que también sentía lo mismo. No podía esperar más.

Por la mañana, recogimos a Beatriz mientras mi madre nos miraba con una sonrisa en el rostro. Las mejillas de María se tiñeron de un rojo profundo cuando mi madre dijo que la noche había sido tranquila y que podía repetir la dosis más veces si queríamos.

Me hacía gracia su timidez, porque Beatriz no fue concebida por la gloria del Espíritu Santo, ¿no? No es que quisiera pensar en ella con otro hombre, sobre todo ese idiota del padre de Bea.

Rápidamente nos organizamos para empezar el día y vinimos a la constructora. Era gracioso cómo las cosas cambiaban rápido: menos de un año atrás, estaría intentando huir de la mujer con la que había pasado la noche al mismo tiempo que respondería correos de trabajo.

Cada vez más, iba descubriendo que existía algo más en mi vida que correr varios kilómetros y estar en la oficina muchas horas. Todo empezaba y terminaba en María — aunque con una bonita curva en Beatriz y su sonrisa.

Era un futuro a su lado que incluía el paquete completo: anillo, boda, un perro y Bea corriendo por todas partes.

Al contrario que la primera vez, María aceptó bien mi lado posesivo. Quería mostrar al mundo que ella era mi mujer, pero para eso era necesario que no siguiera un día más bajo mi supervisión directa. Sabía cómo funcionaban las reglas, pero no quería fingir que no pasaba nada entre nosotros. Así que esa misma mañana, hablé con Alberto y los otros miembros del Consejo a la espera de una solución para mi dilema: pretendía casarme con mi secretaria y no quería que eso se convirtiera en un obstáculo.

Cuando aparqué frente a la empresa, ella me hizo prometer que no hablaría de nosotros dos. Los comentarios sobre nuestra "relación" ya eran lo suficientemente fuertes como para que yo fuera por ahí hablando de mis sentimientos. Como si yo hiciera eso. Era un hombre diferente con María, pero jamás me rendiría a la hora del cafecito para hablar de ella, por más que la amara y quisiera gritar a los cuatro vientos que por fin era mía.

— En realidad, es más que eso... — Miré a Pedro seriamente, abriendo mi corazón y respondiendo a su pregunta sobre mi correo al Consejo y mi petición de una reunión urgente. — Si todo va bien, creo que puedo poner un anillo en el dedo de María, pero es muy escurridiza.

— ¿Qué? — Pedro me miró confuso.

— Dejé de fingir que no pasa nada. Busqué a tu padre y a los otros socios y les avisé que no tengo una relación oficial con ella, pero que pretendo tenerla.

— Si mantuvieras la polla en tus pantalones, no perderíamos a María — concluyó irritado, dejándose caer en la silla frente a mí.

— ¿De qué estás hablando? ¿Perder? ¿Cómo así?

— Mi padre propuso despedirla.

— ¡Esa no era la idea! — Suspiré irritado.

— Eres su jefe. Decidieron permitir relaciones, siempre que no sea entre el gestor directo, o sea, nada hecho para vosotros dos. Uno de vosotros tendrá que irse, y tú eres el puto CEO. ¿Cómo no pensaste en eso? — respondió Pedro enfadado.

— Pero ese siempre fue el plan, nunca proponer el despido de María — refunfuñé. — Y para eso, necesito tu ayuda.

— ¿Qué es?

— Quiero a tu asistente — pedí. — Vamos a intercambiar. Tú te quedas con María, y yo con Camila.

— ¡No es posible, Enrique! — protestó.

— Hace dos minutos estabas elogiando a María. Es la forma de mantenerla con nosotros. ¿Estás tan apegado a tu asistente?

— No es eso, lo sabes.

— No voy contra el Consejo, si es lo que piensas. Si han deliberado y concluido que las relaciones pueden darse, menos con gestores directos, es la forma de que todos ganemos.

— Ay, Enrique, por el amor de Dios. ¿Tú sales con tu secretaria y soy yo el que tiene que resolverlo? — respondió Pedro irritado.

— Muy bien, me dimito. — Solté el aire, enfadado con la reacción de mi socio. No iba a cambiar a María por la empresa, por más que hubiera trabajado para que la constructora creciera como era ahora.

— ¡No puedes! — exclamó en shock.

— Esta empresa es nuestro sueño, he puesto mi sangre en esta mierda. ¿Y ahora que necesito una retribución, no va a pasar? Entonces, para mí, ya basta — declaré, irritado. — Voy a anunciarlo al Consejo y...

— Vale — me interrumpió Pedro, soltando el aire como si se hubiera resignado a mi petición. — Mierda, la quieres de verdad.

— Sí — confirmé simplemente. — Te debo una.

— Ya era hora de enfrentar al Consejo y... a mi padre — Pedro asintió, encogiéndose de hombros. — Pero sí, me debes una. Ya pensaré en qué. Sabes que no olvido.

Asentí con la cabeza y cogí el teléfono, llamando a la línea directa en la mesa de María. Acompañado por los ojos atentos de Pedro, le pedí que viniera a mi despacho.

— ¿Sí? — preguntó desde la puerta, su mirada expectante dividiéndose entre Pedro y yo.

— A partir de mañana, serás trasladada a la Dirección de Operaciones. Vamos a hacer las cosas con calma, pero el objetivo es que trabajes para Pedro ya en los próximos días.

— ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? — preguntó confundida. — ¿He dejado algo pasar?

— No, querida, pero si quiero besarte aquí en el trabajo, solo así será posible. — Me reí al ver el shock de Mari al mirar a Pedro, buscando su reacción sorprendida, que no llegó.

— Pero nosotros... Yo... — tartamudeó e inmediatamente se giró hacia una de las estanterías, cogiendo al azar una carpeta, como si las estuviera organizando. Su manía cuando estaba nerviosa era graciosa de ver.

— Bienvenida al barco, María — deseó Pedro. — Y me alegro por vosotros dos. Ya era hora de que asumierais las cosas.

— Pero nosotros no... Yo... — continuó María mientras Pedro, entre risas, cerró la puerta tras de sí, dejándonos solos. — ¿De qué está hablando?

— La única forma de que sigas en la empresa y seas mi novia es que cambies de puesto. Desgraciadamente, solo puedo mandar en ti en el dormitorio, no aquí — respondí con una sonrisita en los labios.

— ¡Ay, Dios mío! ¿Has hablado con el Consejo?

— Tuve que enfrentarme al Consejo por ti.

— Qué vergüenza — murmuró, escondiendo el rostro en mi pecho. — Todos lo sabrán, y yo...

— Llevamos meses fingiendo fuera del trabajo y huyendo el uno del otro. Todo va a ir bien — la tranquilicé. — Ahora ve a prepararte. Será una semana terrible. Y puede que no lo parezca, pero Pedro es un jefe más exigente. He oído que ya ha perdido tres asistentes que no aguantaron su agenda de reuniones externas y obras.

— Pero yo amo hacer las visitas.

— Y yo amo estar contigo, trabajando conmigo codo a codo, pero es por una buena razón — dije, aún cobarde para decir las tres palabras mágicas.

Las cosas con María llevaban tiempo, pero valía la pena. E incluso si ella no se declaraba, yo lo sabía. Íbamos a dejar de ser jefe y secretaria para ir más allá.

Hombre y mujer, enamorados el uno del otro.

∞∞∞

Dos semanas después, éramos inseparables.

Más veces de las que podría contar, dormía en casa de María o ella dormía en la mía. Compré una cama baja y la puse en la habitación de invitados, con la intención de atraerla para más noches en mi apartamento que en el suyo. Por más que amara su pequeña casa, mi colchón era mucho mejor, y yo era un hombre grande.

Con Beatriz bien instalada y más satisfecha en su habitación en lugar de apretada en la cuna adaptada, era más frecuente tenerla en mi casa que al revés.

Era tranquilo tener una vida familiar, con nosotros haciendo planes divertidos, como llevar a Bea al zoo o solo pasar una tarde tranquila. Nunca le pedí a María que fuera mi novia oficialmente, pero ella nunca se quejó de que la presentara como "novia" a todas las personas que conocía.

En uno de los almuerzos de domingo, Laura descubrió lo del evento de inversores y decidió hacer de hada madrina con María. La

amistad de las dos había crecido, y mi hermana estaba emocionada por "jugar a las muñecas" con mi novia, produciéndola sin dejarme verla hasta la hora del evento.

A las ocho de la noche, frente al salón donde se celebraría el evento y con mi madre haciendo de canguro en su casa otra vez, me enamoré de nuevo. Con un vestido largo de seda verde, ceñido a sus curvas y cayendo suavemente sobre su piel, María era una aparición, haciendo que mi corazón y otras partes palpitantes se agitaran.

Caminé entre la gente hacia ella, cogiéndole la mano con una sonrisa abierta y satisfecha al verla ponerse roja de vergüenza.

— Estás tan guapa — susurré en su oído, conduciéndola hacia la pista de baile. Una orquesta tocaba una canción lenta mientras los camareros pasaban alrededor sirviendo algunos canapés.

La atraje hacia mis brazos, acunándola mientras bailábamos suavemente entre algunas otras parejas. Su cabeza encajaba en mi cuello y permanecimos allí, silenciosos en nuestro pequeño mundillo, dando pasos cortos. Era casi como una excusa para mantenernos pegados el uno al otro, el tacto de sus manos en mi cuello al mismo tiempo que acariciaba suavemente su espalda. María levantó la cabeza, sus ojos oscuros tan profundos mirándome. Era hipnótico, como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido menos ella, su tacto, su pelo de olor floral, el calor de sus dedos suaves.

— No me mires así — susurró, sonrojada. Era tan bonita cuando hacía eso.

— ¿O qué?

— Deja de jugar conmigo — me censuró María, volviendo a apoyar su cabeza en mi pecho. Nada de eso era un juego, ¿no podía notarlo? — Es como si estuvieras dentro de mi cabeza.

— Tú no sales de la mía — le confesé, haciéndola callar. Giramos por el salón dos veces más antes de que la música terminara y yo tuviera que volver a hablar con la gente. Era un evento de negocios, al fin y al cabo.

Después de una hora de conversaciones aburridas de trabajo y algunos canapés en porciones demasiado pequeñas para mi hambre, estaba decidido a irme. María tenía más paciencia que yo, conversando y presentando a personas con las que había tratado durante el trabajo, saludando a Pedro desde el otro lado del salón. La M&M había sido invitada en masa a ese evento, y me negaba a reconocer la mirada torcida de Alberto hacia nosotros dos cada vez que pasábamos junto a él. Cuando mi paciencia llegó al límite, mi novia dijo que iría al baño y que luego podríamos irnos. En el momento en que me quedé solo en el salón, una figura conocida se acercó.

— ¿Puedo hablar contigo? — preguntó Maite mientras yo observaba a María alejarse.

Suspiré con impaciencia, porque sabía que la simple presencia de mi ex prometida podía levantar señales de alarma en María. Podía fingir que era alguien tranquila, pero sabía que se moría de celos y aún estaba insegura sobre nosotros dos.

— ¿Sobre qué sería?

— Solo despedirme. Entregué el proyecto y el programa de trabajo. Creo que aún tendremos alguna reunión o dos, pero puedo volar aquí o incluso hacerla online. Enhorabuena, Enrique. Sobreviviste — dijo con una sonrisa.

— ¿Cómo así?

— Sé que mi presencia te irrita, y lo tendré en cuenta si surge otro proyecto. Después de nuestra conversación en el restaurante, dejaste las cosas claras y tenías razón. Nuestro tiempo ya pasó, yo fui la que se sintió afectada al verte, al darme cuenta de que habías seguido sin mí.

— Fueron muchos años, Maite.

— Lo sé, yo también seguí adelante, pero tenía ese instinto egoísta de que me esperarías para siempre. Pero puedo ver que no ha sido así — respondió, inclinando la cabeza hacia el lugar donde María acababa de desaparecer.

— No... — murmuré negando con la cabeza. — La quiero.

— Lo sé. La miras de esa manera que... Cuando estábamos juntos, había algo de eso, pero no sé si parecía tan... Enrique Martínez, estás completamente enamorado de esa chica — respondió Maite con una sonrisa sencilla, que decía que estaba feliz por mí.

— Lo estoy — confesé, mirando al suelo, un poco avergonzado por darme cuenta de que el mundo podía notar la inmensidad de mis sentimientos, mientras María parecía tener tantas dudas.

— Deseo que seas feliz, ¿vale? Cásate y ten muchos hijos, llena una casa entera — bromeó, su voz muriendo en la última frase — de verdad. Volví echando de menos algo que ya no existía. Lo que tienes con ella es algo real.

— Adiós, Maite — respondí con una sonrisa, abrazándola con afecto.

Parte de mí siempre la querría y guardaría aquellos años que pasamos juntos. Yo era otra persona, pero no me arrepentía de las elecciones que había hecho años atrás.

Cuando Maite dio unos pasos atrás, vi a María mirándonos con los ojos abiertos de par en par y dando pasos tambaleantes. Sabía lo que estaba haciendo. Pensar demasiado, inventar excusas. Corrí hacia ella justo a tiempo de sujetar su brazo antes de que escapara.

— Oye... ¿A dónde vas? — pregunté suave, mientras ella me miraba en pánico.

— Yo... Es... Ah... — tartamudeó. — ¿Todavía sientes algo por ella?

— ¿Qué? — ¿Qué clase de pregunta era esa?

— No puedo permitirme el lujo de jugar, Enrique. Tengo a Bea y no puedo... no quiero... Sé que dijiste que estabas enamorado, pero os abrazasteis y...

— ¿Me estás tomando el pelo? — pregunté en un tono de voz seco, arrastrándola fuera del salón para evitar montar una escena, parándome en el pasillo vacío.

¿Creía que estaba confundido por Maite? ¿Después de todo lo que habíamos pasado los dos? ¿Después de las noches que habíamos estado juntos?

— ¡La querías, Enrique! ¡Quiero que seas feliz! Y ella está ahí... queriéndote — dijo María, alargando la mano hacia el salón como si fuera algo obvio.

— María, ¿cómo tienes el valor de decir eso después de nosotros dos...

— ¡No se puede mandar al corazón! Sufriste demasiado por ella, pero también la quisiste tanto. Si tienes la oportunidad de tenerla de nuevo, ¿por qué iba a interponerme yo?

— Ah... entiendo — dije con una sonrisa, notando la respiración agitada de María. — ¡Tienes tan buen corazón que no te importa compartirme!

— NO, ENRIQUE. Es en serio. ¿Qué quieres? — preguntó María con un tono de irritación en la voz, dejando los brazos caer a lo largo del cuerpo, como si estuviera resignada. ¿Por qué no podía verlo?

— Creía que ya sabías la respuesta — dije más suave, acercándome a ella como un depredador.

— Podemos volver a ser amigos. Nunca apartaría a Bea de ti, aunque tengas tus hijos y... — continuó rápida, su voz más aguda mientras miraba con cautela mi aproximación.

— Oye, tranquila — la interrumpí. — ¿De verdad quieres que vuelva con ella? María, ¿por qué eres incapaz de ver lo que tienes delante?

— ¿Qué?

— Te amo — respondí simplemente, atrayéndola hacia mí y sintiendo su respiración acelerada en mi rostro. — Todo lo que siempre he querido está contigo y con Bea. No existe Maite en esta ecuación. Ella es mi pasado, tú eres mi futuro.

— ¡Pero te afectó su vuelta!

— ¡No! Quise besarte a ti en Navidad, te conté lo de mi ex y cuando apareció aquí, sumaste dos más dos y te dio cinco.

— ¡Mierda, Enrique! — exclamó, dándome un golpe en el brazo. — ¿Estás seguro?

— ¿De que te quiero? Totalmente seguro. Robaste mis pensamientos hace tantos meses, mi amor. Dije que estaba enamorado. ¿No te das cuenta?

— Si esto es... — amenazó María, quedándose callada de repente.

— ¡Te lo digo desde hace semanas, pero sabes quién no lo dice? ¡Tú! — respondí exigente. — ¿Por eso intentas pasarme a otra? ¿Es demasiado para ti? Necesitas confiar en nosotros dos y dejar de pensar que no quiero estar contigo, porque joder... Te quiero muchísimo.

— ¡Mierda! — susurró llevándose la mano a la boca por el improperio y sonreí por su reacción. — No, no es eso. Pero sabes lo difícil que es abrirme a alguien después de todo, después de...

— ¿Me quieres, sí o no, María? Sé la respuesta y quiero que tú también la sepas, que la digas en voz alta — afirmé, sabiendo que era tan transparente como el cristal.

— Te quiero — murmuró de vuelta. — Desde hace tanto tiempo... Y cómo sentí celos de ella.

La abracé, intentando fundirnos en uno solo hasta hacerle entender que me pertenecía. Su calor me traía paz mientras ella parecía relajarse en mis brazos. Estaba hipnotizado por su mirada, viendo sus movimientos gráciles mientras se estiraba para pegar su boca a la mía. Devoré sus labios en pocos segundos, el escalofrío de excitación ya tan habitual cada vez que la tocaba.

Suspiré al separarme de María, mirándola a los ojos y viendo todo mi futuro frente a mí.

— Supe que sentía algo por ti cuando ni correr veinte kilómetros funcionaba — confesé.

— ¿Qué?

— El estrés me hacía querer desahogarme. A veces con carrera, a veces con pajas y otras muchas con mujeres.

— ¿Y eso qué tiene que ver? — preguntó confundida.

— Incluso estresado por el viaje, los contratos, los inversores... No quería a una desconocida en mi cama. No cuando te tenía a mi lado. Mi deseo por ti aumentaba cada día.

— ¿Y ni las pajas ni las carreras? — preguntó María, escondiendo el rostro en mi pecho mientras sus mejillas se teñían de rosa.

— Eres un encanto fingiendo que no te da vergüenza decir "paja".

— ¡Es en serio, Enrique!? — dijo indignada, en su mejor tono de madre.

— Serísimo. Desde Año Nuevo, fui incapaz de dormir con otra persona y estaba a punto de convertirme en maratonista cuando aceptaste la cita. Vamos a mi casa. Mi madre no se va a molestar en pasar otra noche con Bea.

— No quiero abusar de ella.

— Créeme... Si eso significa que estoy a un paso de que me consiga una nuera de verdad y un anillo en el dedo, Bea puede pasar una semana entera con ella — respondí y María se rió, cogiendo mi mano y dejándose conducir fuera del salón.

Parecía una broma, pero era verdad, podía ver un futuro con nosotros y con algunas cabezas rubias más como la de mi novia. Mi atracción por María siempre había estado allí desde el primer momento, pero el amor nació poco a poco, y cuando me di cuenta, ya la necesitaba como el aire para respirar. Mari me tenía en la mano, la mujer de mi vida, mi para siempre. Sería un hombre feliz a su lado, dándole mi apoyo y mi amor... Y también alguna picardía.

Capítulo 18

Enrique

Un peso salió de mi pecho el día que Enrique confesó amarme.

Fue como si las cosas se alinearan y finalmente encajaran en su lugar, trayendo una rutina de paz a nuestras vidas. Yo era insegura y celosa, absorta en mis sentimientos. Después de la declaración en la fiesta de la empresa de inversores, me invadió la certeza. Él me quería, me amaba, cuidaba de mí. Enrique era mi príncipe de caballo blanco en una versión un poco irritada y que me hacía sonrojar.

En los días posteriores a nuestra declaración, empecé a trabajar para Pedro.

Como Enrique me había advertido, su amigo tenía un volumen de trabajo aún mayor que el de la dirección, lo que exigía que saliera más para visitas técnicas y para acompañar a algunos equipos en reuniones y eventos externos.

Estaba cansada, pero Enrique siempre me recibía con un masaje — que siempre derivaba en otras cosas. Su casa se había convertido en una extensión de mi apartamento, llena de juguetes y artículos necesarios para Beatriz. Enrique parecía no importarle, e incluso seguía añadiendo más cosas.

"Misteriosamente", la habitación de invitados se volvía cada vez más infantil, con paredes pintadas de rosa que "simplemente aparecieron" después de algunas noches, además de muebles que surgían más allá de la cama.

Eran tantas cosas pasando al mismo tiempo que olvidé un asunto que durante semanas me había quitado el sueño: Iván.

Ocurrió un martes, casi en marzo, en medio de mi jornada laboral. Cuando el nombre de Iván apareció en la pantalla, sentí un escalofrío en la columna. Había dejado el tema morir, esperando que el padre biológico de Bea nos dejara en paz después del desastre del encuentro.

La abogada seguía insistiendo en que diéramos el paso para el reconocimiento de paternidad, pero algo me decía que era mejor esperar alguna reacción de Iván. Parecía tan poco interesado en mi hija que quizás solo desaparecería durante unos años más.

— *María, soy Iván* — se identificó y me quedé callada, esperando lo que quisiera decir.

Estaba tan molesta con toda la situación de Bea, no sabía cómo hacer un acuerdo que fuera bueno para mi hija. Aún era un bebé, pero cuando empezara a crecer entendería lo que había pasado.

Cuando el silencio se hizo más intenso, respondí, aún con pocas palabras.

— Hola.

— *Llamo para avisarte que he decidido no pedir la custodia de Beatriz. Después de lo que pasó aquel día, Renata cree que no puede lidiar con un bebé para siempre. No consiguió limpiar el vestido de Prada. Fue a la basura, ¿te lo puedes creer? Vamos a pasar un tiempo fuera del país, y no es el momento...*

— ¿Después de todo esto, Iván? ¿Así sin más? — Lo interrumpí.

— *¡Pensé que te alegrarías!* — se defendió.

— Aun así, puedo pedir el reconocimiento de paternidad, ¿sabes, no? Haciéndolo todo bien, desde el certificado hasta la pensión.

— *Estás en tu derecho, pero estamos bien, ¿no? Nunca tuve mucho interés en ser padre, pero Renata insistió...* — se interrumpió, como si estuviera revelando algo innecesario. — *Y ese novio tuyo parece un buen padre. En cualquier momento acepta adoptar a Beatriz, y yo solo seré una barrera en el proceso.*

— ¿Cómo así que ella insistió? — pregunté curiosa.

— Dijo que algunas competidoras tenían hijos, y los anunciantes pagaban bien — confesó. *— Cuando vimos fotos tuyas en tus redes sociales, pensó en intentar acercarse. Ya sabes cómo es... Tener un hijo estropea el cuerpo, etcétera. Y Renata se había metido en algunas polémicas. ¡Todo el mundo ama a los bebés! Iba a ayudar a olvidar.*

— Esto es increíble — murmuré, impactada por los motivos de Iván. *¿Beatriz era una mercancía?*

— Oye, no me interesaba, y menos mal que tu hija le dio un susto tan grande a Renata que nunca más va a querer quedarse embarazada — replicó, encontrándolo gracioso.

— Te deseo suerte, Iván. Por favor, no hagas esto otra vez — lo corté, porque esa conversación ya era demasiado surrealista. — Es agotador.

— Si soy sincero contigo, prefiero dejar esto de los bebés atrás. Sin rencores, pero estabas bien antes de que yo apareciera, y ahora aún mejor. Investigamos a ese novio tuyo y no es rico como nosotros, ¡es rico de familia tradicional! Has tenido suerte. No nací para esto, pero él parece serlo.

— ¿Si necesitas firmar algo, lo harías? — pregunté ansiosa.

— ¿Qué tipo de cosa?

— Tu nombre no está en los documentos, pero tienes derechos de padre. Si ella es adoptada, quizás necesitemos que...

— Con mucho gusto, María. Sé que fui un mal novio, pero no voy a quitarle a tu hija el derecho a tener un buen padre.

— Gracias, Iván.

— Hablamos si necesitas, María. Quizás no esté en el país, pero siempre podemos encontrar la manera de que ese documento llegue — informó y colgó la llamada.

Cerré los ojos, sintiendo que el aire salía de mis pulmones con fuerza por primera vez en semanas. Iván había desistido y nuestra vida podía por fin volver a la normalidad. Quiero decir... A la normalidad con Enrique. Sonreí por el futuro que nos esperaba. Mi

exnovio tenía razón, Enrique era un buen padre y amaba a Beatriz. Estábamos solo empezando, pero podía vislumbrar un futuro.

— ¿Lista para el almuerzo? — Enrique apareció junto a mi mesa, sonriéndome. Estaba tan distraída con la llamada que no lo vi acercarse.

— Claro. De repente, me ha entrado un hambre... — dije con una sonrisa. — Iván ha llamado. Dice que se va a mudar y que ya no quiere iniciar el proceso.

— Bueno... — dijo con una sonrisa enigmática; lo miré confundida. ¿Tenía algo que ver Enrique con esto?

— ¿Qué has hecho? — pregunté, desconfiada.

— Nada — respondió con una sonrisa de medio lado.

— Enrique, ¿qué has hecho? — pregunté de nuevo, temiendo que la respuesta implicara esconder cuerpos en las obras de la constructora.

— Nada grave. Me puse en contacto con algunas personas después de descubrir su compromiso con la influencer. Ella gana ríos de dinero y Iván es su contable. Solo fue cuestión de sumar los puntos y hacer una denuncia a Hacienda. La multa va a ser fuerte y el proceso, peor. Evasión de impuestos y quizás blanqueo de dinero son delitos graves.

— ¿Entonces está huyendo? — Lo miré impactada. — ¡Dios mío, Enrique!

— Te dije que no iba a jugar contigo, mi amor. Buscaría bajo las piedras hasta tener una ventaja contra ese idiota, pero fue demasiado fácil. Y lo más importante, dio resultado.

— Eso y el vómito de Bea — bromeé. — Se asustaron después de media hora con ella.

— Mi pequeña colaboradora hizo el plan a la perfección. — Se rió.

— ¿No quieres convencerte de que mi hija de año y medio vomitó sobre Iván y su prometida a propósito? Ella es un angelito.

— Hemos tenido muchas conversaciones. Somos un dúo y tanto — continuó, haciéndome reír a carcajadas.

Más tarde, esa misma noche, estaba preparando la cena en la cocina de Enrique cuando lo vi jugando con bloques con Beatriz. Eran realmente un dúo y tanto. Tenía paciencia y parecía divertirse con las cosas más simples, enseñándola y guiándola, orgulloso de tenerla en brazos o de la mano. El hombre había nacido para ser padre, y mi corazón se apretaba al verlo convertirse en esa persona para Bea. Quiero decir, en muchos aspectos ya lo era.

— Papá... — Oí en voz baja, saliendo de la cocina y acercándome al salón para oírla de nuevo. — ¿Papá?

— ¿Ha dicho "papá"? — pregunté desde la entrada de la habitación, mirando curiosa a Enrique. Parecía congelado en el sofá, aún sosteniendo a una Beatriz muy cariñosa de las manos mientras ella le daba besos babosos en la mejilla.

— Ajá... — respondió con una voz extraña, aún mirando a mi hija.

— ¿Estás bien, Enrique?

— Ajá... — carraspeó de nuevo y noté que evitaba mirarme. Di la vuelta al sofá para encontrarlo con los ojos emocionados, rojos y llenos de lágrimas no derramadas.

— Ahhh — respondí con el corazón derritiéndose mientras observaba a los dos.

— Ha dicho "papá" — anunció con la voz entrecortada, como si estuviera impactado y maravillado al mismo tiempo.

— Está hablando mejor.

— Lo sé... Pero yo era el "quique", no el papá.

— Enrique — dije, sentándome a su lado. — En muchos aspectos has sido su padre desde el primer día. Incluso antes de que empezáramos a salir. Nunca la trataste diferente.

— Lo sé, pero aun así... — Suspiró, mirándome con los ojos emocionados. — ¿Puedo?

— ¿Qué?

— ¿Dejar que me llame papá? Después de todo lo de Iván y...

— Ah, por el amor de Dios — lo interrumpí. — Está más que claro para mí que vosotros dos os habéis elegido. Quieres a mi hija, Enrique Martínez, y ella te quiere a ti.

— No sé cómo explicarlo, Mari. Desde el primer momento que vi esa sonrisa. Bea robó un pedazo de mi corazón y nunca va a devolverlo. Siempre la sentí como mi hija, incluso antes... Incluso cuando era el "quique".

— Sé que todo esto es muy nuevo para nosotros dos, pero llevas meses en nuestra vida. No le hagas daño a mi hija, Enrique. Por lo demás — me encogí de hombros — sigue haciendo lo que estás haciendo. Queriéndola, protegiéndola.

— ¿Existe algo como almas gemelas de padre e hija? — me preguntó, tímido. — Porque esto era el destino, Mari. Llegasteis para cambiar mi vida.

— ¿Para bien o para mal? — bromeé.

— Para siempre — concluyó con una risa, atrayéndonos a las dos hacia un abrazo.

Epílogo

Maria

Dois anos depois

— ¡Papá! — gritó Beatriz, corriendo por la casa e intentando agarrar a nuestro perro.

Después de que aprendió a decir palabras enteras, nuestra vida se convirtió en un gran monólogo de una niña de casi cuatro años que aún mantenía una risa infantil agradable de oír.

— ¿Qué pasa, Bea? — preguntó Enrique.

— ¡Nero no me deja jugar con él! — se quejó muy seria para Enrique, con los brazos cruzados. Yo los observaba con una sonrisa en los labios, jugando con el relicario que Enrique me había regalado aquella primera Navidad.

Beatriz era geniosa y mandona como su padre. Era gracioso cómo poco a poco había ido adquiriendo sus manías, su personalidad mucho más abierta, expansiva y "peleona".

Cada vez que hacían algo parecido, recordaba la pregunta tímida de Enrique sobre si existía algo como "almas gemelas de padre e hija". Habían nacido para encontrarse, y a veces podía jurar que aquel cabello rubio y la nariz respingona eran mucho más de él que míos.

— Ya te he dicho mil veces que tienes que ser delicada — le explicó con firmeza, cogiéndola en brazos. — Es pequeño y siempre quieres montarte en él, abrazarlo con fuerza.

Si Beatriz era cariñosa con Enrique, desde que empezamos a salir, los dos se volvieron uña y carne.

En todos los aspectos, Enrique era el padre de Bea. En la guardería, en la educación, en las broncas y como el "papá querido". El perro fue idea de Enrique; yo fui un voto perdedor, con dos cabezas rubias expectantes por tener un animalito al que cuidar.

Nero era una cosa entre ellos dos, que salían animados a pasear con el perro y compraban todo tipo de juguetes para él.

Era un perro mestizo de una feria de adopción cerca de mi antiguo apartamento — aunque era pequeño y se parecía mucho a un Border Collie. Lo vimos tan pequeño y flaco dentro de uno de los cercados y lo adoptamos. Se fue directamente al apartamento de Enrique, donde había más espacio.

Fue con esa conversación que Enrique me convenció de mudarme.

Tenía más espacio y solo faltaba Bea y yo para que nuestra familia estuviera completa. Después de todos los años sola en Río de Janeiro en el pequeño apartamento, era hora de ir a un nuevo hogar. Enrique nunca me pidió matrimonio ni me dio un anillo; solo se rió una mañana y preguntó: "¿Soy demasiado mayor para llamar novia a alguien? ¿Cuándo nos casamos?".

Casi escupo el café en su cara por la sorpresa.

Después de cinco minutos, Enrique y su eficiencia ya tenían la lista de documentos necesarios para la ceremonia.

Algunas semanas después, presentamos la documentación y fuimos al registro civil.

Leila se quedó desconsolada por no poder hacer una gran boda, pero no hacía falta.

Yo estaba tan nerviosa que durante semanas el apartamento parecía un showroom de venta de inmuebles de tan ordenado que estaba. En nuestra sala hay un marco con la foto de ese momento: los tres, con una sonrisa ligera, mientras Pedro, Leila y Laura lanzaban arroz de forma desgarbada. Es uno de mis bienes más preciados.

Hacía más de un año de nuestra boda, y los recuerdos seguían frescos en mi memoria. Invité a mi padre por mensaje.

Por primera vez en años, me habló, con un breve "felicidades" y la respuesta de que no podría ir. Siempre seríamos muy diferentes el uno del otro y esperaba que él estuviera bien y feliz, aunque no me quisiera cerca.

Juana, la hermana de Enrique, intentó volver al pais, pero no llegó a tiempo para la boda. Vino de visita unos meses después con Andres, Ricardo y Marcos, los sobrinos de Enrique, que se le colgaron como si fuera un animador de fiestas infantiles. Con ellos y Bea, mi marido parecía un guía de excursión, siempre animado a jugar, como si aún tuviera doce años.

Mi vida solía ser una sucesión de tareas en días cansados, pero descubrí un nuevo significado con la familia que construimos. Quería estar siempre en control, organizarlo todo y a todos, pero después de nuestra relación de mentira y de Iván, aprendí a relajarme.

Enrique me enseñó a aventurarme, a ser más atrevida, a decir lo que pensaba. Incluso empecé a correr con él, ahora que ya no necesitaba tantos kilómetros para "relajarse". Enrique decía que yo le había traído paz, significado. Era como si necesitáramos encontrarnos el uno al otro para tener equilibrio, para sentir felicidad.

Después de la boda, Enrique me preguntó si podía adoptar oficialmente a Beatriz. Firmó unos papeles conmigo, y ahora quería lo mismo con mi hija, un acuerdo para toda la vida, como siempre me decía.

Fue más fácil de lo que esperábamos.

Como Iván nunca la registró, solo necesitamos presentar la solicitud de adopción unilateral.

La abogada Lorena nos advirtió que, en procesos como ese, se necesitaba el consentimiento del padre biológico solo si estaba en el registro y si era fácilmente localizable — y yo no tenía idea de por dónde andaba Iván Lobo después del día que me dijo que no pediría el reconocimiento de paternidad.

Bea ahora era Beatriz Martínez, con el nombre de Enrique en su certificado y el reconocimiento de que ambos se habían elegido desde aquel primer momento, cuando él la calmó en medio de la constructora.

Mientras nosotros seguíamos siendo los mismos, la empresa pasó por algunas modificaciones. Yo seguía trabajando en la constructora y fui reubicada en un nuevo puesto. Había dejado de trabajar para Pedro para asumir una de las coordinaciones técnicas. Volví a la universidad para terminar la carrera de Ingeniería, y en seis meses por fin conseguiría mi título. Enrique decía que echaba de menos trabajar a mi lado, pero era mejor que estuviera tentándome todos los días para follar en la oficina.

Con el apoyo de Pedro, hubo una conversación con Alberto, que decidió dejar el Consejo para ser un socio silencioso.

Abrió una nueva empresa meses después, lo que fue un alivio para Enrique, ya que sabía que con el hombre ocupado con su propio negocio, la M&M no tendría más interferencias innecesarias. Junto con las obras previstas y — quién lo diría — el proyecto con la consultoría de Maite, la empresa se internacionalizó, lo que exigió viajes de Pedro y Enrique al extranjero.

Los echaba de menos, pero sabía que era un paso importante para ambos en la construcción de un negocio aún más sólido. Mi marido intentaba trabajar menos horas y pasar más tiempo con la familia, pero muchas veces ser CEO cobraba su precio. Enrique había dejado de ser tan workaholic en nombre de pasar horas con la familia y se ponía triste cuando no estaba en casa para poner a dormir a Beatriz.

Mi marido finalmente dejó a Beatriz en el suelo, que salió corriendo y gritando de nuevo detrás de Nero. Me miró con una expresión cómica, decidiendo si la pequeña explosión de personalidad de Bea merecía atención.

— ¿Sabes que la tendencia es a empeorar, no? — anuncié, acercándome a él y abrazándolo por la cintura. — Si es así a los

cuatro años, a los quince tendremos muchas puertas que se cierran de golpe.

— Lo sé... Creo que podríamos encerrarla en un cuartito a los doce y solo dejarla salir a los veinte. Nos ahorraríamos todo el estrés de la adolescencia — bromeó.

— Era un bebé tan tranquilo... Es la convivencia. Se ha vuelto así, voluntariosa, desde que cierto CEO serio entró en nuestra vida.

— Creo que estás leyendo demasiados libros, María. CEOs, secretarias, bebés.

— Puedo asegurarte que es una historia muy real, que también incluía una familia de mentira.

— ¿Sabes que inventé todo este cuento porque estaba loco por convertiros a vosotras dos en mi familia de verdad, verdad? Desde el primer momento, supe que ella era mi hija, podía sentir esa conexión dentro de mí. Siempre fuisteis el paquete completo. Me siento completo — confesó con una sonrisa suave en los labios, atrayéndome aún más hacia él.

— Entonces no te importaría una nueva adición a la familia Martínez, ¿no? — pregunté con una sonrisa cariñosa, viendo cómo Enrique abría los ojos con sorpresa.

— ¿Cómo así? ¿Otro perro?

— Nada de eso — respondí con un beso ligero en sus labios. — Vas a ganar una nueva personita a la que mimar y convertir en una niña exigente en aproximadamente siete meses.

— ¿Estás...?

— Confirmé el embarazo esta mañana. Por eso salí tan temprano, para ir al médico. ¡Felicidades, papá!

— María... No tengo palabras... — respondió, sujetando mi rostro con ambas manos y dándome un beso profundo en los labios, haciéndome levantar del suelo y dejando mis piernas temblorosas como todas las veces que se acercaba a mí.

— ¡Claro que las tienes! Naciste para ser padre, Enrique Martínez.

— Y tú para ser la madre de todos estos niños. ¡Todos los siete! — se rió, su respiración rozando mi rostro por su cercanía con mi boca.

— ¡Siete! ¡Estás loco! — Me tocó a mí mirarlo confundida. Él se reía a carcajadas, girando conmigo por la sala.

— ¡Por ti, solo por ti! — dijo, su boca una vez más dándome un beso profundo, mientras sentía que mi interior se expandía en un sentimiento que irradiaba por mis poros.

Era felicidad. Pura y simple.